

AMERICA CUMPLE 464 AÑOS | COLON CUENTA A SUS REYES LO QUE VIO EN EL NUEVO MUNDO | LARRETA HABLA PARA «M. H.» VIDA DE SANTOS DUMONT | NUMERO 103

MVNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

NUMERO 103
OCTUBRE 1956
AÑO IX
15 PESETAS
—
MADRID
BUENOS AIRES
MEXICO

COLABORACION ARTISTICA DE

Cerolo, Ortiz Valiente, José Fco. Aguirre, Enrique Ribas y Daniel del Solar.

FOTOGRAFIAS DE

Willi Koch, Moreno, Lara, Diego Forero, Yerro, Basabe, Luque, archivo de *El Alcázar*, Carrillo, Rico-Escobar y archivo *M. H.*

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

Alcalá Galiano, 4 - Madrid

TELÉFONOS

Redacción 37 32 10
Administración 37 03 12
Admón. y Redacción 24 91 23

DIRECCIÓN POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS:

Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA

Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.). Pizarro, 17 - Madrid

IMPRESORES

Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid). Huecograbado y offset: Heraclio Fournier, S. A. (Vitoria).

PRECIOS

Ejemplar: 15 pesetas. — Suscripción semestral: 85 pesetas. — Suscripción anual: 160 pesetas (5 dólares).—Suscripción por dos años: 270 pesetas (8,50 dólares).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, NEW YORK «MVNDO HISPANICO». MONTLY: OCTUBRE 1956, Nº 103. ROIG SPANISH BOOKS, 576 6th Ave. N. Y. C.

DE LUNA A LUNA

Por Edmundo MEOUCHI M.

LITERATURA

Hacia una literatura oxigenada

Lo recordamos todavía. Aquellos buenos españoles querían servirnos de cualquier modo. Con una copa de vino, una carta de recomendación, una entrevista con tal o cual «lumbrera». Ahí estaban ellos para lo que fuera necesario...

Los becarios de la primera hora—1947-48—éramos gente crucial y conspicua, cuya historia e importancia hemos destacado nosotros en alguna parte. Por encima de nuestros títulos, la mayoría éramos unos juerguistas trepidantes. Sólo unos cuantos—¡benditos sean!—se preocupaban por «las cosas del espíritu»: visitaban museos, desde el Prado al Militar, pasando por el Romántico; escuchaban, muy serios, conferencias y charlas a granel; discutían los excesos de Sartre y de Camus; solicitaban—casi siempre en vano—entrevistas con Zubiri, con Ortega y con D'Ors.

Pues bien, para todo eso y algo más, para servirnos de guías-consejeros, se ofrecían gentilmente aquellos buenos españoles:

—A mandar..., que para eso estamos.

Y entonces los «jóvenes sabios» leían su cartilla:

—Me gustaría conocer personalmente a don Pío Baroja.

—Se puede arreglar...—nos decían.

—Me agradaría—solicitaba otro—cambiar impresiones con don Pedro Laín, con don Luis Rosales, con don Leopoldo Panero y, si es posible, con el patriarca de las Indias...

—Todo se hará—afirmaban siempre nuestros guías.

Los que por razones de edad, experiencia y otras tristezas, manteníamos más cordiales relaciones con Baco que con Minerva, con los bebedores de «Etchegaray» que con los sabios de Salamanca, nosotros no pedíamos nada en cambio. Ni «rollo» ni entrevista, porque, en el fondo, sabíamos que todo vendría sin prisas ni empellones, como debe venir, si viene.

Julio Camba (1885-...)

Todavía recordamos, sin embargo, el inefable gesto—entre burlón y sorprendido—que hiciera el «joven sabio» cuando confesamos nuestra admiración por la obra «incalculable» de Julio Camba:

—Si nosotros no supiéramos, como sabemos, que las entrevistas con los importantes de este mundo y con las personas que uno ama y admira desde sus libros son, por lo regular, tan estúpidas como dolorosas, nosotros intentaríamos trabar amistad con Julio Camba. Porque este hombre—¡fíjese usted bien!—, aunque escriba para el «A B C» crónicas que leen hasta los imbéciles, es un verdadero maestro de escritores. En España y en Hispanoamérica, por lo menos, nadie escribe como lo hace Julio Camba... Si no supiéramos lo que sabemos sobre las «lumbreras», intentaríamos conocer a ésta únicamente para darle las gracias...

Eso dijimos, y no agregamos más porque el «joven sabio» se empeñaba en sonreír muy lindamente.

Después de todo, ¿qué más daba?

A un «joven sabio» como aquél, tan preocupado por la literatura y por la filosofía, no se le podía exigir que conociera el verdadero secreto de Julio Camba: escribir sobre todas las cuestiones posibles con una prosa medida, intachable, oxigenada, de tal suerte que el tonto lea y diga: «¡Esto es fácil!», y el genio confiese con envidia: «¡Admirable!»

A un «joven sabio» como aquél, uno lo perdonaba dos veces, por joven y por sabio. Porque para escribir como Camba se necesitan muchos años de aprendizaje, de incomprensión y de espera. Para escribir como él se necesita una cultura viva, enriquecida y desbrozada por la experiencia; un pesimismo sonriente e implacable, que lo penetra todo y todo lo condiciona. En fin, otras cosas más que el «joven sabio» no tenía ni sospechaba...

De Camba a Daninos

Porque Camba dice las cosas que quiere decir con un estilo sencillo y escueto y porque las dice, casi siempre, en crónicas para los diarios que lee todo el mundo—desde el portero al profesor—, los «amigos de la buena prosa», los cursis, los «clarinistas» de oficio y los envidiosos, le escatiman a Camba elogios y ditirambos. Por el contrario, lo acusan de charlatán, de frívolo, de monótono y—lo que es increíble—de poco serio.

Pues bien, ¿sabe toda esa buena gente lo que decía de Camba el muy serio, imponente y enterado don Miguel de Unamuno? Sencillamente, *que no había, entre los escritores castellanos, quien emplease con más precisión y garbo el lenguaje de Cervantes que Julio Camba.* Y agregaba, como ejercicio para la demostración de su aserto: *Prueben ustedes a quitar o agregar algo a una crónica suya y verán que no es posible...*

Hoy son muchos los que viajan por ahí y muchos los que ofrecen a sus lectores «pinitos literarios» y relaciones turísticas. Hubo un tiempo, sin embargo, en que españoles e hispanoamericanos sólo vimos y comprendimos las cosas de este mundo desde las crónicas de Julio Camba.

Lo que otros miraron con alelamiento de «papanatas» en Inglaterra, en Alemania o en los Estados Unidos, Camba lo miró burlándose. Lo inconmensurable en tierra extraña, se empequeñeció ante los ojos del *(Pasa a la pág. 57.)*

POSEN:

No siempre son los «grandes acontecimientos los que hacen historia. A esta afirmación, que casi podría calificarse de perogrullada, pudiéramos añadir esta otra: que lo que aparece impreso en la primera plana de los periódicos dista, muchas veces, de reflejar fielmente la marcha general de la situación. Y, en cambio, puntos que con frecuencia escapan a la atención del público debieran considerarse como otros tantos barómetros indicadores de las altas y bajas presiones de nuestra política.

Durante el mes de julio se han producido numerosos acontecimientos sensacionales. Pero ninguno de ellos nos ha revelado con más cruda claridad el estado moral en que se encuentra un gran sector de la opinión pública que las reacciones que se han producido a raíz y como consecuencia del drama de Posen.

Nuestra profesión nos impone la necesidad de leer un considerable número de periódicos. Durante el mes de julio, estos órganos de la prensa continuaron publicando todavía comentarios y más comentarios sobre las sangrientas jornadas de Polonia. Este tema ha acaparado la atención de políticos, economistas, sociólogos, psicólogos y militares; ha sido estudiado desde todos los ángulos posibles; ha sido comentado por personas de todas las ideologías: derechistas e izquierdistas, creyentes e incrédulos, conservadores, socialistas y comunistas. Nada tiene, pues, de extraño el que los observadores de este hecho nos hayan dado tantas y tan diferentes interpretaciones del mismo; las ha habido para todos los gustos.

MENTIRAS A LA MEDIDA

Lo que más nos ha llamado la atención en este inarmónico concierto de voces ha sido la revelación de ciertas posturas comunes—esos *patterns of behaviour* a que son tan aficionados los psicólogos—que hemos podido distinguir en determinados tipos de periódicos europeos, posturas que, por otra parte, aparecen ampliamente reflejadas en ese reducidísimo pero influyente sector de la prensa norteamericana—representado por periódicos tales como el *Washington Post*, el *New York Herald Tribune* o el *Christian Science Monitor*—, que sin razón ni motivo nos hacen creer que es la auténtica voz de América. En Europa existe la costumbre de hacer caso omiso de los órganos de la prensa más poderosos de allende el Atlántico para centrar todo el interés en otros que mantienen una actitud más izquierdista. Y en América se da un fenómeno bastante parecido. En las reseñas de prensa norteamericanas se citan siempre los mismos periódicos: *Le Monde*, de París; el *Frankfurter Allgemeine*, de Francfort; *Le Peuple*, de Bruselas; el *Manchester Guardian*, de Manchester... En consecuencia, el norteamericano «medio» se ve irremediablemente impulsado a creer que estos periódicos reflejan fielmente el modo de pensar de nuestro continente; ignora que estas publicaciones, que a menudo tienen una tirada reducida, son, sencillamente, órganos inspirados por una ideología determinada, por esa burguesía izquierdista que ya no tiene apenas la menor influencia en el terreno electoral. De este modo, el americano y el europeo están condenados a verse el uno al otro a través del cristal deformante de una propaganda de dirección única, dirigida por un puñado de hombres cuyo poder radica en tener en sus manos el control absoluto de las agencias transmisoras de noticias.

En este grupo de periódicos «influyentes» distinguimos—como un hilo que los une a través de las fronteras geográficas y lingüísticas—la característica de una identidad de puntos de vista indiscutible. Todos ellos siguen estando influídos—¡a estas alturas!—por las ideas de los enciclopedistas y otros precursores de la revolución francesa. Creen en un vago humanismo laico y democrático. En su concepto de la democracia no entra, como elemento necesariamente esencial, el de la soberanía popular; para ellos la democracia se reduce, esencialmente, a un mecanismo que les permite a ellos y a sus amigos mantenerse en el poder. Si el pueblo vota a favor de las derechas, ellos condenarán esta decisión popular como antidemocrática; si con su voto el pueblo da el triunfo—aunque sea por la ínfima mayoría—al izquierdismo capitalista y reaccionario, dirán que con ello ha dado una prueba de madurez política. Pero lo que caracteriza, sobre todo, a esta prensa, es su perpetuo miedo a una reacción clerical, miedo que adopta la forma de un laicismo muy del siglo XIX y que, aun hoy, continúa expresándose con pomposas frases trasnochadas.

En el plano internacional, esta prensa da pruebas de una admirable constancia en su empeño de equivocarse a cada paso que da. Y lo curioso es que cuanto más se equivoca, tanta más autoridad parece ganar. Según su modo de ver, la única postura que un estadista tiene derecho a adoptar es la actitud del pazguato boquiabierto condenado a engañarse perpetuamente. Si surge un político dotado de clarividencia y—sobre todo—si este político tiene la osadía de expresar sus opiniones, en seguida se le tacha de fascista. Tal les ha ocurrido, en estos últimos tiempos, al secretario de Estado John Foster Dulles, al vicepresidente de los Estados Unidos, Nixon, al canciller Adenauer..., y no digamos al Generalísimo Franco, cuyo nombre no se puede pronunciar sin incurrir en anatema. De aquí el que esta prensa crea ciegamente en un neutralismo de buena ley, en la coexistencia pacífica y, sobre todo, en la virtud intrínseca de los brillantes defensores de esta doctrina, tales como el Pandit Nehru y el mariscal Tito. Y una vez hecha esta profe-

UN TOQUE DE ALARMA

Por OTTO DE AUSTRIA-HUNGRIA

sión de fe, ya no queda más que aceptar las consecuencias que de ella se derivan. Para estos hombres es una norma obligada no amoldarse a la realidad de los hechos, sino amoldar los hechos a las exigencias de la teoría. Y esto ha de hacerse, no mintiendo descaradamente, como los soviéticos, sino dando esa suave interpretación de la realidad que, mediante un hábil escamoteo de prestidigitador, transforma lo negro en blanco y lo blanco en negro.

SOSPECHOSA UNANIMIDAD DE CRITERIO

La actitud observada por este grupo ilustre y respetable frente a los acontecimientos de Posen ha sido para nosotros una revelación, y por eso considero que bien merece un breve análisis, sobre todo teniendo en cuenta que esta prensa—como ya hemos señalado—tiene la pretensión de hablar siempre en nombre nuestro, en nombre de todos los europeos: se considera a sí misma como la voz de Europa; está influyendo en el modo de pensar de no pocos Gobiernos y especialmente de los políticos de Estrasburgo, y finalmente —no lo olvidemos—, ella es, en gran parte, la vara con que mide y juzga la opinión pública de allende los mares.

Pues bien, en su referencia a los acontecimientos de Posen, esta prensa presenta un alto grado de unanimidad de criterio: unanimidad en la versión informativa de los hechos, unanimidad en los comentarios espontáneos, unanimidad en el tono de los artículos editoriales. Las raras excepciones que encontramos no hacen más que confirmar la regla. La lectura de toda esta diversidad de periódicos nos daba la viva impresión de que era una misma voz la que hablaba en francés, en inglés, en alemán o en italiano, siguiendo las consignas secretas de alguna organización internacional de inspiración manifiestamente neutralista.

Y en primer lugar, saltaba a la vista una unanimidad de criterio en cuanto a la versión de los hechos. Los reportajes venían en un tono reservado y de apariencia muy objetiva; por lo menos era un tono menos apasionado que el que se ha empleado en las páginas deportivas al hablar de la Vuelta a Francia. Sólo se admitía la publicación de informaciones «auténticas», es decir, las de origen preferentemente gubernamental. Y es que para esta prensa es el Gobierno el depositario de la verdad, sobre todo cuando este Gobierno es el de Varsovia. Esto se reflejaba, por otra parte, en la terminología empleada: los tanques soviéticos, que estaban aplastando a los obreros, resultaron ser las fuerzas del orden; los patriotas polacos que luchaban contra los soviéticos eran calificados de agitadores o rebeldes; se hablaba de actos de pillaje, cuando se trataba nada menos que de la destrucción de centros y locales comunistas. Y, sobre todo, se acusaba a la población de Posen de haber libertado a criminales que se encontraban recluídos en las cárceles. Y es que, para nuestra prensa coexistencialista, todo hombre encarcelado por los regímenes del Este es, evidentemente, un malhechor. Finalmente, esta prensa se dedicó, desde el primer momento, a ayudar al Gobierno de Varsovia a inventar la absurda acusación de que el movimiento había sido organizado por agentes imperialistas a sueldo del Gobierno legítimo de Polonia exilado en Londres. Y es significativo el hecho de que, mientras se daba una amplia difusión a estas acusaciones, se silenciaba el indignado mentís del Presidente Zalexky, o bien se lo relegaba a un rincón del periódico donde era seguro que escaparía a la atención del lector. Finalmente, se daba a entender que el levantamiento no iba dirigido contra el régimen; que se trataba únicamente de reivindicaciones económicas y no de ansias de liberación de un yugo político. Algunos diarios—los más insolentes—tuvieron, incluso, la desfachatez de insinuar que el levantamiento de Posen tenía sólo por objeto ayudar a subir al poder a los comunistas antiestalinistas. En otras palabras—y aquí principalmente se despachaba a su gusto *Le Monde*—, se daba a entender que el movimiento no tenía nada de anticomunista; los que se dejaban matar en las calles de Posen eran comunistas tan ortodoxos como sus mismo matadores: la diferencia estaba sólo en los matices. En suma, ocurriera lo que ocurriere, la victoria sería una victoria del comunismo.

En segundo lugar, había también unanimidad en los comentarios espontáneos. Estos venían concebidos en términos de gran reserva. En ellos, la tendencia general era censurar al pueblo por haber actuado en el momento menos oportuno; se afirmaba que en el preciso instante en que el Gobierno se disponía a otorgar las más amplias concesiones, como un paso más hacia el establecimiento de un paraíso terrestre democrático, este movimiento intempestivo había venido a impedir la realización de tan hermosos designios, obligando a los pobrecitos comunistas a proceder a una dura represión. Tal es la interpretación que dió el diputado laborista de extrema izquierda Crossman en unas declaraciones expresadas en términos tan odiosos como ridículos. Al mismo tiempo, se intentaba dar la impresión de que el Occidente se mostraba francamente reservado en sus reacciones: no debían hacerse manifestaciones de simpatía, sino conservar la sangre fría hasta que se conociera el verdadero resultado. Se adivinaba claramente la existencia de una conjura internacional, destinada, por una parte, a frenar todo movimiento de simpatía demasiado exaltado, y, por otra, crear desde el principio una atmósfera de comprensión hacia estos pobres dirigentes comunistas, a quienes los malos polacos obligaban a matar a éstos en masa.

Finalmente se observaba una unanimidad de criterio en los editoriales. En este punto hay que decir que nadie se atrevió a aprobar abiertamente las violentas medidas de represión. La consigna era poner de manifiesto un cierto sentimiento de benevolencia hacia las víctimas. En estos editoriales se desaprobaba la actitud del Gobierno polaco, pero con las suficientes salvedades y atenuantes para no herir los sentimientos. Se empleaba un tono distante, frío; no se veían por ninguna parte aquellos acentos de viril indignación y furiosos vituperios que, por ejemplo, se pusieron de manifiesto cuando el Gobierno norteamericano tuvo la osadía de enviar a la silla eléctrica a los traidores esposos Rosenberg, pese a los clamores de protesta de la «conciencia universal». En el caso de Posen, los reproches contra las autoridades polacas tenían más bien ese tono que los papás emplean para decir a su hijito que no robe el azúcar que está en la mesa. La consigna suprema era no decir nada que fuera irreparable: había que impedir a todo trance que un suceso de menor cuantía, como estas matanzas de centenares de personas en Posen, viniera a estropear la luna de miel de la coexistencia. Detrás de todos los comentarios parecía esconderse este grito unánime: «Retirad los cadáveres y lavad la sangre que riega las calles con la mayor prontitud posible.»

TODO SEA POR LA «COEXISTENCIA PACIFICA»

Tal ha sido, en líneas generales, la postura que, con posterioridad a los sucesos de Posen, adoptó esta «gran» prensa, que se considera como la gloria del periodismo europeo.

El primer motivo inequívoco de esta extraña actitud está en el deseo de mantener a toda costa la ficción de la coexistencia pacífica. Para ello hay que impedir que se extienda por el mundo la impresión de que los comunistas son unos asesinos y que, por tanto, sería peligroso convivir con ellos. Por supuesto que no se podía pensar en volver a repetir las cosas que se habían dicho en tiempos del difunto Stalin. Pero, ahora que ha venido en un momento tan oportuno el fenómeno de la desestalinización, se quiere crear a toda costa la falsa ilusión de que los dirigentes de hoy no tienen absolutamente nada que ver con los monstruos sanguinarios de los tiempos de Stalin. La lectura de nuestra prensa coexistencialista casi nos lleva al convencimiento de que los Jrushchov, los Oshab, los Cyrankiewicz, los Rokosovsky y otros personajes fueron las primeras víctimas de Stalin, y que, por consiguiente, el Occidente tiene el deber de mostrarse comprensivo con ellos y de ayudarlos en la ardua tarea de liquidar los pasados yerros.

Al mismo tiempo que se defienden estas ideas políticas, se nos dice que hay que defender y mantener a toda costa las «conquistas sociales» logradas por las revoluciones comunistas en el Este. No se nos aclara en qué consisten tales conquistas. Pero nuestros coexistencialistas suelen, por lo general, sentir mucha más simpatía por los nuevos amos que por los que éstos consideran como elementos reaccionarios. Entre estos elementos se incluyen todos aquellos que tienen la osadía de pedir el restablecimiento de la libertad individual y el de la libertad religiosa. Según ellos, todo el que reivindica derechos religiosos demuestra ser un agente clerical, obsesionado por la idea de restaurar la Santa Inquisición. Cuando se presenta este caso, cuando el pueblo comete la impertinencia de alzarse contra sus bienhechores, naturalmente, nuestros coexistencialistas se consideran en el deber de interpretar este levantamiento en un sentido claramente favorable al régimen.

Pero todos estos móviles apenas significan nada si se los compara con el fondo mismo de la doctrina coexistencialista. Porque la principal raíz de esta doctrina ha de buscarse en el deseo que sienten ciertos hombres de negocios y gobiernos influyentes de comerciar con el Este. Esta es, indiscutiblemente, el arma más poderosa de que dispone la U. R. S. S. El afán de lucro está tan desarrollado en ciertos sectores capitalistas y burocráticos, que éstos están dispuestos a sacrificarlo todo en aras de la conquistas de un mercado. Lo que se esconde detrás de nuestra prensa coexistencialista son los grandes intereses económicos de estos grupos, que se valen de ella para inducirnos a capitular ante las exigencias de la U. R. S. S. Tenemos, pues, que reconocer la amarga verdad de que el mundo de los negocios es, con frecuencia, el campo en donde la U. R. S. S. cuenta con los más fieles aliados y agentes suyos. Fueron principalmente ellos los que reaccionaron con energía, aunque también con cautela, contra la abominable falta de tacto de esos infames proletarios polacos, que han tenido la ocurrencia de echarse delante de las ruedas de los tanques rusos en el preciso momento en que hubieran podido realizarse tan pingües negocios. Pero lo peor de todo era que no podían vocear a los cuatro vientos su justa indignación; es más, se veían incluso obligados a murmurar unas palabras de simpatía hacia las víctimas. La cosa era como para estallar de cólera. Y entonces, incapaces de contenerse, se... limitaron a decir lo mínimo indispensable. Pero lo dijeron en un tono que daba a entender a sus futuros amigos y socios económicos de mañana que no era éste su verdadero modo de pensar. Todo lo que tenían que hacer era arrojar algo del lastre verbal para con- *(Pasa a la pág. 60.)*

DIEZ AÑOS EN LA POLITICA DE LA HISPANIDAD

Por CARLOS LACALLE

HACE DIEZ AÑOS

Es el 4 de julio de 1946. Estamos en el Real Monasterio del Escorial. Allí, en la cámara del rey Felipe II, ochenta y dos "hombres de estudio" firman una declaración de principios. Son los universitarios iberoamericanos que, "unánimemente concordes en la estimación general del actual estado del mundo"—dice el acta—, han venido deliberando sobre la mejor forma de lograr la afirmación de la cultura común.

Esos "hombres de estudio" presentían, pero no sabían, que en esa fecha y con ese acto iniciaban una nueva época en la historia de la Hispanidad. El Instituto de Cultura Hispánica de Madrid; la apretada red de institutos y asociaciones culturales iberoamericanas radicados en América, España y Filipinas; las publicaciones periódicas al servicio de veintitrés países—entre ellas MVNDO HISPÁNICO—; el formidable esfuerzo editorial realizado en estos diez años; los congresos iberoamericanos de especialistas; la concepción de una Comunidad de Naciones Iberoamericanas, y, sobre todo, una poderosa corriente de ideas trabajadas en forma sistemática por inteligencias claras y actuales, todo esto tuvo su origen en el acto celebrado en aquella soleada mañana del 4 de julio de 1946.

Detengámonos un momento para considerar de dónde procedía esa *unanimidad* que animaba a hombres de distintas nacionalidades, desconocidos entre ellos, que ejercían distintas profesiones y que, salvo el hecho de ser todos católicos, representaban ideologías distintas. Esa unanimidad resultaba de su filiación hispánica, sentida y redescubierta en ellos mismos a consecuencia de la guerra española. La cruenta lucha española fué el toque de rebato oído en la profundidad de la sangre y que despertó, estremeciéndola, a la dormida solidaridad de los miembros de la Hispanidad con el tronco común. Los hispanoamericanos se movieron y conmovieron por la guerra española, tomaron partida en ella y por ella se querellaron, como cosa propia, familiar, doméstica.

Renunciemos por hoy a relatar el proceso de realizaciones cumplidas en estos diez fructíferos años de acción, y ciñámonos a un breve bosquejo de los conceptos conquistados para definir y dar forma a la Hispanidad y a la Comunidad de Naciones Iberoamericanas.

LA HISPANIDAD VIVIDA, PERO NO PENSADA

Lo que hoy conocemos con el nombre flamante de Hispanidad se ha mantenido idéntico a sí mismo como espíritu, pero su exterioridad ha revestido formas muy diversas. Su traza se pierde en unas épocas, para reaparecer en otras, ofreciendo cada vez una fisonomía nueva en la superficie histórica.

La Hispanidad no fluye; brinca a lo largo del tiempo. Ha sido todo: estilo de vida, creencia y mito, heroísmo y retórica, absurdidad y justificación, santidad y política. Todo menos una cosa: un sistema de ideas precisas y concretas. La Hispanidad se vive, pero no se piensa. Ella es una experiencia múltiple y variada, que no alcanza a traspasar el muro del razonamiento. Quizá por aquello de que "el corazón tiene razones que la razón no comprende".

Las formas de razonamiento imperantes en los dos últimos siglos no pudieron sistematizar la Hispanidad. Sus cambios de semblante no pudo fijarlos ninguna ideología.

Pero la Hispanidad, en los últimos años, ha pasado por el trance de quedar sujeta a unos cuantos conceptos. Su aspecto se ha hecho más transparente, y hemos empezado a vislumbrar el fondo permanente en el cual se entrelazan los hechos cuatro veces seculares. Nuestro tiempo ha dado vuelta al tapiz de la Historia, y nos hemos encontrado que está tejido sobre una urdimbre más simple y más racional de lo que habíamos previsto. Lo que era pura vivencia se ha concretado en materia aprehensible por la inteligencia.

BUSCANDO UNA DEFINICION DE LA HISPANIDAD

Son muchas las cosas interpoladas en este asunto: Hispanidad, hispánicos, hispanistas, Iberoamérica... Vamos a intentar despejarlas de acuerdo con un sentido actual y realista.

La Hispanidad ha sido definida como misión, como destino, por los valores que la componen; casi siempre por aproximación y como eludiendo considerarla en sí misma. No se nos ha dado una definición clásica, que tenga asidero en el ser mismo de la Hispanidad. Intentemos ahora conquistar una idea clara y objetiva que nos permita precisar lo que hay de constante y permanente en este nebuloso vocablo.

La Hispanidad es, ante todo, un estilo de vida que se perfila en sus rasgos generales por el respeto a la dignidad de la persona humana y a la libertad de los pueblos, por la fe en un orden trascendente y la esperanza de salvación en él, por la primacía de los valores morales y espirituales, por el sentido del honor y por la solidaridad fraternal con todos los hombres.

Ese estilo de vida ha sido fijado en la Historia por la fusión de los elementos espirituales hispanolusitanos con otros propios de los pueblos aborígenes de América y Filipinas. De ahí que podamos aportar a la definición de la Hispanidad esta afirmación: *la Hispanidad es una ordenación del vivir colectivo que no puede prescindir de la presencia de España y Portugal.*

Sea esta presencia actual y presente, sea virtual o refleja, lo cierto es que ella constituye el aglutinante de los pueblos a los que dió o da su sangre, y con ella al ser histórico, esto es, la personalidad singularizada dentro de lo universal.

Es por el vínculo de la sangre por el cual se ha transmitido y asentado el espíritu de la Hispanidad.

La lengua, el espiritualismo religioso, el universalismo, el modo de reaccionar ante la vida y la muerte y todas las infinitas e imponderables secuelas de ese "modo de reaccionar", se afirman y sujetan por esa *consanguinidad* que singulariza—caso único en la Historia—a los pueblos de la Hispanidad. "Hay madre España, Hispania, y no madre Francia, madre Inglaterra", ha dicho, hace poco, el gran hispanista alemán Rheinfelder.

La Hispanidad no es solamente resultado de la convivencia más o menos prolongada de unos pueblos dentro de un mismo régimen político, ni la mera consecuencia de haber participado en un mismo acervo de bienes culturales o económicos; es, básicamente, producto del poder generador de los pueblos ibéricos aplicado ampliamente, tercamente, en los territorios de ultramar. La emigración masiva y el mestizaje, sin discriminación, son los factores que han hecho posible la Hispanidad.

La consanguinidad no crea por sí misma

a la Hispanidad, que no es una raza, sino un estilo de vida; pero ella la singulariza y la defiende: crea su ámbito, su marco. La Hispanidad es espíritu, pero antes de ser cultura o política es biología. Una biología sublimada en procesos morales, espirituales e intelectuales, cuyo vehículo es la voluntad genitora de España y Portugal.

MODOS DE PERTENECER A LA HISPANIDAD

Se pertenece a la Hispanidad en la medida que se es partícipe del estilo de vida que ella determina. Los "hispánicos" son los que están inmersos en el ambiente de la Hispanidad, respiran su aire, nadan en sus aguas, nutren—quiéranlo o no—su realidad. Son los peninsulares, los herederos de "Hispania" afincados en tierras de América y Filipinas, los "criollos" y los mestizos, los indígenas, preservados y mantenidos por la acción de España y Portugal y son también los hombres procedentes de todos los puntos del cuadrante, cualquiera que sea su progenie, que se radican en tierras de la Hispanidad, porque en ellas no hay periecos.

Elementos activos de la Hispanidad son los "hispanistas", hombres radicados en otros ámbitos culturales, que adhieren a su realidad y a sus esencias, cultivan sus lenguas, se compenetran con sus modos de existencia, y la enriquecen—con fruición amorosa—aportándole nuevas experiencias de cultura. Son una minoría predilecta en esa Hispanidad acogedora, que se regocija al darse en una entrega universal.

LOS LIMITES DE LA HISPANIDAD

Entre las ideas claras alcanzadas en los últimos años hay que registrar las que se refieren a los límites de la Hispanidad. Según la definición apuntada, esos límites son vagos e imprecisos. ¿Hasta dónde se extiende la presencia de "Hispania"? ¿En qué medida su estilo de vida es practicado y con qué densidad?

Sigamos el método de separar la Hispanidad en cuanto cultura como valor sociológico de la Hispanidad en cuanto posibilidad política.

Como cultura, el espíritu de la Hispanidad no tiene fronteras fijas. La presencia virtual o refleja de los pueblos ibéricos se extiende por donde haya huella de su poder generador. Es así como Filipinas, los Estados sureños de los Estados Unidos de América, las comunidades de sefarditas y buena parte del mundo árabe pertenecen a la Hispanidad y son agentes de la cultura hispánica. En cuanto a la Hispanidad como unidad de misión, como posibilidad de hacer en común, como familia política, como comunidad, sus límites se concretan en las fronteras de las naciones hispanoamericanas, de España y Portugal, o sea, lo que llamamos Iberoamérica.

Salvadas las diferencias particulares que singularizan las nacionalidades de los países iberoamericanos, su identidad o semejanza es de grado superior a los otros elementos que pertenecen a la Hispanidad. Son ellos los llamados a corporizar su espíritu, puesto que en ellos ese espíritu común se ha traducido en realidades también comunes. Y no sólo la realidad cultural, sino toda la problemática de vida: política, economía, educación, ciencia, etc.

Una de las características de la Hispanidad es la vocación o sentido de lo supranacional, herencia del Imperio dentro del cual nació. Esta vocación late en la concepción de la ordenación colectiva de sus pueblos, que están más predispuestos que los llamados "latinos" a establecer comunicación unitiva con los demás. El nacionalismo extremo sólo se ha dado episódica y circunstancialmente en ellos. En cambio, no hay pueblos más dispuestos a oír el reclamo del espíritu de asociación que los iberoamericanos, llámese ese reclamo panamericanismo, iberoamericanismo o Naciones Unidas.

Tenemos, pues, por un lado, a la Hispanidad, realidad de sangre y de espíritu, pero sin forma; por otro, Iberoamérica, que añade a esas realidades fundamentales de la Hispanidad otras que exceden el campo de la cultura y las predispone a configurar una comunidad de naciones.

LOS DISCURSOS DE MARTIN ARTAJO

La idea clara y nítida de una Comunidad de Naciones Hispánicas o Iberoamericanas no ha surgido de pronto. Ha sido elaborada desde el día siguiente de las guerras de la independencia y es contemporánea de la emancipación. En aquella época, flamante la soberanía de los nuevos Estados y fresco el resentimiento de las naciones americanas con la Península, no era lógico pensar en una asociación de naciones que incluyera a España y Portugal. La Hispanidad se había escondido en la retórica y en los pliegues del siglo XIX, escapando acaso de sus revoluciones y manteniéndose intacta para reaparecer en nuestro tiempo. Cuando llegó la hora de la reaparición en la superficie de la historia de la Hispanidad, alumbró—como legítima consecuencia—la concepción de la Comunidad.

Esa concepción ha sido explícitamente enunciada en los discursos del ministro de Asuntos Exteriores español, Alberto Martín Artajo. Desde el 12 de octubre de 1947 hasta el 12 de octubre de 1955, Artajo ha ido recogiendo el trabajo de exégesis realizado en torno a la Hispanidad y ha plasmado la doctrina de la Comunidad de las Naciones Iberoamericanas. Paso a paso, paulatinamente, en cada uno de sus discursos, el canciller de España va exponiendo la línea tersa de su pensamiento. Como en un encadenamiento silogístico, expone los fundamentos de la Hispanidad (discursos y mensajes de 1947, 1948 y 1949); trata de la responsabilidad de la inteligencia sobre esta materia (discurso de 1950 ante el Primer Congreso de Cooperación Intelectual); considera el presente de la Hispanidad (discurso del 12 de octubre de 1950) y define la comunidad hispánica (discurso del 12 de octubre de 1951) y va glosando y completando esa idea (discursos de 1952, 1954 y 1955).

La especial situación de Martín Artajo, por un lado inmerso en la Hispanidad y consciente de ella y por otro empapado como protagonista en la política mundial, da a su varia lección sobre la Comunidad una excepcional autoridad personal, a la que se suma al hablar interpretando el sentir de España. Con agudeza y cautela, con firmeza y claridad, Martín Artajo nos ha dado los elementos orientadores para la acción presente, que se ha de proyectar en un próximo futuro.

LA EXEGESIS DE LA HISPANIDAD

Aclarado lo que la Hispanidad es en sí misma, establecidos los distingos entre "hispánicos" e "hispanistas" y señalados los mojones fronterizos entre Hispanidad y Comunidad de Naciones Iberoamericanas, lo demás se nos da por añadidura.

Ahora bien, esos añadidos hay que aceptarlos con cautela. No olvidemos que palabrería, la pura retórica, han producido la incomprensión y la insolidaridad entre los miembros de la Hispanidad. Y que es obligado no confundir lo que la Hispanidad es en sí misma con lo que en ella vemos como misión o destino. Lo primero es anterior a nosotros mismos, a nuestra voluntad; lo segundo depende de nosotros, tiene valor de opción presente y responde al contenido dinámico que le proporcionemos en cada momento de su desenvolvimiento.

El formidable alegato de Ramiro de Maeztu contenido en la *Defensa de la Hispanidad* y el libro terso de Manuel García Morente *Idea de la Hispanidad* son sólidos puntos de partida para la exégesis en la materia, labor cumplida en los últimos años por una pléyade de escritores que constituye una aportación sin precedentes a la "intelectualización" de la Hispanidad. No se ha llegado—y tardará en llegarse—a culminar una *Suma de la Hispanidad*, a encerrarla en un sistema coherente y completo de ideas. Pero la acción conjunta y sistemática, cuando no de equipo, cumplida por los hombres aplicados a la tarea escrupulosa de examinar la realidad de la Hispanidad, va dando por resultado la revelación de sus perfiles, al margen de la teurgia que la rodeaba.

EL INSTITUTO: ASTILLERO Y REPRESA

Estas divagaciones sobre la Hispanidad, con las que pretendemos conmemorar el décimo aniversario de la reunión de El Escorial, son un testimonio incompleto y parcial de la política en la Hispanidad realizada en estos diez años. Pero no puede emitirse una referencia, por breve que ella sea, al Instituto de Cultura Hispánica de Madrid.

Este Instituto ha reunido lo mejor de Iberoamérica para congregarlo alrededor del servicio de la Hispanidad. Pudo limitarse a esta tarea y su acción habría merecido unánime aplauso. No obstante, el Instituto ha tomado sobre sí, y la ha cumplido con éxito, una tarea ambiciosa, difícil y bifronte. Ha sido a la vez represa y astillero. Ha promovido, estimulado y hecho posible la unificación de las inteligencias en la ardua empresa de definir y conceptualizar la Hispanidad. Al mismo tiempo ha dado forma, ha comenzado a institucionalizar la Comunidad de Naciones Iberoamericanas. Para ello debió forzar su misión de institución meramente cultural y ser un organismo alerta a los intereses humanos y políticos de veintitrés países. Debió hacerse entidad supranacional e interpretar a fondo lo que aparentemente era sólo tangente de su circunferencia predelimitada de acción. Sólo así ha podido hacer avanzar a la idea de Hispanidad hasta traspasar el muro del razonamiento y concretarla en una Comunidad.

Represa que permita a la Hispanidad fluir y no andar a saltos, astillero que posibilita la construcción, pieza a pieza, de las instituciones de la Comunidad. En esto se ha convertido el Instituto creado hace diez años en la cámara del rey Don Felipe.

LO QUE SIGNIFICA ESPAÑA (Y SU CULTURA) PARA LOS ESTADOS UNIDOS

Por JUAN F. DE CARDENAS

Ha ocurrido alguna vez en los Estados Unidos que el Presidente aproveche la celebración del aniversario del descubrimiento de América con fines políticos. Así sucedió el 12 de octubre de 1932, año de elecciones, en que el Presidente lanzó una proclama al pueblo americano con motivo de la festividad del día: «Columbus day» para los norteamericanos y «Fiesta de la Hispanidad» para los hispanos. Y en aquella ocasión, olvidando a España, felicitó a los italianos por las aportaciones que al Nuevo Mundo hicieron en bien de la cultura y de la civilización.

Como quiera que en Norteamérica las elecciones tienen siempre lugar el martes siguiente al primer lunes de noviembre, a veces el Presidente, recordando que los americanos de origen italiano representan unos 600.000 votos en el Estado de Nueva York, aprovecha el 12 de octubre, fecha cercana al día de la elección, para, al glorificar a Colón, halagar y expresar su simpatía al pueblo italiano.

Era mi primer año de embajador en Wáshington, y aunque el caso no era enteramente nuevo para mí, no por eso me dolió menos cuando, con el desayuno, me entregaron los periódicos que contenían aquel especial «plato del día».

En la tarde iba a hablar por la radio, y aunque mi discurso estaba ya escrito y aprobado por los directores de la estación, lo cambié rápidamente, costándome no poco trabajo obtener de nuevo la conformidad de la dirección, lo que me extrañó, ya que la censura que ésta ejerce tiene generalmente un carácter comercial.

En mi brevísimo discurso, sin referirme a la alocución del Presidente, puntualicé en grandes rasgos la inmensa obra civilizadora y constructiva realizada por los conquistadores españoles, no ya en Hispanoamérica, sino en los territorios que hoy forman los Estados Unidos de Norteamérica.

Al año siguiente, con ocasión de la apertura del curso en la Universidad de Columbia (Estado de Missouri), recibí el título de doctor *honoris causa*, encargándoseme el discurso inaugural.

Mi tema fué «Hispanic Culture and Language in the United States», y aproveché esta coyuntura para ampliar algo lo expuesto el año anterior.

Lo hice así:

«Al aceptar la invitación de esta ilustre Universidad para recibir el grado de doctor *honoris causa* y pronunciar el discurso de apertura, me he sentido satisfecho y honrado, porque me doy cuenta de que, al otorgarme tales honores, la Universidad ha pensado no en mi modesta personalidad, ni siquiera en la representación diplomática que desempeño en Wáshington, sino en la significación que tiene para este centro de cultura, y para los Estados Unidos en general, la cultura hispánica. Y en nombre de la cultura española me siento con derecho a recibir cualquier honor y con títulos para hablar en cualquier centro cultural, y más en una Universidad del sur de los Estados Unidos. Hasta este Estado, y más al norte todavía, llegaron los descubridores y colonizadores españoles, después de haber conquistado para España y, por lo tanto, para la civilización occidental, todo el inmenso continente que se extiende desde aquí hasta el extremo sur del otro hemisferio. El suroeste de los Estados Unidos no olvida ni puede olvidar que la primera etapa de su cultura europea fué española y que lleva en su seno las tradiciones y los restos de aquella cultura.

»Estos hechos me invitan a discurrir sobre este punto de común interés para los Estados Unidos y para España.

Hubiera deseado hacer un pequeño resumen del origen e historia del idioma castellano antes de decir qué significa y qué debe significar España, su cultura y su lengua para esta Universidad y las demás de los Estados Unidos. Con todo interés y empeño empecé tan difícil tarea, llegando hasta terminar un pequeño bosquejo; pero al darme cuenta de lo incompleto e inadecuado que resultó mi trabajo, abandoné la idea, pues no pude, a pesar mío, ajustarlo al momento actual. Sírvame de excusa el que nadie ha hecho todavía un buen resumen de las importantísimas investigaciones de los filólogos que, en los últimos años, han renovado las ideas que se tenían acerca de esta cuestión, entre los que descuella en primera fila don Ramón Menéndez Pidal.

»Hecha esta pequeña digresión, pasemos a examinar qué significa y qué debe significar España y su cultura para los Estados Unidos.

»España debe significar, en primer lugar, para los norteamericanos, el país que hizo posible la existencia de América mediante su descubrimiento, conquista y colonización, largo tiempo antes de que ningún otro pueblo se aventurase a seguir su ejemplo y a caminar por los mismos caminos que ella había abierto. El impulso de la expansión civilizadora de España, que tuvo sus centros americanos en los grandes imperios indios de México y Perú, llegó en sus últimas olas hasta los Estados Unidos, deteniéndose en las tierras nórdicas, frías, despobladas e inhospitalarias, donde más tarde Inglaterra echó con sus colonias la semilla de otra civilización, que ha llegado a producir en América el fruto admirable de esta gran nación que vino al mundo con el nombre de "Estados Unidos".

»La obra de España en América no fué ni podía ser, como algunos todavía quieren pensar—simplificando la Historia—, resultado de la casualidad. Los españoles y los portugueses de los siglos XV y XVI se sintieron impulsados a descubrir el mundo antes del viaje de Colón y después, y de hecho escribieron la historia universal andando sobre todas las tierras y la geografía del orbe, navegando sobre todos los mares del Nuevo Mundo, llegando a explorar la tierra redonda y entera. El viaje de Colón no hubiera ocurrido o no hubiera tenido mayor trascendencia que los de aquellos que, según se dice, tocaron costas americanas antes que él, si no hubiera sido el suyo, como fué, un viaje español, parte y episodio glorioso de aquella era de descubrimientos.

»España tenía entonces, no sólo el impulso, sino la capacidad descubridora, por motivos propios de su historia y de su cultura. España pudo hacer lo que hizo porque era la consecuencia natural del proceso histórico de su formación nacional, tan diferente de la de los demás pueblos europeos. Durante siete siglos había sido España un país de frontera, cuya formación consistió—mostrando en esto notable semejanza con la manera como los Estados Unidos se formaron—en la expansión gradual sobre su propio y natural territorio. De los pequeños núcleos primitivos del norte se va descendiendo hacia el centro y el sur en un empuje constante de conquista y colonización de las propias tierras españolas recobradas de los moros. Esta larga educación no sólo crea una nación acostumbrada a poner todo su esfuerzo sobre la frontera oscilante y variable, sino un tipo de hombre que siente la patria no en la tierra que tocan sus pies, y menos aún en la que han dejado atrás, sino en la tierra desconocida y extraña que sus pies no han hollado todavía y que será la patria más grande que queda por hacer. La frontera

en que se forma la nación española y el carácter de sus habitantes no es sólo una frontera geográfica, sino la frontera con una civilización totalmente extraña a la suya, como la de los árabes: el contacto con éstos en paz y en guerra adiestró a los españoles en el trato y comunicación con gentes extrañas y desarrolló en ellos la capacidad colonizadora de que habían de dar pruebas asombrosas más tarde. Así es que cuando los españoles, en su empuje hacia el sur, llegaron a colmar los límites de su territorio y se encontraron en la plenitud de su fuerza inferior, su impulso habitual los lanzó de modo natural y espontáneo a seguir ensanchando a través de los mares su frontera, buscando nuevas tierras, pobladas por gentes peregrinas y extrañas.

»Para realizar la obra que los españoles llevaron a cabo en América hacía falta que se reunieran en ellos tal número de cualidades y de aptitudes, que sólo una larga historia y una profunda cultura original podían haber creado. Y si España tuvo la tradición histórica que llegó a formar el carácter nacional, tenía también por eso mismo la capacidad para crear una cultura propia, que fué la que en aquellos mismos siglos XV y XVI dirigió y dió sentido y eficacia a su acción. Si España no hubiera tenido una lengua que en 1492 posee la primera gramática, si los Reyes Católicos no hubieran creado un nuevo Estado, prototipo de todos los Estados modernos; si los teólogos y juristas no hubieran desarrollado una nueva concepción del Derecho; si no se hubiera hecho de la unidad religiosa—que equivalía entonces a unidad de espíritu y de cultura—la base de la unidad nacional, convirtiendo así la religión nacionalizada en fin y función del Estado; si Cisneros no hubiera hecho la reforma religiosa y no hubiera fundado la Universidad de Alcalá como centro de estudios bíblicos y humanísticos; si no se hubieran escrito los romances y *La Celestina*; en una palabra, si no hubiera tenido España en aquel tiempo una literatura, un arte, una filosofía, una ciencia, una teología y un derecho propios y originales, de valor universal, no hubiera sido posible que los españoles lograsen extender a las tierras por ellos descubiertas y conquistadas su manera de ser y su cultura propia con tal fuerza, perfección y vitalidad, que después de cuatrocientos años en todo lo esencial perdura y actúa como elemento permanente de unidad entre los pueblos hispanoamericanos.

»El conocimiento de esta cultura, no ya por su relación primordial con América, sino por el valor humano permanente que tiene en sí misma, sería el segundo motivo para hacer imperioso su estudio en las universidades norteamericanas. No se me oculta que modernamente ha habido una tendencia a discutir o atenuar el valor de la cultura española, que esta tendencia, nacida de las competencias nacionales y de las luchas religiosas y económicas, que han dividido a los pueblos en la edad moderna, sigue actuando todavía con la vitalidad negativa y pasiva que tienen todos los prejuicios. Misión necesaria y constante de las universidades y de los hombres cultos es la de deshacerlos, o por menos, si esto no es posible, mantener encendida enfrente de su sombra la luz de la verdad. Y la verdad es que desde los tiempos más primitivos de la Historia, cuando se hicieron las pinturas insuperables de la cueva de Altamira, que ha sido llamada la Capilla Sixtina del arte prehistórico, hasta hoy, en que España y los pueblos hispanoamericanos siguen ensayando nuevos caminos dirigidos hacia el mundo de mañana, no hay una época en la historia en que España no haya jugado un papel y no haya dejado su contribución a la civilización universal.

»Antes de desarrollar su cultura nacional propia en las edades media y moderna, hubo en España una serie sucesiva de culturas, como la ibérica, la romana, la visigótica, la árabe, la judaica, en todas las cuales la colaboración española tuvo máxima importancia y originalidad; no se podría escribir la historia de esa variedad de culturas que suman y reúnen los momentos culminantes de Oriente y Occidente prescindiendo de su esencial capítulo español. La cultura moderna de España, a que aludía someramente al referirme a la obra de España en América, no necesitaría ser encarecida para quien comprende lo que significan en la cultura universal los nombres de Alfonso el Sabio, Cisneros, Nebrija, Vives, Francisco de Vitoria, Santa Teresa, Juan de Valdés, Cervantes, Lope de Vega, Calderón, Quevedo, Góngora, el Greco, Velázquez, Goya, Galdós, Sorolla, Zuloaga, Unamuno, Picasso y Ortega y Gasset. Ni sería necesario siquiera citar al azar estos nombres, que parecen mucho y son, sin embargo, sólo una parte pequeña de los españoles que pertenecen a la historia de la cultura universal; bastaría con citar un solo nombre, el de Cervantes, para que nadie pudiera dudar del valor supremo de la cultura nacional que tiene el Quijote como su culminación.

»Por todos estos motivos de alta y desinteresada cultura debe conocerse a España, y no sólo por motivos prácticos, como suele decirse. Aunque estos motivos son de una importancia incalculable y podríamos decir vital.

»La extensión geográfica de la lengua española y la riqueza de productos naturales que de hecho y en potencia existe en los pueblos que la hablan hacen del conjunto de estos pueblos un factor esencial de la vida económica en el presente, que sin duda adquirirá una importancia cada vez mayor en el porvenir. Todos los países, y especialmente los Estados Unidos, por razones evidentes de su historia y de su geografía, necesitarán tener relaciones con ellos. Para poder entenderse con pueblos así es necesaria una base de conocimiento y respeto. Será imposible entender el proceso de formación y el carácter actual de los pueblos hispanoamericanos sin tener un conocimiento de la historia y la cultura españolas, de las que son continuadores, cada uno a su manera, conforme a la variedad de condiciones en que la cultura unificada de España ha tenido que desenvolverse en las diversas regiones de este continente.

»Todo esto, que digo con la necesaria brevedad, pero que contiene multitud de hechos y de consecuencias, que dejo a vuestro recuerdo y meditación, significan España y su cultura para los Estados Unidos.

»Mas, aparte de esto, la tradición y el sentimiento aconsejan a todo norteamericano que aprenda el español, haciendo de él su segunda lengua. ¿Por qué? Oíd la voz de la Historia, que es la conciencia de los pueblos:

»Porque fué la lengua que trajeron las carabelas de Colón al Nuevo Mundo en 1492.

»Porque fué la lengua en que Ponce de León bautizó la Florida en 1512, la que habló Menéndez de Avilés al fundar San Agustín y la que pasearon por las selvas de la península meridional Francisco de Garay y Pánfilo Narváez.

»Porque fué la lengua en que Vasco Núñez de Balboa, cayendo de rodillas, dió gracias al Altísimo al contemplar desde una alta cima el mar del Sur, bajando cuatro días después al golfo de San Miguel para entrar en las aguas con la espada desnuda, y al tomar posesión del mar Pacífico, pronunciar el nombre de España como si quisiera pedir a las olas que, al romperse en la costa americana, murmuraran siempre como un eco el sagrado nombre de la Madre Patria.

»Porque fué la lengua en que Alvarez de Pinedo saludó las bocas del Misisipí en 1519; la misma que Hernando de Soto paseó por el norte de Tejas, Georgia, Alabama, Arkansas y Louisiana, llegando a los confines de Tennessee, y que se oyó en el gran río al ser descubierto en 1541.

»Porque fué la lengua en que Soto hizo testamento delante de sus capitanes, y después de nombrar sucesor en el mando de su ejército a Luis de Moscoso de Alvarado, abrasado por la fiebre, se despidió de todos sus compañeros antes de morir.

»Porque fué la lengua en que por primera vez se describió el río Misisipí, con las siguientes palabras: "El río tenía casi media legua de ancho. Si un hombre se ponía en la orilla opuesta, no podía discernirse si era o no un hombre. El río era de gran profundidad y de fuerte corriente; el agua siempre estaba lodosa, bajando por el río continuamente muchos árboles y maderos."

»Presagio tal vez de que un día arrastraría también sus aguas una gruesa encima conteniendo los restos mortales de su descubridor, que la corriente empujaría río abajo en una cabalgata de ramajes y troncos seculares sacudida por la fuerza del torrente y acompañada con música de huracán.

»Porque fué la lengua que hablaba Alvaro Cabeza de Vaca cuando entre 1529 y 1536 atravesó más de 10.000 millas a pie para ir de la Florida al golfo de California.

»Porque fué la lengua que habló Juan Rodríguez Cabrillo cuando exploraba la costa del Pacífico; Hernando de Alarcón en el Colorado; el soldado Andrés Docampo en Kansas, y en Nuevo México, Antonio Espejo, Gaspar Castaño de Sosa y Juan de Oñate, el que en 1598 fundó San Gabriel (la segunda ciudad de los Estados Unidos); en 1599 envía a Vicente Zaldívar a realizar la épica hazaña que culminó en la toma de Acoma; en 1600 explora Nebraska, y de 1604 a 1605 llega al golfo de California.

»Porque fué la lengua que hablaron en Virginia, entre 1566 y 1570, los bravos exploradores de la bahía de Santa María, hoy Chesapeake Bay, precursores, según algunos cronistas, del descubrimiento del Potomac, al que llamaron "Espíritu Santo", ese río que corre majestuoso lamiendo los linderos del jardín de Mount Vernon, como si quisiera espejar *(Pasa a la pág. 61.)*

CUATRO OPINIONES CON RETRASO

En el número 100—que tanto afectó emocionalmente a quienes hacen MVNDO HISPÁNICO*—hemos publicado una serie de opiniones de personalidades diversas sobre esta revista. Cerrado el número, han ido llegando a nuestro poder otras cuartillas, alguna espontánea, como la del señor presidente de la Asociación de Periodistas Belgas. Las damos a continuación, por cualquier orden, siquiera coloquemos por delante a la dama, en este caso una de las figuras más ilustres de la literatura universal de nuestra época: la uruguaya Juana de Ibarbourou. La acompañan el bailarín Antonio —otra figura hispánica con fama mundial—, el crítico y catedrático de arte Camón Aznar y el citado periodista belga. El lector perdonará el retraso, que se conjuga entre los servicios de correos de todas partes, ausencias, vacaciones y veraneo y otras muchas causas.*

MVNDO HISPANICO me da el pulso, la grandeza y el alma de nuestra amada España. En el radiante aniversario de su número 100 le saludo con la gran devoción que tengo por lo español y en especial por lo que ilumina y honra cualquier arista de España. Esa revista magnífica me trae «airinhos da minha terra». ¡Felicidad y crecientes triunfos!

Juana DE IBARBOUROU

MVNDO HISPÁNICO ha respondido fielmente a su finalidad de mostrar a España en todos sus aspectos. El despliegue de sus 100 números equivale a una síntesis de la vida española en sus gracias y en sus desgracias: desde el toreo al arte, desde la geografía a la lírica, todo el panorama con que la mano de Dios ha modelado nuestra tierra y nuestra alma puede otearse desde sus páginas. Y desde este mirador literario podemos seguir observando las perspectivas hispánicas.

JOSÉ CAMON AZNAR

MVNDO HISPÁNICO *es una revista que hace honor a las letras españolas en todos sus aspectos. Se distingue, a mi entender, sobre todo, por su sentido de hispanidad, y como tal, es difusora de nuestra heredad en todos los países de habla castellana.*

ANTONIO

Tengo el gusto, con ocasión de la publicación del centésimo número de MVNDO HISPANICO, de dirigiros—tanto en mi nombre como en el del Consejo de Administración de la Association de Journalistes Périodiques Belges et Etrangers, que tengo el honor de presidir—mis expresivas felicitaciones por el notable esfuerzo que venís realizando desde hace varios años.

Vuestra revista, que se clasifica, en efecto, entre las mejores del mundo, es de una presentación que no tiene igual. El interés que despierta contribuye no sólo a conocer mejor los aspectos diversos de vuestro magnífico país, sino también a defender la latinidad.

El logro excepcional a que habéis llegado por vuestra competencia personal y la abnegación de vuestros colaboradores honra a la prensa periódica mundial.

Aprovecho esta ocasión para expresaros, con toda mi admiración, mis sentimientos más distinguidos.

A. DESGUIN

OPORTUNIDADES COMERCIALES

IMPORTANTISIMO invento para la ganadería. Necesitamos agentes todas Repúblicas americanas. Trust. Apartado 6.015. Barcelona.

●

TRES importante découverte pour le bétail. Recherchons représentants dans tous les pays. Trust. Apartado 6.015. Barcelona (España).

●

EXCLUSIVAS PAVON. Calvo Sotelo, 11, Orense (España).—Cincuenta años de experiencia. Garantías a satisfacción. Se ofrece para administrar y vender bienes en España de residentes extranjero, para colocar capitales, vigilarlos y mejorarlos. Referencias bancarias.

●

M. Aguilar. Serrano, 24, Madrid (España).—Interesa ponerse en contacto con españoles residentes en Filipinas interesados en el movimiento bibliográfico español.

●

D. F. Vasconcellos. Fabricantes de instrumentos ópticos. Avenida de Indianápolis, 4854, Sao Paulo (Brasil).—Desea exportar instrumentos ópticos.

●

Estudio científico de belleza LADY CHIC, Av. de José Antonio, 55. Madrid (España).—Le ofrece no un embellecimiento pasajero, sino el producido por la salud, obtenido científicamente.

●

Importantes laboratorios ceden fórmulas para su explotación. Cosméticos, jabones, lejías, colonias, brillantinas y productos fortalecedores del cabello. Ofertas: doctor Pelleport, calle Aguirre, 3, Tel. 26 27 82. Madrid (España).

●

General Mercantil Ibérica, S. A. Doctor Esquerdo, 58, Madrid (España). Desea iniciar relaciones con firmas filipinas interesadas en la importación de manufacturas de madera.

●

SOCIEDAD COMERCIAL DEL NITRATO DE CHILE. Avda. de Calvo Sotelo, 23, Madrid (España).—Consúltenos sobre condiciones de exportación de productos españoles a Chile.

Correspondencia alemán por club INTERNACIONAL. Lübeck. Alemania. Elsässer Str., 5. (Coupon reponse international. Franco de porte.)

●

Interesa relacionarse con importantes firmas importadoras y exportadoras para representarlas en España y ser representadas en las Repúblicas americanas. Diríjanse a INDUSTRIAS HERGAR. San Vicente, 94, Valencia (España).

●

Necesitamos agentes en cada República americana. Concesión de venta exclusiva importante adelanto para la ganadería, con patente invención en New York. TRUST COMERCIAL. Apartado 6015, Barcelona (España).

●

IRUCA, S. A. Narciso Serra, 3, Madrid (España). Fabricación de un compuesto de hormonas vegetales, catalizadores orgánicos e inorgánicos y vitaminas, de aplicación agrícola para el tratamiento de toda clase de semillas y plantas. — Desea ponerse en contacto con firmas que se dediquen a suministros agrícolas (fertilizantes, insecticidas, semillas, etc.).

●

Cachorros (pastor alemán). Pedigrés oficial. Pura sangre. Adolfo Catiño, Cruz, 25, Madrid (España).

●

Microfilm Español, S. A. Hermanos Bécquer, 7, Madrid (España).—Reproduce toda clase de trabajos fotográficos en microfilm. Especialidad en toda clase de escritos.

●

José de Pablo Muñoz. Abogado y agente de la Propiedad Inmobiliaria. Montera, 34, Madrid (España).—Consúltelo sobre compra-venta de toda clase de fincas. Garantiza una inversión segura y una renta máxima.

●

Gane fama y dinero matriculándose en la Academia de Cinematografía por Correspondencia en los cursos de director, guionista, jefe de producción, cameraman, operador de cabina, artista, decorador, cine «amateur», dibujos animados y documentales, maquillaje, curso general preparatorio. Infórmese sin compromiso escribiendo a la Academia de Cinematografía por Correspondencia. Apartado 4021, Madrid (España).



Las notas para insertar en esta sección deberán remitirse directamente a la Administración de MVNDO HISPANICO, Alcalá Galiano, 4, Madrid. Tarifa: 5 pesetas por palabra. Tratándose de suscriptores, bonificación del 25 por 100.

Tras dos meses y diez días de aventurada navegación, la pequeña escuadra alcanzó tierra, y desembarcando una parte de su tripulación con el almirante, tomaron posesión del Nuevo Mundo por la Corona de Castilla. Los estandartes de Fernando e Isabel llegaban por primera vez a las nuevas tierras americanas descubiertas.

AMERICA CUMPLE 464 AÑOS

Por RICHARD GILMAN

Saliendo al paso de la «leyenda negra», la revista neoyorquina «Jubilee» ha publicado, entre una serie titulada «La Iglesia en América», un suplemento dedicado exclusivamente a la obra de España en América, bajo el título de «España en América». Por su gran interés, acrecentado por el hecho de que sean esta vez plumas anglosajonas las que hacen el elogio de la obra civilizadora de España, y con ocasión de la efemérides del 12 de octubre, transcribimos, vertido al español, la mayor parte de este suplemento, conciso y objetivo.

ESPAÑA EN AMERICA

HACE más de cuatro siglos se fundaba el imperio más rico y majestuoso que jamás viera el mundo. En la labor de su creación y sostenimiento se volcaron la ambición apasionada, la entrega abnegada y el celo inflamado de un pueblo verdaderamente extraordinario. Y cuando la obra del tiempo vino a echar por tierra la estructura de este edificio, aquel pueblo dejó tras sí monumentos que recordarán eternamente todas estas cualidades y virtudes suyas. La conquista y colonización de América por España no es más que una epopeya de ternura y crueldad, de sublime abnegación y de codicia, de amor a Dios y de amor al poder, elementos todos que permanecen vivos y en íntimo conflicto en el alma de un pueblo lleno de aliento creador. Pero he aquí que, en torno a esta epopeya, fué surgiendo una «leyenda negra», que puso todo su afán en destacar siempre el segundo elemento de cada uno de estos contrastes, silenciando por completo el primero. A lo largo de estas páginas se pone de relieve cómo el gran sueño español —expresado en la totalidad de sus contradictorios elementos—se tradujo en realidades en aquellas regiones que más tarde habían de formar parte del actual territorio de los Estados Unidos de América.

* * *

En el otoño de 1493 llegaba a manos de una alta jerarquía española una carta procedente de las Azores, que, entre otras cosas, decía: «He descubierto muchas islas habitadas por gentes innumerables, y tomé posesión de estas tierras para Sus Majestades, proclamando y enarbolando el estandarte real, sin encontrar a nadie que me disputara el derecho de

El espíritu cristiano de los Reyes Católicos fué siempre el norte de sus actividades políticas. La reina Isabel, patrocinadora del Descubrimiento, sería la primera en mostrar su descontento al conocer la esclavitud de algunos indios.





El más importante de los conquistadores fué Hernán Cortés, caudillo y gobernante de amplia visión, bajo cuyo mandato se realizó la conquista de México. Dispuso la primera expedición de misioneros.

posesión.» Esta carta era de Cristóbal Colón, que acababa de regresar de su viaje al Nuevo Mundo; las islas a que hacía referencia eran las Bahamas, y la que Colón llamó «La Española» (hoy repartida entre las Repúblicas de Haití y Dominicana); los reyes para quienes él reivindicó la soberanía sobre aquellos territorios eran Fernando e Isabel, que a la sazón gobernaban los reinos de Aragón y Castilla, que acababan de unirse. Y las nuevas que él traía de su viaje cayeron como una bomba sobre la conciencia española.

Pocos meses antes de que Colón zarpara en busca de la ruta marítima más corta entre España y las Indias, se había producido un acontecimiento histórico que hacía esperar que, cualesquiera que fueran las noticias que él trajera a su regreso, éstas hallarían a España en condiciones de lanzarse sobre ellas y explotarlas en provecho propio. En el mes de enero de 1492 habían entrado fuerzas españolas en la ciudad andaluza de Granada y expulsado a los gobernantes moros, dando fin a una lucha de setecientos años por la reconquista del territorio patrio invadido. Las energías desencadenadas y las uniones forjadas a lo largo de aquellos amargos siglos se combinaban ahora para modelar el espíritu de un pueblo preparado, como ningún otro pueblo en la Historia, para afirmarse en el mundo y trasplantarse a nuevos confines. En aquellos días, España estaba imbuída de un sentido de lo «nacional», plenamente consciente de su poderío y llena de sed de dominio y de impaciente hambre de expansión. Y por encima de todos estos elementos, pero entrelazado con ellos en una urdimbre sutil e inextricable, había un enardecido espíritu de cruzada, que vibraba como una lengua de fuego en la atmósfera de aquellos días.

Eran aquéllos los tiempos de una Inglaterra de pujanza todavía virtual y dormida; de una Francia que aun no había alcanzado su hegemonía; de una Italia y una Alemania todavía fragmentadas y turbulentas; de una Europa en la que ya estaban germinando las semillas de la reforma protestante. El catolicismo español, templado, endurecido y conservado en las llamas de la opresión y de la lucha de la reconquista, era el más fervientemente apostólico de toda Europa. Dado el enorme poderío material de España y su privilegiadísima situación geográfica, aquel fervor apostólico no podía permanecer encerrado dentro de las fronteras patrias. Mientras Inglaterra y Francia permanecieron a la expectativa, informándose de las realidades del Nuevo Mundo y esperando durante más de un siglo antes de decidir que valía la pena explorarlo y colonizarlo, España, y luego su vecina Portugal, íntimamente ligada a ella por vínculos raciales y geográficos, se lanzaron inmediatamente a la gran empresa.

DESCUBRIMIENTOS ESPAÑOLES

HABLANDO de sus descubrimientos, Colón había escrito: «Aquellas tierras son todas igualmente hermosas: los campos, muy verdes, aparecen llenos de una infinidad de frutos, rojos como la escarlata, y en todas partes se perciben aromas de flores y suavísimos cantos de pájaros...» En 1493, el gran descubridor se hizo nuevamente a la vela, llevando consigo a 1.500 colonos para asentarlos en las islas. Todavía realizó dos viajes más, pero su estrella declinó, y, al fin, en 1506, murió en la pobreza y casi en la ignominia. Mas España ocupó, pobló y guarneció las islas, aunque no siempre fueran tan verdes y utópicas como había asegurado Colón, y continuamente fueron afluyendo barcos y hombres hacia aquel vasto mundo, cuyas puertas él había abierto.

La primera capital del nuevo reino se estableció en la isla La Española; luego vinieron, en rapidísima sucesión, la conquista y colonización de Puerto Rico (1508) y Cuba (1511) y el descubrimiento de las costas de la Florida por Ponce de León (1513). En este mismo año de 1513, Vasco Núñez de Balboa se detuvo en una playa de la América Central y, después de esperar que subiera la marea, se lanzó adelante y, blandiendo su espada, tomó posesión del océano Pacífico para España.

El 10 de febrero de 1519, Hernán Cortés, un veterano de la campaña de Cuba, que a la sazón contaba treinta y cuatro años, zarpó de las playas cubanas con unos 600 hombres y 16 caballos, lanzándose a una inspirada, temeraria, absurda y gloriosa aventura: la de la conquista de México. Cuando México cayó en poder de España, se vió que era la más deliciosa fruta que hasta entonces había caído en sus manos: una fruta dorada y madura. Esta fruta cayó en el cesto español con una sorprendente facilidad si se tiene en cuenta lo desigual de la lucha: 100.000 guerreros indios defendiendo el «huerto». En el transcurso de breves años, México quedó firmemente asegurado en manos españolas, convirtiéndose en el centro desde el que irradiaron todas las arterias vitales que alimentaron la hegemonía de España sobre la América del Norte. En Sudamérica, y durante el mismo período, Lima se convirtió en el centro y capital del virreinato del Perú, país que, en 1535, había conquistado Francisco Pizarro con casi tanta habilidad y audacia como Cortés pusiera de manifiesto en México, si bien con mucha menos nobleza que éste.

Los españoles fueron creando instituciones propias por doquier. Fundaban ciudades, estructuraban gobiernos, construían iglesias y escuelas, acometían la iniciación de empresas comerciales... Y casi todo lo que ellos hicieron quedó anotado para la posteridad, pues—como ha señalado un historiador—los españoles eran apasionadamente aficionados a poner por escrito los grandes acontecimientos que ellos habían vivido; y «el descubrimiento del Nuevo Mundo fué el más importante de todos los acontecimientos de la Historia que han exaltado y levantado a un plano superior a los españoles..., el suceso de mayor trascendencia, la realidad histórica más importante después de... Cristo».

El cuadro que nos ofrece la lectura de las cartas, documentos oficiales y crónicas españolas es el de unos hombres tan hondamente asombrados ante lo que estaba ocurriendo, que temían que las demás gentes no se dieran cuenta de la grandeza de las cosas que ellos habían visto o realizado; de unos hombres tan arrebatados de entusiasmo, que a veces lloraban a consecuencia de las complejas emociones que aquellas realidades suscitaban en ellos. «Yo estaba mirando (al valle de México), y me pareció que jamás en el mundo se descubrirían ya otras tierras como aquéllas», escribía Bernal Díaz, que iba en la expedición de Cortés.



Juan Ponce de León, conquistador de Puerto Rico y descubridor de la Florida, adonde se encaminó en busca de una fuente legendaria cuyas aguas, según los indígenas, devolvían la juventud. Fué nombrado adelantado de la Florida. Murió en Cuba.

Aquéllos eran hombres jóvenes—los había de dieciséis y de diecisiete años—; pero todos ellos eran increíblemente robustos y magníficos combatientes, y vestían brillantes armaduras, o bien cotas de malla o jubones acolchados de algodón. Algunos llevaban morriones de acero; otros, sombreros de cuero y de fieltro. Fuertemente armados de dagas y armas largas—lanzas, picas, alabardas—, y utilizando ballestas y mosquetes de chispa para la lucha a distancia, ellos daban buena cuenta de cualquier fuerza armada enemiga, por numerosa y aguerida que fuera. Inflamadas al rojo vivo y excitadas por el sabor de las conquistas, sus ambiciosas apetencias parecían imposibles de frenar. Pero... fueron frenadas.

¿SALVAR AL INDIO O CONVERTIRLO EN ESCLAVO?

EL Papa Alejandro VI, contestando al llamamiento formulado por los monarcas de España y Portugal en el sentido de que actuara de árbitro en sus encontradas reivindicaciones de los territorios del Nuevo Mundo, publicaba en 1493 la primera de sus bulas sobre esta disputa. El resultado de estas bulas pontificias fué la cesión de América a los poderes españoles, y al mismo tiempo el trazado de una línea divisoria, a ambos lados de la cual podrían trabajar en paz España y Portugal. Pero la cláusula más importante de estos documentos fué la concesión hecha a estos dos países, del «privilegio» de predicar el cristianismo a los pueblos de las tierras recién descubiertas.

Para España este privilegio se convirtió muy pronto en una obligación; pero la historia de los esfuerzos por ella realizados para llevar a cabo su cumplimiento revela un criterio y una conciencia profundamente divididos y en conflicto interno. Fué aquélla una disputa tan enconada, que a veces llegó incluso a revestir el carácter de insurrección, aunque con más frecuencia se pareció al «juego de la cuerda». El que pagó los platos rotos de esta disputa fué el indio del Nuevo Mundo.

¿Debía España esclavizar al indio, explotarlo, obligarlo a doblegarse mediante el pago de su tributo de trabajos forzados, tributo al que tenía derecho el vencedor? ¿O... podía el indio ser dirigido, civilizado, arrancado suavemente de las tinieblas para entrar en la luz de la Revelación? Dos programas, dos puntos de vista opuestos, y entre ambos, el indio. A un lado se encontraban—hablando en términos muy generales—los conquistadores y sus descendientes, numerosas autoridades coloniales, jefes militares, propietarios de minas y de haciendas y, en general, todos aquellos para quienes el Nuevo Mundo era una fuente de riqueza y de poder. En el lado opuesto militaba la Corona española, muchos de sus virreyes y, ante todo y sobre todo, la Iglesia.

Muy a menudo—tan a menudo que el cuadro llegó a resultar confuso—se ha dado el caso de que estos dos impulsos se albergaran juntos dentro del alma de un mismo hombre; tal le ocurrió a Bernal Díaz («... vinimos a estas tierras para servir a Dios y al mismo tiempo hacernos ricos...»), a Cortés y a la mayoría de los reyes españoles. Con harta frecuencia también, la imagen ideal del indígena parece que estaba muy lejos de ajustarse a la realidad. Porque la leyenda del indio sereno y pacífico que, de pronto, alza la vista para mirar al fondo de los ojos crueles y corruptores de un inglés barbudo, es realmente eso: una leyenda. Muchos de los indios a quienes los españoles combatieron y más tarde gobernaron o evangelizaron estaban de hecho degradados; eran hombres que tenían «intenciones perversas y corazón malvado», como un misionero se vió obligado a afirmar; hombres que, «en cuanto a su cuerpo, eran viles, feos, sucios, descuidados, tiznados y de rostros achatados».

Pero, prescindiendo ya de su aspecto físico, eran a menudo traicioneros y pérfidos, no sólo para con los españoles. sino para con sus mismos compatriotas. No siempre ocurría así, claro está; pero sí ocurrió con la suficiente frecuencia para suministrar argumentos a aquellos que creían que en vano gastaría con ellos sus energías el cristianismo.

Muy pronto surgió esta pregunta: «¿Tenía el indio, en realidad, un alma inmortal?» La reina Isabel creía que sí, y cuando Colón le ofreció algunos esclavos que él había traído consigo, ella, indignada, dió orden de que se les devolviera la libertad y se los reintegrara a su patria. Luego trató de buscar apoyo para defender sus ideas, sometiendo a una comisión de juristas y teólogos la cuestión de si podía o no reducirse al indio a la condición de esclavo; la comisión, no sin debates, dictaminó que aquello no era lícito. A partir de entonces, la costumbre de los reyes de, por lo menos, proteger oficialmente a los indios, fué constante, aunque periódicamente fué luego objeto de nuevas definiciones, enunciaciones y reafirmaciones. En el Capítulo celebrado en Burgos en 1551 tornó a discutirse la naturaleza del indio; las «Leyes de Burgos» resultantes de estas discusiones prescribían la obligatoriedad de dar al indio educación, buena alimentación y remuneración por su trabajo. Dando un paso más en esta dirección, Carlos V, en 1551, reúne una asamblea en Valladolid, en la que se proclama el derecho de los indios a disfrutar de la «posesión de sus territorios y a regirse por leyes propias, y se niega a los españoles todo derecho a permanecer en las Indias, como no sea el derecho que todo hombre tiene a viajar y ejercer el comercio donde mejor le parezca y el que tiene todo cristiano a cumplir su deber de convertir a los gentiles».

Este era un postulado de carácter absoluto, un ideal demasiado elevado para poder ajustarse a las realidades de la vida del siglo XVI; pero la Corona española realizó titánicos esfuerzos para conciliar sus muy realistas aspiraciones político-económicas con los rígidos principios sentados en Valladolid. Casi al mismo tiempo creó el sistema de las «encomiendas», en virtud del cual se les adjudicaban —«encomendaban»—indios a los españoles residentes en América, dando a éstos el derecho de beneficiarse del trabajo corporal de los indios durante un determinado período de tiempo. A cambio de este privilegio, los «encomenderos» venían obligados a dar instrucción religiosa y protección física y moral a los indios a ellos encomendados. Aun cuando éste no era un sistema de esclavitud, sino más bien de un tipo de tutela feudal, pronto quedó bo-



Felipe II, gran defensor de la fe en España, impulsó la colonización de la Florida y Nuevo México, haciendo cuanto estuvo en su poder para que se diera un trato humano a los indios, como correspondía a su carácter extremadamente cristiano.

Fray Juan de Zumárraga, primer obispo-arzobispo de México, llegó a aquellas tierras en 1528. Firme defensor de los indios, fué el primero que oyó el relato milagroso del indio Juan Diego, ordenando que se erigiera el santuario de Guadalupe.



El origen de la advocación mariana de Guadalupe fué la aparición de la Virgen al indio Juan Diego en la mañana del 9 de diciembre de 1531, edificándose un santuario en el lugar milagroso para conmemorar tan importante acontecimiento.





Pedro Menéndez de Avilés, fundador de la más antigua ciudad de los Estados Unidos, San Agustín, fué un gran colonizador, navegante genial y ardiente español. Colocó sobre sólidos cimientos la ocupación española a lo largo de la Florida.

rrada en la práctica la distinción entre estos dos conceptos.

Y es que los conquistadores españoles no eran, de ordinario, tan sutiles como para entender esa distinción. Cuando un sacerdote censuró el despiadado rigor con que Pizarro trataba a los indios peruanos, exhortándolo encarecidamente a que tratara de convertirlos a la fe, Pizarro contestó: «Yo no he venido aquí para eso. Yo he venido a sacarles el oro.» Donde no había oro, podía haber plantaciones o minas, en las que se obligaba al indio a trabajar, frecuentemente de un modo poco humano. A menudo tuvo que intervenir la Corona española. Un día Felipe II ordenó a las autoridades de Lima que «a aquellos que ultrajaran, agraviaran o maltrataran a los indios, se les castigara con mayor rigor que si esas ofensas hubieran sido inferidas a españoles», y muy pronto se llegó de hecho a la abolición del sistema de las «encomiendas», si bien las protestas llegadas de América promovieron su casi inmediata restauración. Pero España quedaba demasiado lejos del Nuevo Mundo, y sus virreyes se veían sometidos a una terrible presión por parte de los colonos, quienes los apremiaban a que les concedieran siquiera alguna compensación en pago de los riesgos a que se habían expuesto.

El remedio eficaz vino de otra dirección. Si bien habían salido sacerdotes con las primeras expediciones, habían ido sólo en calidad de capellanes y no de misioneros, puesto que, antes de proceder a la evangelización de los indios, era necesario pacificarlos. Pero una vez colonizadas las islas, comenzaron a llegar misioneros propiamente dichos. En 1524, el propio Cortés salía a pie de la capital de su territorio para recibir a doce franciscanos que llegaban a México y besar reverentemente sus escapularios. De estos «doce apóstoles de México» nació el ejército misionero que más tarde había de convertir al país y seguir adelante extendiendo su labor misional hasta los territorios que hoy forman parte de los Estados Unidos. Cuando en 1528 se designó a Juan de Zumárraga como primer arzobispo de México, este prelado llegó a aquellas tierras ostentando el significativo título de «Protector de los indios».

Los recién llegados, estableciendo una norma que había de durar trescientos años, se dispusieron en todas partes a dar la batalla a aquellos que pasaban por alto o rechazaban el mandato español de civilizar o convertir a los paganos. Los misioneros se lanzaron velozmente a la tarea de reunir al mayor número posible de indios en las casas y escuelas de la misión recién construídas, saliendo luego hacia otras comarcas para atender a aquellos indios que no podían controlar tan fácilmente. Y entonces comenzó a salir de sus bocas una incesante serie de protestas, recomendaciones y alegatos, un clamor que nunca dejó de pasar por encima del Océano para llegar hasta los oídos de los reyes. Entre este clamor la voz más potente fué la del monje dominico fray Bartolomé de las Casas, una voz demasiado fuerte y estridente, en opinión de algunos de sus contemporáneos y según el dictamen unánime de la Historia. Porque el cuadro de terror y violencias que Las Casas pintara era exagerado; los peores tiempos habían sido los primeros, y en la época en que él escribió sus relatos—a mediados del siglo XVI—estaba ya mejorando francamente la situación de los indios de América.



Fray Junípero Serra, apóstol de California, nació en Mallorca en 1713, trasladándose a México en 1749. Dió pruebas de una caridad sin límites y de una inmensa paciencia y comprensión frente a la rudeza primitiva de aquellas almas de los indios.

LA FLORIDA: 250 AÑOS DE COLONIZACION Y EVANGELIZACION ESPAÑOLAS HASTA LA USURPACION INGLESA

Para los españoles de la época, la Florida era todo el territorio situado al oeste de Texas, y que por el norte se extendía hasta donde podían llegar sus barcos. Durante los largos años que siguieron a la expedición de Ponce de León, los intentos de colonizar la Florida fueron esporádicos y resultaron infructuosos. En 1526, una expedición dirigida por Vázquez de Ayllón desembarcó en las bocas del río James, que constituyen la bahía de Chesapeake (ochenta y un años antes de que se establecieran allí los ingleses); los miembros de esta expedición murieron de hambre y de frío. En 1528, Pánfilo de Narváez condujo a un grupo de 600 hombres—colonos, soldados y misioneros—en una desastrosa incursión a través de la zona occidental de la Florida, sobreviviendo sólo cuatro hombres. En 1539, Hernando de Soto, el «hombre inflexible y parco en palabras», partía de la bahía de Tampa para emprender una marcha de tres años por los valles y cumbres de los actuales territorios de Florida, Georgia y ambas Carolinas, atravesando los de Alabama y Arkansas, hasta llegar a Texas y descubrir uno de los fosos del Misisipí. Aclamado en todos los puntos de su recorrido por los jefes indios como «señor poderoso, superior a cualquier hombre de toda la tierra», De Soto reivindicó el derecho de posesión de los territorios de ellos en nombre y en favor de su rey, afirmando que éste era todavía superior a él mismo. Pero no llevó a cabo el menor asentamiento de colonos.

Luego, una infructuosa tentativa encaminada a fundar misiones en la península de la Florida por cinco dominicos sin escolta, conducidos por Luis Cancer de Barbastro—tentativa que terminó con el martirio de este último—, y el completo fracaso de una ulterior expedición, hicieron decaer todo el coraje y voluntad que animara a los españoles a lanzarse a la empresa de la Florida. El hombre que vino a reanimar este decaído espíritu fué Pedro Menéndez de Avilés, quien, después de fundar la localidad de San Agustín en 1565, se dedicó a acosar, halagar, animar y acaudillar grupos de colonos y de misioneros por toda la extensión del «dominio» español. Con su genio naval y militar, él protegió el territorio, y a su celo por las conversiones debe la Florida su primera historia misional, de breve duración. Uno de los puntales que le sirvieron de apoyo para su empresa fué su amistad con San Francisco de Borja, general de la Compañía de Jesús.

En 1566 llegaban los tres primeros misioneros, y aun cuando uno de ellos sufrió muy pronto el martirio, los otros dos siguieron adelante, en unión de otros sacerdotes recién llegados, para trabajar entre las tribus del interior. Pero pese a la denodada labor de estos hombres y a los grandes recursos con que contaba Menéndez, la posesión de la Florida por España siguió en estado precario. Poco después llegaban a España noticias de haberse producido una serie de desventuras y descalabros, que determinaron a los españoles a aflojar la presión de su dominio y aun a abandonar momentáneamente la posesión de aquel territorio.

Restos de un fuerte español en la Florida, tierras que fueron de España y que se perdieron debido a las incesantes incursiones del exterior, especialmente de piratas protegidos por sus gobiernos. La Florida fué entregada a los EE. UU. en 1819.



En septiembre de 1570, un grupo de jesuítas, dirigidos por Juan Bautista de Segura, se establecía tierra adentro, en un punto situado a unas cuantas millas de la desembocadura del Potomac (territorio del Estado de Virginia). Cinco meses estuvieron viviendo y predicando entre los indios, hasta que un día llegaron a sus puertas guerreros indígenas detrás de una lluvia de flechas. En las regiones situadas más al sur, los frutos de la labor evangelizadora eran cada vez más menguados. En octubre de 1577 moría San Francisco de Borja y con él la primera misión de los jesuítas enviados a la Florida. Llovían demasiadas peticiones de misioneros sobre la Compañía y la Corona. La empresa de apuntalar las ruinosas misiones parecía condenada a la esterilidad.

Pasaron cinco años. Luego, en 1577, llegó un nuevo grupo de misioneros—esta vez franciscanos—, que trabajaron entre los indios esparcidos en torno de la localidad de San Agustín, y, después de engrosar sus filas en 1592 con la llegada de nuevos sacerdotes, extendieron su cadena de misiones a lo largo de las costas de Florida y Georgia, llegando incluso hasta la actual Atlanta. Y si bien se registraron martirios de cuando en cuando, fueron llegando nuevos hombres para cubrir las bajas, hasta culminar en el momento de apogeo, en el que el esfuerzo realizado por los franciscanos se vió coronado por la existencia de 44 misiones con unos 70 sacerdotes y hermanos y casi 30.000 indios cristianizados, extendidos por un territorio comprendido entre las Llaves de la Florida y la región septentrional de Georgia.

Pero ya estaba perfilándose una nueva amenaza. En 1607, los ingleses fundaban la ciudad de Jamestown, en Virginia, y en 1670 avanzaban de flanco, aproximándose aún más a los españoles con la fundación de Charleston. A partir de esta fecha, la visión misionera de una pacífica tierra cristiana quedó ensombrecida por la nube de la codicia comercial de los ingleses, una nube que al final se tornó negra, se condensó, formando frentes de tormenta, y a la postre descargó como un pedrisco aniquilador sobre los lozanos pastos de España.

EL PADRE KINO, S. J., INDUCE A LOS ESPAÑOLES A COLONIZAR EL «FAR-WEST»

Los primeros europeos que asentaron sus plantas en el territorio que hoy corresponde a la provincia mexicana de Baja California eran soldados enviados por Cortés en el año 1533. Tres años más tarde, el propio Cortés desembarcaba en aquella península y reivindicaba para España la posesión de su territorio. Pero transcurrió bastante más de un siglo sin que se hiciera nada práctico para colonizar esta áspera y árida tierra ni el no menos desolado territorio que se extiende al norte y al otro lado de la bahía y que hoy constituye el ángulo noroeste de México y la extrema región suroccidental de Arizona. Estas tierras se presentaban muy poco prometedoras y la población indígena demasiado escasa para intentar una colonización duradera o una empresa misionera. Y aun cuando los barcos que, bordeando la costa, habían llegado muy lejos, habían traído noticias de mejores perspectivas en zonas situadas más al norte, resultaba prácticamente imposible efectuar allá asentamientos permanentes de colonos si no se contaba con bases seguras de aprovisionamiento.

Poco a poco comenzó a ocuparse el territorio del norte de México. Inmediatamente detrás de los soldados, vaqueros y mineros iban llegando los misioneros jesuítas para desarrollar su ardua labor entre gentes extraordinariamente salvajes. Luego, en 1681, se estableció un grupo de colonos en La Paz, localidad próxima a la punta meridional de la Baja California, y si bien este esfuerzo no tardó en convertirse en un fracaso, sirvió para impulsar otras tentativas más decididas y afortunadas, que, a su vez, constituyeron un gran paso hacia la efectiva colonización de California.

Para un misionero la vida en la Baja California constituía una pesadilla que sólo un gran fervor apostólico podía hacer llevadera. Se cuenta que al preguntar a una riquísima dama española dónde deseaba que se empleara su cuantioso donativo hecho a las misiones extranjeras, ella contestó: «En el lugar más remoto del mundo», y que, después de consultar sus atlas, los misioneros jesuítas decidieron que ese lugar era indudablemente California.



Entre las huellas imperecederas de España en América quedaron las misiones, monumentos de un pasado espiritual, que son los mejores documentos de una colonización llevada a cabo con el más hondo espíritu cristiano. Esta que aquí vemos es la de San Javier, en Arizona.

Esta es la misión de San Diego, otro de los elocuentes testimonios de la ingente contribución de los misioneros españoles, en su abnegada labor evangelizadora, a la cultura americana de California. Un verdadero rosario de misiones denota la presencia hispana en América.



Y el sueño de conquistar y evangelizar la Alta California permaneció siempre vivo en el alma de los españoles. En 1542 Cortés había enviado al navegante portugués Juan Cabrillo a explorar la costa y éste había llegado en su exploración hasta el lugar donde hoy se alza San Diego. Más tarde, en 1602, Sebastián Vizcaíno descubría un «espléndido puerto» en una zona situada más al norte. Pero antes de que se considerara posible seguir adelante, hubo que esperar el día en que el padre Kino tuviera la certeza de que la Alta California no era una isla y el padre Salvatierra y sus sucesores hubieran trasladado a puntos más cercanos las bases de aprovisionamiento. Y entonces, en el mismo momento en que se estaban trazando, al fin, los proyectos de una nueva expedición para encontrar el puerto de que había hablado Vizcaíno, vino el terrible golpe que estuvo a punto de aniquilar las misiones españolas establecidas en México y en el Oeste Americano: en 1767, el rey Carlos III dictaba la orden de que fueran expulsados los jesuítas de España y de sus colonias. Verdaderas muchedumbres contemplaron llorando la salida de estos misioneros de Veracruz, mientras los indios de la Baja California, a pesar de que se les pidió que esperaran tranquilos la llegada de los franciscanos, huían a los montes.

CALIFORNIA: EL «ROSARIO» DE FRAY JUNIPERO SERRA



San Juan de Capistrano es otra de las pequeñas misiones alzada en tierras de California, un nudo más en los caminos de la evangelización española. Alrededor de estos templos se formaron los poblados de indios que más tarde darían lugar a importantes núcleos, base de las modernas capitales de aquellas tierras.



En la conmemoración de los «Días españoles» se celebran típicos desfiles. Esta carroza representa la fundación de la misión de Santa Bárbara en 1786.

Carroza conmemorativa del desembarco, en las costas de California, del navegante español Sebastián Vizcaíno el día 3 de diciembre de 1602.



Cuando llegaron a la Baja California los franciscanos para sustituir a los jesuítas expulsados por orden de Carlos III, se encontraron con que las misiones estaban abandonadas y desiertas y los indígenas reacios a volver al redil. Los nuevos misioneros pusieron manos a la obra inmediatamente. Pero apenas empezaron su labor se vieron forzados a ampliar enormemente su campo de actividad: comerciantes y colonos rusos, procedentes de Alaska, habían venido avanzando a lo largo de la costa. Y el temor de que Rusia se apoderara de California puso fin a las demoras españolas de colonización.

Una «Sagrada Expedición» se puso en marcha rumbo al norte, dividiéndose en dos grupos: el primero emprendió la marcha por mar el día 20 de febrero de 1769; el segundo, por vía terrestre, un mes más tarde. Con la expedición terrestre partió un fraile franciscano llamado Junípero Serra, que iba en calidad de jefe de las futuras misiones. Tras una larga serie de penalidades, los dos grupos se reunieron en el lugar que actualmente ocupa San Diego, donde el día 16 de julio de 1769 fray Junípero Serra elevaba el estandarte de la santa cruz sobre un círculo de rudimentarias cabañas, fundando así la primera misión de California: San Diego de Alcalá. Poco después partía fray Junípero hacia el norte con la tripulación de un barco que, bordeando la costa, descubrió, en Monterrey, el puerto avistado por Vizcaíno.

A partir de entonces, el sistema de misiones se fué extendiendo paulatinamente de tal modo, que en 1823 había ya veintiuna misiones establecidas a lo largo del litoral. Aun cuando fray Junípero sólo había fundado las nueve primeras (entre ellas la de San Gabriel Arcángel, fundada el 8 de septiembre de 1771, que más tarde había de crecer hasta convertirse en la actual ciudad de Los Angeles), a estas misiones se les dió luego el famoso nombre de «Rosario del Padre Serra» en homenaje a la valentía, ardor apostólico y hábil pericia de aquel hombre que infundió vida a la red de misiones e hizo posible el ulterior advenimiento de su edad de oro. En los primeros años de su labor, Serra tuvo necesidad de echar mano de todo su denodado valor. En todo el Nuevo Mundo no había ninguna clase de indios que tuvieran una cultura más rudimentaria y salvaje que las tribus de California y pocas que fueran tan belicosas como ellas. Y adviértase que en el año 1773 sólo había 61 soldados españoles catalogados en aquella provincia, de una longitud de 400 millas.

Pero, aun cuando las conversiones eran dolorosamente lentas y la labor misional estaba llena de peligros, los indios fueron domesticados bajo la sabia y enérgica dirección de fray Junípero, mientras se aceleraba simultáneamente el proceso de la auténtica colonización de la zona costera. Dos hechos sirvieron de acicate para esta empresa: uno fué la visita que Serra hizo, en 1772, a la ciudad de México, donde consiguió arrancar al virrey su promesa de ayuda; el otro fué la llegada, en 1776, de Juan Bautista de Anza en compañía de 244 colonos procedentes de Sonora (México), los primeros que llegaron a California desde la dirección del suroeste.

Pero con esta medida no quedó satisfecha la necesidad de acrecentar el número de colonos en aquel inmenso territorio, y por esta razón California nunca llegó a desarrollar la cultura étnica indígena de orientación española ni la organización social que desarrolló México. California, bajo el régimen de los españoles, contó con un máximo de población blanca de sólo unos 3.500 habitantes y una cifra máxima de indios evangelizados de unos 20.000, proporción que en Nuevo México llegó a ser, en sus últimos años, exactamente inversa.

Así, pues, la historia de la California española es, en gran parte, la historia misma de sus misiones, las cuales—conservadas o restauradas—constituyen su principal legado. Una misión muy popular entre los norteamericanos es la de San Juan Capistrano, adonde vuelven las golondrinas en todas las primaveras y de la que Agnes Repplier, biógrafa del padre Serra, decía: «...(había) allí belleza por doquier: belleza en la iglesia, belleza en la gracia de los claustros, belleza en la uniforme serenidad de la vida.» Y aunque las cosas no siempre fueron tan idílicas—un amotinamiento ocurrido en San Diego en 1775 causó la muerte de un sacerdote y de un carpintero, y la vida de aislamiento y soledad hizo enloquecer a un misionero—, esta descripción encaja también admirablemente con las características de las demás misiones.



Este fresco, pintado por Fernando Leal, pertenece a la capilla del cerro de Tepeyac y representa un bautizo indígena del siglo XVI, en el que el cacique indio, convertido al cristianismo, es apadrinado por una familia española.

UN NOBLE IDEAL, LA MISION

«ESTA misión tiene su iglesia suficientemente dotada de ornamentos, cálices, copones de oro, campanas y coro...; cuenta con muchas cabezas de ganado mayor y menor, bueyes, tierras de labranza, un huerto con varias clases de cultivos, árboles frutales de Castilla, uvas, melocotones, membrillos, higos, granadas, peras y pavías. Posee una fragua para los herreros, un taller de carpintería, una recua, un molino de agua, ricas y abundantes reservas de cosechas de trigo y maíz y otras muchas cosas, como manadas de caballos y mulas, todas las cuales sirven... para el uso doméstico... y para obtener nuevas conquistas y conversiones, así como para comprar algunos regalos de los que, junto con la palabra de Dios, se suelen servir los misioneros para tratar de ganarse las inteligencias y las almas de los naturales del país.»

Así escribía el misionero jesuíta Eusebio Kino en un informe dirigido a sus superiores. Verdad es que no todas las misiones de la América española estaban en una posición tan desahogada como las del padre Kino; pero sí fueron lo suficiente prósperas para dejar tras sí el recuerdo de una auténtica Edad de Oro. En Nuevo México y Florida, esta floreciente prosperidad de las misiones se extendió a lo largo de la mayor parte del siglo XVII, y en California, desde 1775 hasta 1825. Se calcula que, en tres siglos de régimen español, han trabajado en América cerca de 5.000 misioneros. Las conversiones obradas por ellos se cuentan por millones.

En California, el procedimiento empleado por los misioneros era construir la misión con el auxilio de las tropas, y cuando no se disponía de ellas, echando mano de los servicios de los indios amigos. Luego, valiéndose de la persuasión verbal, o bien mediante donativos de alimentos, vestidos, tabaco o abalorios, conseguían ir reuniendo a los indios hasta formar con ellos un pueblecito contiguo a la iglesia. Si bien las conversiones eran enteramente voluntarias y libres, una vez que los indios entraban dentro de la misión ya no tenían escape legal; pero... la mayoría de ellos no demostraban tampoco tener el menor deseo de escaparse. Al llegar la noche, se los recluía a todos bajo llave, permaneciendo separados los solteros de las solteras. Sin embargo, en Nuevo México, donde los españoles se encontraron con una población urbana en gran parte, los monjes se limitaban a construir sus misiones cerca de los núcleos de población ya existentes, y sus poderes eran menos omnímodos.

El corazón de toda misión era la iglesia, a la que estaba unida, o muy próxima, la vivienda de los sacerdotes. Una misión completa y bien organizada tenía todas o casi todas las características mencionadas en el informe del padre Kino, en el aspecto económico; y para la administración y la dirección de los trabajos solían designar, por lo general, a jefes indígenas (gobernador, jefes de guardas de ganados, jefes de laboreo, etcétera). A las mujeres y niñas se las enseñaba a coser y a tejer, o se les daban empleos relacionados con el servicio de la iglesia.

En todos los días de la semana se celebraban actos, perfectamente organizados en tandas, de catequesis, oraciones en común y música sacra (casi todas las misiones disponían de un magnífico coro de indios, y muchas poseían órgano); la asistencia a misa era obligatoria, y los jovencitos que prometían hacían de acólitos. Y en los domingos y días festivos se celebraban actos especiales, tales como procesiones, desfiles, competiciones atléticas o corridas de toros, organizadas por los españoles de las inmediaciones.

Los misioneros se entregaban con ardor a una labor agotadora. Además de tener que atender a sus deberes religiosos y docentes, a menudo se veían obligados a cocinar, lavar, arar las tierras, recolectar los productos del campo, atender a los ganados, o bien dirigir las obras de construcción y hacer de enfermeros y médicos, sobre todo en tiempo de epidemias. Aun cuando cada misión solía tener—siempre que era posible—dos sacerdotes, a veces tenía que dirigir toda la misión un sacerdote solo, en cuyo caso la soledad llegaba a constituir para él un verdadero tormento. Además, los misioneros estuvieron sometidos a un durísimo esfuerzo, impuesto por la dificultad de conseguir conversiones duraderas.

Cuando los indios no se oponían a que les «echaran agua encima» —como decían muchos de ellos, refiriéndose al bautismo—, los misioneros tenían que atraerlos principalmente recurriendo a móviles de orden material, desde los regalos de chucherías y baratijas hasta su protección, por parte de los españoles, contra las tribus indias más feroces. Y aun en el caso de que el indio se sintiera arrastrado en espíritu por pura convicción, sus heredadas maneras de pensar y sus arraigadas tradiciones lo impulsaban a romper los lazos del nuevo compromiso. El padre Juan Rogel, misionero de California, tuvo la feliz ocurrencia de historiar los acontecimientos vividos por él, que concuerdan, en líneas generales, con las experiencias de los demás misioneros. Según su relato, los indios a quienes él predicaba el Evangelio creían que el hombre tenía tres almas: la primera era la niña de sus propios ojos; la segunda, la sombra proyectada por su cuerpo; la tercera, su imagen reflejada, como la que aparece, verbigracia, en un espejo. Al morir el hombre, su alma principal entraba en un animal o en un pescado, y al morir éste, pasaba a otro animal más pequeño, y así iba empequeñeciéndose hasta llegar a la nada. «De aquí—son sus propias palabras—que resulte tan difícil hacerlos creer en la inmortalidad del alma y en la resurrección.» Y añade: «Si bien aceptan la existencia de las tres Divinas Personas, creen que la primera supera en categoría a la segunda, y ésta a la tercera, teniendo cada una funciones completamente distintas de las que tienen las otras dos.» Y luego venía el problema del lenguaje del indio. Aparte de que al misionero le resultaba, a veces, imposible aprenderlo—en California había, por lo menos, 21 grupos lingüísticos, desligados entre sí—, el léxico de los indios no tenía vocablos aptos para expresar los conceptos de la doctrina cristiana.

Pero, a pesar de este cúmulo de dificultades y obstáculos, la labor misionera y civilizadora siguió siempre adelante, pacientemente, tenazmente, con buen humor y sin quejas, sin arredrarse ante los menguados resultados obtenidos, que eran como para «animar» a las autoridades religiosas y civiles a... hacer el equipaje y marcharse. Fué ésta una noble labor, fruto de un noble ideal: el de cristianizar y civilizar al indio, capacitándolo para una vida más fructífera y para participar de los beneficios de la Redención. Y esta gloria ha correspondido especialmente a España, puesto que la labor misional de Francia ha sido esporádica y completamente ajena a la política del Gobierno, mientras que los ingleses y norteamericanos, que llegaron después, no traían otra idea en la cabeza que la de que «el único indio bueno era el indio muerto».

ESPAÑA, OTRA VEZ SOLA

EN el término de una sola generación—entre 1819 y 1853—, la historia de la Norteamérica española quedó definitivamente truncada. El primero de los años mencionados señala la fecha de la cesión de la Florida a los Estados Unidos; el segundo, la de la «Compra Gadsden», con la que los Estados Unidos completaron el proceso de redondear su territorio. La Florida pasó directamente de las manos españolas a las norteamericanas; pero, a partir de 1821, el Gobierno de Wáshington hubo de enfrentarse directamente con la nueva nación mexicana, que acababa de independizarse.

Mucho antes de que los golpes políticos vinieran a cortar las últimas amarras que unían a España estos territorios, había comenzado el progresivo debilitamiento de la posición de los españoles. En la última fase de la historia de los principales territorios españoles situados dentro de las actuales fronteras de los Estados Unidos—Florida, Nuevo México y California—resalta, como factor de este debilitamiento, un denominador común: no había colonos españoles en número suficiente para hacer frente a la constante presión ejercida desde el exterior, ni la madre patria tenía suficiente fuerza y decisión para prestarles ayuda.

En Florida, esta presión la ejercían los ingleses, quienes, después de fundar Charleston en 1670, desencadenaron su política agresiva del «trade and blade» («política de comercio y espada»), combinada con actos de agresión espontáneos e injustificados. En el año de 1702, Moore, gobernador de Carolina del Sur, dirigió una flota contra San Agustín; pero, antes de ser rechazado y puesto en fuga, quemó iglesias, escuelas y conventos, y apresó y dió muerte a tres misioneros franciscanos. Dos años después envió a millares de indios salvajes mandados por jefes británicos, que se abalanzaron sobre las indefensas misiones y colonias españolas en una orgía de incendios y saqueos. En aquella ocasión fueron asesinados centenares de indios cristianos y numerosos sacerdotes, mientras otros indios eran llevados a la fuerza para nutrir los mercados de esclavos de Carolina.

Cuando se produjo la reacción de los españoles, no consiguió ningún resultado práctico. Al final, y a raíz de la terminación de la guerra entre indios y franceses, en 1763, la Florida pasó a manos inglesas, si bien las colonias de Nueva Esmirna y San Agustín pudieron



Tras el marco del típico balcón de hierro forjado, de los que engalanan la parte antigua de Nueva Orleáns —hierros importados en su mayoría de España en el siglo XVIII—, se ve la catedral de San Luis, construída en 1794 con fondos del español don Andrés de Almonaster. Otra huella hispana en los Estados Unidos.

mantener la continuidad de su vida católica. Y aun cuando, en 1783, España reconquistó el territorio de la Florida, se vió forzada a abandonarla de nuevo en 1819, esta vez, en manos de los Estados Unidos.

Entretanto, en el año 1762, Francia había cedido a España el territorio de la Luisiana, la cual perteneció a España durante casi cuarenta años (de esta época data la catedral de San Luis, de Nueva Orleáns); pero en 1800 volvía a manos de los franceses, y tres años más tarde Napoleón vendía este territorio a los Estados Unidos.

En la región occidental, Nuevo México, amenazada al principio en sus fronteras por bandas francesas semioficiales, acaudilladas por aventureros como La Salle—que en 1865 intentó ocupar la provincia oriental: Tejas—, sucumbió, finalmente, ante el irresistible empuje de los norteamericanos. Tras el levantamiento de México contra España en pro de su independencia, comenzaron a afluir a Tejas inmigrantes de los Estados Unidos, que pronto superaron en número a la población indígena. Luego, en 1836—un mes después del sangriento asedio de El Alamo—, la batalla de San Francisco dió la independencia a Tejas, que ostentó el nombre de «República de la Estrella Solitaria» durante nueve años, al cabo de los cuales entró a formar parte de la Unión (1845).

Un año después estallaba la guerra con México, uno de los más vergonzosos episodios de la historia norteamericana. Inspirándose en la doctrina del «evidente destino», los Estados Unidos aprovecharon un simple pretexto para declarar la guerra a los mexicanos, que eran mucho más débiles militarmente, y después de haberlos derrotado, se apoderaron de la mitad de su territorio. Por el tratado de Guadalupe, firmado en 1848, Hidalgo se vió obligado a ceder a los norteamericanos una dilatadísima extensión, que abarcaba los actuales Estados de Nuevo México, Arizona, California, Utah, Nevada y la mitad de Colorado.

Ya antes del período de la dominación mexicana también la Iglesia había comenzado a decaer en estas regiones y en la Florida, aunque también es verdad que la incompetencia del nuevo Gobierno y los brotes de anticlericalismo a la moda habían apresurado esta decadencia. La misma España había estado en decadencia, tanto material como espiritualmente, a lo largo de todo el siglo XVIII, habiéndose fosilizado su ardor de cruzado para convertirse en un mero formalismo religioso. En la Florida, y también—aunque en menor grado—en Nuevo México decayó el antiguo entusiasmo, la labor misional se fué tornando cada vez más estéril y el plantel de sacerdotes heroicos de los primeros tiempos fué siendo reemplazado progresivamente por hombres de talla muy inferior. Por otra parte, California, tal vez debido al tardío comienzo de su evangelización, conservó constante su celo apostólico casi hasta el final; pero la secularización de los cuadros que controlaban allí las misiones—medida destinada a allegar fondos para el alarmado Gobierno mexicano—provocó el súbito derrumbamiento de todo el sistema montado por los españoles.

Ironía de la Historia: una de las consecuencias paradójicas de la ocupación norteamericana—por conquista o accesión—de estos territorios, fué que, bajo el régimen de los Estados Unidos, se produjo en ellos un pujante resurgir de la vida católica. A veces la Iglesia floreció incluso contra la voluntad hostil de las nuevas autoridades gubernativas. La Iglesia fué perdiendo gradualmente su matiz y su acento español, para adquirir el carácter social de «grupo minoritario». Pero su crecimiento no dejó de ser real y continuo. España había dejado magníficos cimientos para seguir construyendo.

En 1670, Daniel Denton, un neoyorquino animado de unos sentimientos religiosos bien graciosos, escribía: «He observado que, por regla general, en las tierras adonde los ingleses van a establecerse, una mano divina les abre el camino, eliminando a... los indios, ya sea mediante guerras o bien por medio de alguna asoladora y mortal epidemia.» Mucho más tarde, Mark Twain vendría a añadir que los colonos ingleses «caían primero sobre sus rodillas y luego sobre los aborígenes». Para que se vea mejor el contraste, citemos el siguiente párrafo del libro *Rise of the Spanish American Empire*, de Salvador de Madariaga:

«Hay una palabra que constantemente se repite (en los documentos más antiguos relativos al Nuevo Mundo): ...los españoles querían "ennoblecer" las tierras que habían descubierto. Donde nuestros modernos escritores dirían "develop" u "open up" ("desarrollar económicamente", "transformar"), ellos decían "ennoblecer". Para ellos, esta expresión significaba elevar el nivel de vida no sólo material, sino también moral, de aquellas gentes, y dar a las nuevas tierras un orden y una forma de gobierno auténticamente cristianos... Y al hacerlo, entendían que tanto la fe como la forma de gobierno abrazaban por igual a españoles e indígenas como hombres que, aunque diferentes en carácter, tendencias y aptitudes, eran iguales ante la ley y la cruz.»

Una de las grandes paradojas de la Historia la constituye el hecho de que esta bella epopeya española de clásica grandeza había de ser luego silenciada y tergiversada, como lo sigue siendo en nuestros días todavía, y el que todos nuestros libros de texto hubieran de dar gusto a los ingleses, reproduciendo la versión de los hechos que éstos amañaron. Claro está que la Historia no conoce ninguna nación constituída enteramente por santos, y es cierto que España estuvo a menudo equivocada y cometió ciertos actos de crueldad y de traición a sus propios ideales; pero ella, al menos, «tenía» ideales susceptibles de ser traicionados por las debilidades de los hombres, mientras que Inglaterra no tenía «ninguno» en lo que al indio se refiere.

La «leyenda negra» nació de un factor político muy sencillo: el mundo le tenía envidia a España. He aquí lo que escribía Samuel Johnson:

¿No habrá dejado el cielo, apiadado del pobre,
algún no hollado yermo o playa aun no avistada?
¿Alguna isla escondida en el mar infinito?
¿Un desierto tranquilo que España no reclame?

Y el rey Francisco I de Francia, que era contemporáneo de Cortés, gruñía: «El sol brilla para mí igual que para los demás. Me gustaría ver en el testamento de Adán la cláusula que me excluye a mí de mi participación en el reparto del mundo.»

Como es natural, España estuvo en América dedicada a algo más que una cruzada; buscaba también su propio provecho, y en esto era hija de su tiempo; pero lo que ella dejó enarbolado por encima de su tiempo fué su sed de salvar almas. Esta sed de almas, unida a su asombrosa vitalidad y a su ambición terrenal sin límites, fué lo que hizo posible la existencia de la América española. A muchos parecerá imposible esta unión de ambiciones espirituales y materiales; los historiadores siguen considerando la obra civilizadora y misionera de España como una simple derivación incidental de su codicia de bienes temporales, o bien como el fruto de una idea que se le ocurrió mucho más tarde. Sin embargo, no fué ninguna de las dos cosas, y una prueba de ello es, tal vez, la variada riqueza de la herencia que tras sí dejó.

En los Estados Unidos, España dejó su huella por todas partes. Cuatro de sus Estados —Florida, Colorado, Nevada, California—llevan nombres españoles. Hay centenares de ríos, montes, pueblos, villas y ciudades en el Sur y en el Oeste que ostentan todavía los nombres de santos muy amados de los adelantados españoles que los fundaron o descubrieron. Los indios del Sudoeste continúan hablando el español con preferencia al inglés. Centenares de palabras de origen español son hoy de uso corriente (la jerga de los vaqueros está constituída, casi íntegramente, por un español adulterado), y la arquitectura española sigue ejerciendo una avasalladora, aunque mal traducida, influencia. Las obras de artesanía de Nuevo México son artículos codiciados por los coleccionistas.

Pero la «leyenda negra» es difícil de matar. Por eso creemos que no estará fuera de lugar cerrar este artículo con una refutación de ella. Oigamos a Madariaga (refiriéndose a toda la América):

«Medid los acontecimientos históricos por patrones que no sean políticos ni económicos; pensad cómo un continente entero ha sido perfectamente asimilado, adoptando la civilización y la vida del europeo, sin que en este proceso se haya sacrificado a la población indígena ni se la haya dejado al margen... Imaginaos el proceso de absorción que ha sido preciso para imponer los modos de vida europeos a pueblos tan distanciados entre sí como los aztecas de México y... los tagalos de Filipinas; calibrad la profundidad, el colorido, la espléndida y variada riqueza de la tradición espiritual que España dejó tras sí... Recordad cómo la lengua ha permanecido viva... Y ahora decidme: ¿fué tan malo aquello?»

R. G.



VIRGEN DEL BUEN AIRE. (Salón de Almirantes del Alcázar. Sevilla.)

¡CAPITAN, MI CAPITAN!

(HOMENAJE A LINCOLN)

¡Oh capitán, mi capitán!, el viaje medroso felizmente ha terminado.
Libróse el barco de la nube oscura y se ha obtenido el galardón ansiado.
Está próximo el puerto: ya se oyen las campanas y el ruido plañidero
de la anhelante multitud que sigue con la vista la marcha del velero.

¡Corazón!, ¡corazón!, ¡corazón mío!
¡Oh, las gotas de sangre cómo caen
manchando la cubierta donde yerto
mi capitán descansa, frío y muerto!

¡Mi capitán!, levántate y escucha las campanas monótonas doblando.
Levántate, que izan la bandera y está el clarín tu gloria pregonando.
Por ti hay ramos de flores y coronas; por ti acude la gente a la ribera;
por ti es que clama la ondulante masa que ansiosamente tu llegada espera.

Coloco capitán, padre querido,
mi brazo fiel bajo tu cuello yerto.
Parece que es un sueño contemplarte
tendido en la cubierta, frío y muerto.

No me responde el capitán: sus labios quedaron sin color y sin sonido.
Insensible al contacto de mi brazo, ni voluntad le resta ni latido.
El buque ya está anclado, sano y salvo; el viaje temeroso concluído.
La nave vencedora arribó al puerto desempeñando bien su cometido.

¡Celebrad, playas, y sonad, campanas!
Y mientras tanto, yo, con paso incierto,
camino en la cubierta donde inmóvil
mi capitán reposa, frío y muerto.

WALT WHITMAM

(VERSION DE CESAR ABDALLAH PORTALA)

LA VUELTA DEL EMPERADOR CARLOS V

POR

IGNACIO B. ANZOATEGUI



En su guante de hierro se ha posado un halcón.

Tiene los ojos fieros del destierro
Y tiene un hierro clavado en el medio del corazón.

Es como la sombra militar y señera de una amargura,
Como la sombra de una batalla irremediablemente perdida, como
[un pobre trozo de hierro
Que fué el hierro glorioso de una lanza y la pieza alabada de
[una armadura.

Es el dolor antiguo de saber que la vida nos acerca a la muerte
Y el dolor de saber que la muerte nos levanta a la vida
Y el dolor de ser débil y el dolor de ser fuerte.

Es el orden que acaba y es la imperiosa necesidad del Imperio
Y es la necesidad de despertar con los clarines la esperanza
[dormida.
Y es la tentación del revólver y la tentación del monasterio.

Es la llama comedida del cirio
Y es la llaga que relumbra en el pecho
Como una condecoración de martirio.

Y es el lirio quemado por el sol implacable
Y es el cielo deshecho
Y es el dolor rotundo de saberse inútil e irreemplazable.

De su guante de hierro se levanta un halcón.

Los clarines triunfales ensillaron su grito de esperanza y de
Y una estrella de oro le incendió el corazón. [guerra

Era el grito de los siglos que esperaban el siglo de la aventura
De la vieja aventura de la tierra, [perdida y rescatada,
De la aventura de jugarse el alma para defenderla con el filo
[de la espada.
(Porque la espada tiene un filo de luz
Y tiene una empuñadura para apretar la decisión de la aven-
En la empuñadura de la Cruz.) [tura

Era la estrella que se adelantaba al encuentro de la profecía;
La estrella luminosamente madura
Que se rompía sobre la armadura para pintarla con los cla-
[mores del día.

(Porque la estrella tiene un privilegio de amor,
Y desde que existen hombres bajo las estrellas
Es oficialmente la que le echa las cartas al Emperador.)

En la luz de los campos apretaron las filas las escuadras de
Rechinaron las huellas [flores;
Y las flores tenían el olor de la pólvora y el corazón de los
[tambores.

Era la guerra necesaria y temible, necesaria y temible
Como el agua y como el fuego,
Como lo perdido y como lo imposible.

Era la tierra que se vestía de guerra para restaurar el sentido
La tierra que renunciaba a su propio sosiego [de las cosas;
Para rescatar a los ruiseñores y a las rosas,

Para que la vida no fuera simplemente una pequeña suciedad
[amable,
Para que la muerte no fuera simple y descansadamente
Una liviana distancia innumerable
Y para que la vida y la muerte vivieran en la breve armonía
De procurarse juntamente
El cielo con el pan de cada día.

Era el halcón y era la rosa y era la hoguera jubilosa
Y era la estrella y la amargura
Y era la luz de la armadura bajo la noche milagrosa.

Era la tierra que se vestía de guerra
Para jugar su triunfo en la aventura
De restaurar la paz sobre la tierra.

Un escudero le traía una lanza y la Emperatriz le traía una flor.
Ihesus Christus vincit, Ihesus Christus regnat, Ihesus Christus
[imperat, se santiguó el Emperador.

Los duques de Veragua en una escena hogareña, con sus cinco hijos, Cristóbal, Diego, Anunciada, Alfonso e Ignacio, nombrados de mayor a menor edad.

LOS DOS CRISTOBAL COLON DE HOY

UNO (TREINTA Y UN AÑOS) CAPITAN GENERAL Y ALMIRANTE DE LAS INDIAS

EL HEREDERO, UN CRISTOBAL COLON DE SEIS AÑOS DE EDAD

UN PISO EN MADRID DEDICADO A ARCHIVO DEL DESCUBRIMIENTO

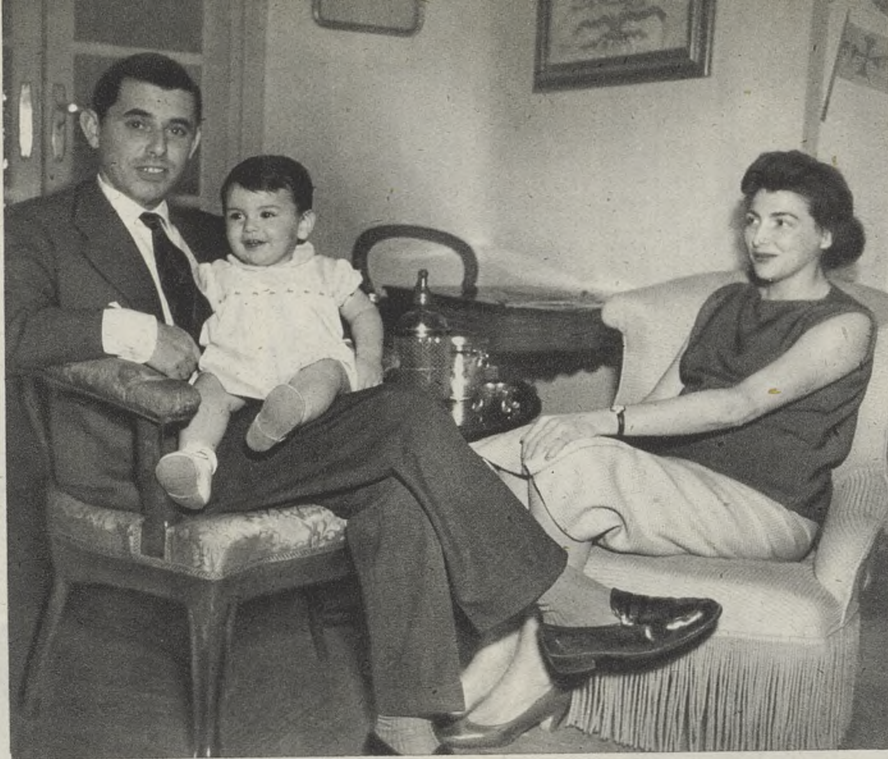
Los pequeños últimos descendientes de Colón lo son por doble línea, ya que la esposa del actual duque de Veragua es decimocuarta nieta del Descubridor.



CONOCÍ a Cristóbal Colón, duque de Veragua y de la Vega de la Isla Española de Santo Domingo, marqués de Aguilafuente y de Jamaica, descendiente del Descubridor y heredero actual de sus títulos y honores, cuando llegó a San Sebastián como comandante del patrullero de la costa guipuzcoana *V-18*, cuyo mando tuvo durante dos años y medio, hasta junio de 1954. Joven—tiene ahora treinta y un años—, sencillo y de gran sentido humano, dotado de aguda inteligencia, establecimos en seguida una buena amistad. Su conversación es siempre sincera, y el ritmo de la misma, rápido, cortante, pronto a todas las variaciones. He vuelto a verle en su casa de San Sebastián, cuando están levantándola para, a punto de terminar su veraneo, reincorporarse el duque a su destino en Madrid,



Vestido con el uniforme de almirante, en un ángulo de su biblioteca.



Cristóbal Colón y su esposa, María de la Anunciada Gorosábel y Ramírez de Haro, con su último hijo. Una escena íntima de la vida de una familia cristiana.



El deporte preferido del último Cristóbal Colón es la vela, en el que el descendiente del Descubridor es un maestro.

en la Jurisdicción Central, a las órdenes del almirante-jefe.

Viste un pantalón azul mahón de recia tela y un jersey del mismo color: el mismo atuendo de los pescadores cantábricos.

—Perdona que te reciba así. Estoy regateando, de la mañana a la noche, en un campeonato de *star* que se disputa entre varios clubs. He sido ganador, con Urrutia, de la primera regata. Si triunfamos podrá España participar en los campeonatos del mundo.

—¿Es tu deporte favorito?

—La vela, con la caza, son los deportes que más me gustan. Antes me gustaba la natación, pero hoy no, porque exige estar siempre muy a punto. Y para de contar, porque el fútbol lo odio. El fútbol no es un deporte, sino, todo lo más, un juego violento. Además, donde hay dinero de por medio, ya no hay deporte. Es lo que ocurre con los toros, que, si los consideramos como deporte, puedes incluirlos entre mis aficiones, pero hoy es un deporte muy adulterado.

En este momento aparecen los niños. Son cinco y el matrimonio espera el sexto. Se llaman Cristóbal, Diego, Anunciada, Alfonso e Ignacio, de mayor a menor edad. El mayor no tiene más de seis años. Contrajeron matrimonio los duques el 24 de febrero de 1949. La duquesa, una de las mujeres españolas más famosas por su belleza, es también descendiente del Descubridor: decimocuarta nieta de éste. Se llama María de la Anunciada Gorosábel y Ramírez de Haro, y en ella se unen las ramas de los condes de Villariezo y de los Alvarez de Toledo. La duquesa nació en San Sebastián.

—*¿Te gusta la profesión de marino?*

—Si no me gustase no continuaría en ella.

—*¿A tu mujer le gusta que lo seas?*

—No lo sé. Supongo que no le agradará mucho. Pero lo era antes de casarme. Eso ya no tiene remedio. Es como si le gustase que yo fuese millonario.

—*¿No lo eres?*

—No lo soy.

—*¿Qué otras aficiones tienes?*

—Me gusta pintar. A mi mujer también. Pintamos juntos al óleo. Pero no exponemos ni enseñamos a nadie nuestras obras. Pintamos muy mal.

—*¿Qué es lo que lees más a gusto?*

—Imposible responderte. Leo de todo; me paso la vida leyendo; me interesa todo, hasta la prensa, ¡y perdona!

—*¿Tu descendencia del Descubridor de las Américas es directa?*

—Siempre directa. Desde él hasta mí ha habido en total diecisiete duques de Veragua.

—*¿Muchos marinos en la familia?*

—Pocos: cua- (Pasa a la pág. 60.)

COLON, PERIODISTA

ACTA DEL NACIMIENTO DE AMERICA

ESTA es la carta que el Almirante don Cristóbal Colón dirigió a don Luis de Santángel, escribano de ración de los señores Reyes Católicos, dándole cuenta de su primer viaje a las Indias y las islas que en él había descubierto y «tomado posesión por sus Altezas con pregón y bandera real extendida...».

La carta, que acumula indudables errores de copia y pintorescas erratas de aquella inefable imprenta del siglo XV, constituye uno de los más ricos y entrañables documentos de la historia del hombre y es quizá la segunda gran noticia periodística del mundo: un extraordinario y sensacional reportaje, puesto que la primera noticia no puede ser otra que la que refiera el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo en Belén. Y ya López de Gomara aludió, si no a la importancia de la noticia periodística, «a la mayor cosa»...

Hemos respetado en lo posible el texto, que ofrecemos transcrito, en la página 29, en un castellano suficientemente actualizado y con unas breves notas, indispensables para la mejor comprensión por parte de todos los lectores, que verán así facilitada la sugestiva lectura directa del curioso incunable.



SEÑOR por que se que aureis plazer dela grand vitoria que nuestro señor me
ha dado en mi viaie vos escriuo esta por la qual sabreys como en veinte dias pase A
las indias cō la armada q̄ los illustrissimos Rey e Reyna nr̄os señores me dieron
dōde yo falle muy muchas Islas pobladas cō gente sin numero: y dellas todas
he tomado posesion por sus altezas con pregon y vādera rreal estendida y non mefu
e cōtradicho A la primera q̄ yo falle puse nonbre sant saluador a comemoracion desu alta mages
tat el qual marauillosamente todo esto andado los idios la llaman guanahani A la segūda
puse nonbre la isla de santa maria deconcepcion ala tercera ferrandina ala quarta la isla bella
ala quinta la Isla Juana e asi a cada vna nonbre nueuo Quando yo llegue ala Juana seg
ui io la costa della al poniente y la falle tan grande q̄ pense que seria tierra firme la prouīcia de
catayo y como no falle asi villas y luguares enla costa dela mar saluo pequeñas poblaciones
con lagente delas quales nopodia hauer fabla por que luego fuyan todos: andaua yo a de
lante por el dicho camino pēsando deno errar grādes Ciudades o villas y al cabo de muchas
leguas visto q̄ no hauia inonaciō i que la costa me leuaua alsetētrion de adōde mi voluntad
era cōtraria porq̄ el yuierno era ya ēcarnado yo tenia proposito de hazer del al austro y tan biē
el vīeto medio adelāte determine deno aguardar otro tiēpo y bolui atras fasta vn señalado puer
to de adōde ēbie dos hōbres por la tierra para saber si hauia Rey o grādes Ciudades ādoui
erō tres iornadas y hallarō īfinitas poblaciōes pequeñas i gēte sī numero mas no cosa de reg
imiēto por lo qual se bolvierō yo entēdia harto de otros īdios q̄ ia tenia tomados como conti
nuamēte esta tierra era Isla e asi segui la costa della al oriēte ciento i siete leguas fasta dōde fa
zia fin: del qual cabo vi otra Isla al oriēte distīcta de esta diez o ocho leguas ala qual luego
puse nombre la spañola y fui alli y segui la parte del setentrion asi como dela iuana al oriente.
clxxviii grādes leguas por linia recta del oriēte asi como dela iuana la qual y todas las otras
sō fortissimas en demasiado grado y esta enestremo en ella ay muchos puertos enla costa dela
mar sī cōparaciō de otros q̄ yo sepa en cristianos y fartos rrios y buenos y grandes q̄ es mara
villa las tierras della sō altas y ē ella muy muchas sierras y mōtañas altissimas sī cōparaciō
de la isla de cētre fre todas fermosissimas de mil fechuras y todas ādabiles y llenas de arboles
de mil maneras i altas i parecen q̄ llegā al cielo i tēgo por dicho q̄ iamas pierdē la foia segun lo
puede cōphēder q̄ los vi tā verdes i tā hermosos como sō por mayo en spaña i dellos stauā flor
idos dellos cō fruto i dellos enotro termino segū es su calidad i cātaua el rui señor i otros pa
xaricos demil maneras en el mes de nouiēbre por alli dōde io ādaua ay palmas de seis o de
ocho maneras q̄ es admiracion verlas por la diformidad fermosa dellas mas asi como los
otros arboles y frutos e iervas en ella ay pinares amarauilla e ay canpiñas grādissimas e ay mi
el i de muchas maneras de aues y frutas muy diuersas enlas tierras ay muchas minas deme
tales e ay gēte istimabile numero La spañola es marauilla la sierras y las mōtañas y las vegas
i las campiñas y las tierras tan fermosas y gruesas para plantar y sebrar pacer ganados de to
das suertes para hedificios de villas e lugares los puertos dela mar aqui no hauria chrencia sin
vista y delos rios muchos y grandes y buenas aguas los mas delos quales traē oro e los arbo
les y frutos e yeruas ay grandes differencias de aquel las dela iuana en esta ay muchas specie
rias y grandes minas de oro y de otros metales. La gente desta ysla y de todas las otras q̄ he
fallado y hauido: ni aya hauido noticia andan todos desnudos hōbres y mugeres asi como
sus madres los parē haun que algunas mugeres se cobriian vn solo lugar cō vna foia de yer
ua: o vna cosa de algodō que pa ello fazen ellos no tienen fierro ni azero ni armas ni so
n ello no por que no sea gente bien dispuesta y de fermosa estatura saluo que sō muy te
merosos a marauilla no tienē otras armas saluo las armas delas cañas quando es[…] cōla simiente a
la qual ponen al cabo vn palillo agudo e no osan vsar de aqllas que m[…] vezes m[…]
embiar atierra dos o tres hombres alguna villa pa hauer fabl[…]

si numero: y despues q̃ los veyã llegar fuyan a no aguardar padre a hijo y esto no por que a ni
guno se aya hecho mal antes a todo cabo adonde yo aya estado y podido haver fabla les he da
do de todo lo que tenia asi paño como otras cosas muchas sin recebir por ello cosa algũa mas
sõ asi temerosos sin remedio: verdad es que despues que aseguran y pierdẽ este miedo ellos son
tanto sin engaño y tan liberales delo q̃ tienẽ que no lo creerian sino el q̃lo viese: ellos de cosa que
tẽgan pidiendogela jamas dizẽ de no antes cõuidan la psona cõ ello y muestran tãto amor que
darian los corazones y quierẽ sea cosa de valor quien sea de poco precio luego por qual quie
ra cosica de qual quiera manera que sea q̃ sele de por ello seã cõtentos: yo defendi q̃ no se les de
sen cosas tan siviles como pedazos de escudillas rotas y pedazos de vidrio roto y cabos dagu
getas: haũ que quãdo ellos esto podiã llegar los parescia haver la mejor joya del mũdo. que
se acerto haver vn marinero por vna agugeta de oro de peso de dos castellanos y medio: y otros
de otras cosas q̃ muy menos valiã mucho mas ya por blãcas nuevas davan por ellas todo
quanto tenian haũ que fuesẽ dos ni tres castellanos de oro o vna arroua o dos de algodõ fila
do fasta los pedazos delos arcos rotos delas pipas tomavan y davan lo q̃ tenian como besti
as asi que me parecio mal: yo lo defendi y dava yo graciosas mil cosas buenas q̃ yo levava por
que tomen amor y allẽda desto se farã cristianos que se inclinan al amor e cervicio de sus altezas
y de toda la naciõ castellana: e procurã de ajũtar de nos dar delas cosas que tenẽ en abundã
cia que nos sõ necessarias y no conocian niguna seta ni idolatria salvo que todos creen q̃ las
fuercas y el biẽ es enel cielo y creian muy firme que yo cõ estos navios y gente venia del cielo y en tal
catamiento me recebian en todo cabo despues de haver perdido el miedo y esto no procede porq̃
sean ignorantes salvo de muy sotil igenio y õbres que navegan todas aquellas mares que es
maravilla la buena cuenta quellos dan de todo salvo porque nũca vierõ gẽtẽ vestida ni semejan
tes navios y luego que lege alas Indias ẽla primera isla q̃ halle tome pforza algunos dellos pa
ra que deprẽdiesen y me diesẽ noticia delo que avia en aquellas partes e asi fue que luego ẽtendirõ
y nos a ellos quando por lengua o señas: y estos han aprovechado mucho oy en dia los traigo
q̃ siẽpre estã depropósito q̃ vẽgo del cielo por mucha cõversasiõ q̃ ayan havido cõmigo y estos
eran los primeros a pronunciarlo adonde yo llegava y los otros andavan corriendo de casa ẽ
casa: y alas villas cercanas cõ bozes altas venit venit aver la gente del cielo asi todos hõbres
como mugers despues de haver el corazõ seguro de nos veniã q̃ nõ cadavã grande ni pequeño
y todos trayan algu de comer y de bever quedavan cõ vn amor maravilloso ellos tienẽ todas
las yslas muy muchas canoas a manera de fustes de remo dellas maioras dellas menores y al
gunas: y muchas sõ mayores que hũa fusta de diez e ocho bãcos: no sõ tan anchas porque sõ
de hun solo madero mas huna fusta no terna cõ ellas al remo porque van que no es cosa de cre
er y cõ estas navegan todas aquellas islas q̃ sõ innumerables: y tratẽ sus mercaderias: algunas
destas canoas he visto cõ lxx y lxxx õbres en ella y cada vno cõ su remo en todas estas islas no
vide mucha diversidad dela fechura dela gente ni en las costumbres ni enla lengua: salvo que
todos se entienden q̃ es cosa muy sigular para lo que espero q̃ determinaran sus altezas para la
cõversaciõ dellos de nuestra santa fe ala qual sõ muy dispuestos: ya dixe como yo havia andado
c.vii leguas por la costa dela mar por la derecha liña de ocidẽte a oriente por la isla juana segũ el
qual camino puedo desir que esta isla es maior que inglaterra y escosia juntas por que allẽde des
tas c vii. leguas me quedo dela parte de poniente dos provinsias que io nohe andado: la vna de
las q̃les llaman avau: adonde nasẽ la gẽte cõ cola las q̃les provinsias no pueden tener en lõgura
menos de. l. o lx. leguas segun puede entender destos indios qu yo tengo los q̃ls saben todos
las yslas esta otra española en cierco tiene mas que la españa toda desde colunya por costa de
mar fasta fuẽte rabia en viscaya pues en vna quadra anduve. clxxxviii grandes leguas por rec
ta liña de occident a oriente esta es para desear: e vista es para nunca dexar enla qual puesto
[illegible] tenga tom[illegible] posessiõ por sus altezas y todas sean mas abastadas delo que sio
[illegible] todas las tengo por sus altezas que dellas [illegible]

se y puedo dezir y todas las tengo por de sus altezas qual dellas pueden disponer como y tan cō
plidamēte como delos Reynos de castilla en esta española en ellugar mas cōuenible y meior
comarca para las minas del oro y de todo trato asi dela tierra firme deaqua como de a quella
dealla del gran can adōde haura grand trato eganancia he tomado possessiō de vna villa gran
de ala qual puse nōbre la villa denauidad: y en ella he fecho fuerza y fortaleza que ya aestas ho
ras estara del todo acabada y he dexado enella gente que abasta para semeiante fecho cō armas
y artellarias e vituallas por mas de vn año y fusta y maestro dela mar entodas artes para fazer
otras y grande amistad cō el Rey de aquella tierra en tanto grado que se preciaua de me llamar y
etener por hermano e haū que le mudase la volūtad a hoffender esta gēte el ni los suios nosabē
que sean armas y andan desnudos como ya he dicho sō los mas temerosos que ay en el mūdo
asique solamente la gente que alla queda es para destroir toda aquella tierra y es ysla sin peligro
de sus personas sabiendo se regir entodas estas islas me parece que todos los ōbres sean cōtē
tos cō vna muger i asu maioral o Rey dan fasta: veynte: las mugeres me parece que trabaxā
mas que los ōbres ni he podido en tender si tenien bienes propios que me parecio ver q̄ a q̄llo
que vno tenia todos hazian parte en especial delas cosas comederas en estas islas fasta aqui
no he hallado ōbres mostrudos cōmo muchos pensauan mas antes es toda gēte demuy lindo
acatamiento ni sō negros como ē guinea saluo cō sus cabellos corredios y nosecrian adōdeay
i peto demasiado delos rayos solares es verdad quel sol tiene alli grand fuerca puesto que es di
stinta dela liña iqui nocial veite eseis grādos en estas islas adōdeay mōtañas grandes: ay tenia
a fuerca el frio este yvierno: mas ellos lo sufren por la costumbre que cōla ayuda delas viandas
comen cō especias muchas y muy calientes en demasia: asique mostruos no he hallado ni noti
cia saluo de vna ysla que es aqui enla segunda ala entrada delas yndias q̄ es poblada de vna
iente que tienē en todas las yslas por muy ferozes los qualles comē carne vmana estos tienē
muchas canaus cōlas quales corrē todas las yslas de idia robā y tomā quanto pueden ellos
no sō mas disfformes que los otros saluo q̄ tienē encostumbre de traer los cabellos largos com
o mugeres y vsan arcos y flechas delas mismas armas de cañas cō vn palillo al cabo por defec
to de fierro q̄ no tienē sō ferozes entre estos otros pueblos que sō demasiado grado couardes
mas yo no los tengo en nada mas que alos otros estos sō aquellos q̄ tratā cōlas mugeres
de matremonio q̄ es laprimera ysla partiendo despaña para las idias q̄ se falla enla qual no ay
hōbre ninguno: ellas no vsā exercicio femenil saluo arcos y frechas como los sobre dichos de cañas
y se arman y cobigan cō launes de arambre deque tienē mucho otra ysla me seguran mayor q̄ la
española en que las psonas no tienē ningū cabello. En esta ay oro sin cuento y destas y delas o
tras traigo comigo idios para testimonio: e cōclusiō afablar desto solamēte que se a fecho este
viage que fue asi de corida que puedē ver sus altezas q̄ yo les dare oro quanto ouierē menester con
muy poquita ayuda q̄ sus altezas me darā agora speciaria y algodō quāto sus altezas mādarā
cargar y almastica quanta mandaran cargar e dela qual fasta oy no se ha fallado saluo en gre
cia enla ysla de xio y el señorio la vende como quiere y ligunaloe quāto mandaran cargar y es
clauos quātos mādaran cargar e seran delos ydolatres y creo hauer fallado ruybaruo y cane
la e otras mil cosas de sustancia fallare que hauran fallado la gēte que yo alla dexo porque yo
no me he detenido ningū cabo en quāto el viento me aia dado lugar de nauegar solamente en la
villa de nauidad en quanto dexe asegurado E bien asentado E ala verdad mucho mas ficiera
si los nauios me siruieran como razō demandaua Esto es harto y eterno dios nuestro señor
el qual da a todos aquellos q̄ andan sucamino victoria de cosas que parecen imposibles: y esta
señaladamēte fue la vna por q̄ haū que destas tierras aian fallado o escripto todo va por cō
lectura sin allegar de uista saluo cōprendiendo a tanto que los oyētes los mas escuchauan e
iuzgauan mas por fabla que por poca cosa dello asi que pues nuestro Redemtor dio esta vic
toria A nuestros Illustrisimos rey e reyna e a sus reynos famosos de tā alta cosa A dōde toda

La christiandad deue tomar alegria y fazer grandes fiestas y dar gracias solēnes ala sancta trinidad cō muchas oraciones solēnes por el tanto enxalçamiento que hauran en tornando se tantos pueblos a nuestra sancta fe: y despues por los bienes tēporales q̄ no solamēte ala españa mas atodos los christianos ternan aqui refrigerio y ganancia esto segun el fecho asi embreue Fecha enla calauera sobre las yslas de canaria a xv de febrero año Mil. cccclxxxxiii.

Fara lo que mandareys El Almirāte

Anima que venia dentro en la Carta:

Despues desta escripto: y estādo en mar de. Castilla salio tanto viēto cō migo. sul y sueste que me ha fecho descargar los nauios po corri aqui en este puerto de lisbona oy que fue la mayor marauilla del mundo adōde acorde escriuir asus altezas. en todas las yndias he siempre hallado y los tēporales como en mayo adōde yo fuy en xxxiii dias y volui en xxviii saluo questas tormentas me ā detenido xiiii dias corriendo por esta mar: dizen aqua todos los hōbres dela mar q̄ jamas ouo tan mal yuierno no ni tantas perdidas de naues fecha ha quatorze dias de marzo:

ESTA Carta enbio Colom Al escriuano Deraciō De las Islas Halladas en Las Indias: Cōtenida A Otra De Sus Altezas

ACTA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

UNA CARTA DE COLON

VA DIRIGIDA A DON LUIS DE SANTANGEL ESCRIBANO DE RACION DE LOS SEÑORES REYES CATOLICOS, REFIRIENDOLE SU PRIMER VIAJE Y LAS ISLAS QUE HABIA DESCUBIERTO

(Damos a continuación, en un castellano actual asequible a todo lector, el texto de la carta de Colón que aparece fotocopiada en las páginas 25, 26, 27 y 28.)

Señor: Porque sé que habréis placer de la gran victoria que Nuestro Señor me ha dado en mi viaje vos escribo ésta, por la cual sabréis cómo en veinte días pasé a las Indias con la armada que los ilustrísimos Rey y Reina, nuestros Señores, me dieron, donde yo hallé muy muchas islas pobladas con gente sinnúmero, y dellas todas he tomado posesión por sus Altezas, con pregón y bandera real extendida, y no me fué contradicho.

A la primera que yo hallé puse nombre San Salvador, a conmemoración de su Alta Majestad, el cual maravillosamente todo esto andado. Los indios la llaman Guanahaní. A la segunda puse nombre la isla de Santa María de Concepción; a la tercera Ferrandina, a la cuarta la Isabela, a la quinta la isla Juana, y así a cada una nombre nuevo.

Cuando yo llegué a la Juana seguí yo la costa della al poniente y la hallé tan grande que pensé que sería tierra firme, la provincia de Catayo; y como no hallé así villas y lugares en la costa de la mar, salvo pequeñas poblaciones, con la gente de las cuales no podía haber habla, porque luego huían todos, andaba yo adelante por el dicho camino, pensando de no errar grandes ciudades o villas; y al cabo de muchas leguas, visto que no había innovación, y que la costa me llevaba al septentrión, de a donde mi voluntad era contraria, porque el invierno era ya encarnado, yo tenía propósito de hacer dél al austro, y también el viento medio adelante, determiné de no aguardar otro tiempo, y volví atrás hasta un señalado puerto, de adonde envié dos hombres por la tierra para saber si había rey o grandes ciudades. Andovieron tres jornadas y hallaron infinitas poblaciones pequeñas y gente sinnúmero, mas no cosa de seguimiento, por lo cual se volvieron.

Yo entendía harto de otros indios, que ya tenía tomados, como continuamente esta tierra era isla, y así seguí la costa della al oriente ciento y siete leguas hasta donde hacía fin; del cual cabo ví otra isla al oriente, distinta de esta diez u ocho leguas, a la cuál luego puse nombre la Española; y fuí allí y seguí la parte del septentrión, así como de la Juana al oriente ciento setenta y ocho grandes leguas por línea recta del oriente, así como de la Juana, la cual y todas las otras son fortísimas en demasiado grado y ésta en extremo. En ella hay muchos puertos en la costa de la mar sin comparación de otros que yo sepa en cristianos, y hartos ríos y buenos y grandes que es maravilla. Las tierras della son altas, y en ella muy muchas sierras y montañas altísimas, sin comparación de la isla de Centrefrei (1), todas hermosísimas de mil hechuras y todas andábiles y llenas de árboles de mil maneras y altas, y parecen que llegan al cielo; y tengo por dicho que jamás pierden la hoja según lo pude comprender que los ví tan verdes y tan hermosos como son por mayo en España. Y dellos estaban floridos, dellos con fruto, y dellos en otro término según es su calidad; y cantaba el ruiseñor y otros pajaricos de mil maneras en el mes de noviembre por allí donde yo andaba. Hay palmas de seis o de ocho maneras, que es admiración verlas por la diformidad hermosa dellas, mas así como los otros árboles y frutos y hierbas. En ella hay pinares a maravilla, y hay campiñas grandísimas, y hay miel y de muchas maneras de aves y frutas muy diversas. En las tierras hay muchas minas de metales y hay gente en estimable número.

La Española es maravilla, las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas y las tierras tan hermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suertes, para edificios de villas y lugares. Los puertos de la mar, aquí no habría creencia sin vista, y de los ríos muchos y grandes y buenas aguas, los más de los cuales traen oro. En los árboles y frutos y hierbas hay grandes diferencias de aquellas de la Juana; en ésta hay muchas especierías y grandes minas de oro y de otros metales. La gente de esta isla y de todas las otras que he hallado y habido ni haya habido noticia, andan todos desnudos, hombres y mujeres, así como sus madres los paren, aunque algunas mujeres se cobijan un sólo lugar con una hoja de hierba o una cosa de algodón que para ello hacen.

Ellos no tienen hierro ni acero ni armas ni [...] a ello, no porque no sea gente bien dispuesta y de hermosa estatura, salvo que son muy te [...] a maravilla. No tienen otras armas salvo las [...] de las cañas, cuando [...] con la simiente, [...] cual ponen al cabo un palillo agudo, y no osan usar de aquellas: que [...] veces [...] enviar a tierra dos o tres hombres a alguna villa para haber [...] sinnúmero, y después que los veían llegar huían a no aguardar padre a hijo; y esto no porque a ninguno se haya hecho mal, antes a todo cabo a donde yo haya estado y podido haber habla, les he dado de todo lo que tenía, así paño como otras cosas muchas, sin recibir por ello cosa alguna, más son así temerosos sin remedio. Verdad es que después que aseguran y pierden este miedo ellos son tanto sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creerían sino el que lo viese. Ellos de cosa que tengan, pidiéndosela, jamás dicen de no; antes convidan la persona con ello y muestran tanto amor que darían los corazones; y quier sea cosa de valor, quier sea de poco precio luego por cualquiera cosica de cualquiera manera que sea que se les dé por ello se han contentos.



Yo defendí que no se les diesen cosas tan serviles como pedazos como de escudillas rotas y pedazos de vidrio roto y cabos de agujetas; aunque cuando ellos esto podían llegar les parecía haber la mejor joya del mundo: que se se acertó haber un marinero por una agujeta de oro de peso de dos castellanos y medio, y otros de otras cosas que muy menos valían, mucho más. Ya por blancas nuevas daban por ellas todo cuanto tenían aunque fuesen dos ni tres castellanos de oro, o una arroba o dos de algodón hilado. Hasta los pedazos de los arcos rotos de las pipas tomaban y daban lo que tenían como bestias; así que me pareció mal yo lo defendí. Y daba yo graciosas mil cosas buenas que yo llevaba porque tomen amor; y allende de esto se harán cristianos que se inclinan al amor y servicio de sus Altezas y de toda la nación castellana; y procuran de ajuntar de nos y dar de las cosas que tienen en abundancia que nos son necesarias. Y no conocían ninguna secta ni idolatría, salvo que todos creen que las fuerzas y el bien es en el cielo; y creían muy firme que yo con estos navíos y gente venía del cielo, y en tal catamiento me recibían en todo cabo después de haber perdido el miedo. Y esto no procede porque sean ignorantes, salvo de muy sutil ingenio, y hombres que navegan todas aquellas mares, que es maravilla la buena cuenta que ellos dan de todo, salvo porque nunca vieron gente vestida ni semejantes navíos... Y luego que llegué a las Indias, en la primera isla que hallé, tomé por fuerza algunos dellos para que deprendiesen y me diesen noticia de lo que había en aquellas partes, y así fué que luego entendieron y nos a ellos cuando por lengua o señas; y éstos han aprovechado mucho. Hoy en día los traigo que siempre están de propósito que vengo del cielo por mucha conversación que hayan habido conmigo. Y éstos eran los primeros a pronunciarlo adonde yo llegaba, y los otros andaban corriendo de casa en casa, y a las villas cercanas con voces altas: «Venid, venid, a ver la gente del cielo.» Así todos hombres, como mujeres, después de haber el corazón seguro de nos, venían que no quedaban grande ni pequeño y todos traían algo de comer y de beber que daban con un amor maravilloso.

Ellos tienen en todas las islas muy muchas canoas a manera de fustes de remo: dellas mayores, dellas menores, y algunas y muchas son mayores que una fusta de diez y ocho bancos. No son tan anchas porque son de un solo madero, mas una fusta no tendrá con ellas al remo, porque van que no es cosa de creer. Y con éstas navegan todas aquellas islas, que son innumerables, y tratan sus mercaderías. Algunas de estas canoas he visto con setenta y ochenta hombres en ella y cada uno con su remo.

En todas estas islas no vide mucha diversidad de la hechura de la gente, ni en las costumbres, ni en la lengua, salvo que todos se entienden, que es cosa muy singular; para lo que espero que determinarán sus Altezas para la conversión de ellos a nuestra Santa Fe, a la cual son muy dispuestos.

Ya dije cómo yo había andado ciento siete leguas por la costa de la mar, por la derecha línea de occidente a oriente, por la isla Juana; según el cual camino puedo decir que esta isla es mayor que Inglaterra y Escocia juntas; porque allende destas ciento siete leguas me quedó de la parte de poniente dos provincias que yo no he andado, la una de las cuales llaman Anau, a donde nace la gente con cola (2). Las cuales provincias no pueden tener en longura menos de cincuenta o sesenta leguas, según pude entender de estos indios que yo tengo, los cuales saben todos las islas.

Esta otra Española, en circo, tiene más que la España toda, desde Colunia (3), por costa de mar, hasta Fuenterrabía en Vizcaya; pues en una cuadra anduve ciento ochenta y ocho grandes leguas por recta línea de occidente a oriente. Esta es para desear y [...] es para nunca dejar; en la cual, puesto [...] tenga tomada posesión por sus Altezas, y todas sean más abastadas de lo que [...] todas las tengo por sus Altezas, que dellas [...] sé y puedo decir, y todas las tengo por de sus Altezas, cual dellas pueden disponer como y tan cumplidamente como de los reinos de Castilla. En esta Española, en el lugar más convenible y mejor comarca para las minas del oro y de todo trato, así de la tierra firme de acá como de aquella de allá del Gran Kan, a donde habrá gran trato y ganancia, he tomado posesión de una villa grande, a la cual puse nombre la villa de Navidad, y en ella he hecho fuerza y fortaleza, que ya a estas horas estará del todo acabada, y he dejado en ella gente que abasta para semejante hecho con armas y artillerías y vituallas por más de un año, y fusta y maestro de la mar en todas artes para hacer otras, y grande amistad con el rey de aquella tierra, en tanto grado que se preciaba de me llamar y tener por hermano; y aunque le mudase la voluntad a ofender esta gente él ni los suyos no saben qué sean armas y andan desnudos como ya he dicho y son los más temerosos que hay en el mundo. Así que solamente la gente que allá queda es para destruir toda aquella tierra y es isla sin peligro de sus personas sabiéndose regir.

En todas estas islas me parece que todos los hombres sean contentos con una mujer, y a su mayoral o rey dan hasta veinte. Las mujeres me parece que trabajan más que los hombres, ni he podido entender si tienen bienes propios, que me pareció ver que aquello que uno tenía todos hacían parte, en especial de las cosas comederas.

En estas islas hasta aquí no he hallado hombres monstrudos como muchos pensaban; mas antes es toda gente de muy lindo acatamiento; ni son negros como en Guinea, salvo con sus cabellos corredios, y no se crían a donde hay ímpetu demasiado de los rayos solares. Es verdad que el sol tiene allí gran fuerza, puesto que es distante de la línea equinoccial veintiséis grados. En estas islas a donde hay montañas grandes ahí tenía fuerza el frío este invierno; mas ellos lo sufren por la costumbre que con la ayuda de las viandas comen con especias muchas y muy calientes en demasía. Así que monstruos no he hallado ni noticia, salvo de una isla que es aquí en la segunda a la entrada de las Indias, que es poblada de una gente que tienen en todas las islas por muy feroces, los cuales comen carne humana. Estos tienen muchas canoas con las cuales corren todas las islas de Indias, roban y toman cuanto pueden. Ellos no son más disformes que los otros, salvo que tienen en costumbre de traer los cabellos largos como mujeres, y usan arcos y flechas de las mismas armas de cañas con un palillo al cabo, por defecto de hierro que no tienen. Son feroces entre estos otros pueblos que son en demasiado grado cobardes; mas yo no los tengo en nada más que a los otros. Estos son aquellos que tratan con las mujeres de matrimonio, que es la primera isla partiendo de España para las Indias que se halla, en la cual no hay hombre ninguno. Ellas no usan ejercicio femenil, salvo arcos y flechas, como los sobredichos de cañas, y se arman y cobijan con launas (4) de alambre de que tienen mucho.

Otra isla me aseguran mayor que la Española en que las personas no tienen ningún cabello. En esta hay oro sin cuento, y destas y de las otras traigo conmigo indios para testimonio.

En conclusión, a hablar de esto solamente que se ha hecho, este viaje que fué así de corrida, que pueden ver sus Altezas que yo les daré oro cuanto hubieren menester con muy poquita ayuda que sus Altezas me darán. Agora especiería y algodón cuanto sus Altezas mandaran cargar, y almástica cuanta mandaran cargar, y de la cual hasta hoy no se ha hallado salvo en Grecia, en la isla de Chios, y el señorío la vende como quiere, y liguñáloe cuanto mandaran cargar, y esclavos cuantos mandaran cargar, y serán de los idólatras; y creo haber hallado ruibarbo y canela y otras mil cosas de sustancia hallaré que habrán hallado la gente que yo allá dejo, porque yo no me he detenido ningún cabo en cuanto el viento me haya dado lugar de navegar, solamente en la villa de Navidad, en cuanto dejé asegurado y bien asentado. Y a la verdad mucho más hiciera si los navíos me sirvieran como razón demandaba. Esto es harto, y eterno Dios nuestro Señor, el cual da a todos aquellos que andan su camino victoria de cosas que parecen imposibles, y ésta señaladamente fué la una, porque aunque de estas tierras hayan hallado descrito todo va por conjetura sin alegar de vista; salvo comprendiendo a tanto que los oyentes los más escuchaban y juzgaban más por habla que por poca [...] dello. Así que pues nuestro Redentor dió esta victoria a nuestros ilustrísimos Rey y Reina y a sus reinos famosos de tan alta cosa, adonde toda la cristiandad debe tomar alegría y hacer grandes fiestas y dar gracias solemnes a la Santa Trinidad, con muchas oraciones solemnes por el tanto ensalzamiento que habrán en tornándose tantos pueblos a nuestra Santa Fé y después por los bienes temporales que no solamente a la España, mas a todos los cristianos tendrán aquí refrigerio y ganancia; esto según el hecho así en breve. Fecha en la carabela sobre las islas de Canaria (5) a quince de febrero año mil cuatrocientos noventa y tres. Hará lo que mandarais.—*El Almirante.*

Anima (6) que venía dentro en la carta:

Después de esta escrita y estando en mar de Castilla, salió tanto viento conmigo sur y sureste, que me ha hecho descargar los navíos, por correr aquí en este puerto de Lisboa hoy, que fué la mayor maravilla del mundo, a donde acordó escribir a sus Altezas. En todas las Indias he siempre hallado y los temporales como en mayo a donde yo fuí en treinta y tres días y volví en veintiocho (7), salvo que estas tormentas me han detenido veintitrés días corriendo por esta mar. Dicen acá todos los hombres de la mar que jamás hubo tan mal invierno ni tantas pérdidas de naves. Fecha a catorce días de marzo (8).

Esta carta envió Colón al escribano. Relación de las islas halladas en las Indias: Contenida a otra de sus Altezas.

---

(1) Tenerife.

(2) Estas noticias extravagantes nacían tal vez de la ignorancia de los indios, y también de no ser bien entendidos por el Almirante y por los españoles, que no comprendía su lengua ni sus expresiones.—*Navarrete.*

(3) En el texto de Volafan (bibliófilo valenciano que publicó en 1858 esta carta, tomada de una copia antigua): *Desde Colibre en Cataluña.*

(4) *Láminas.* Catalanismo.

(5) Las islas que vieron el 15 de febrero no eran las Canarias, sino las Azores o Terceras, como se demuestra en el diario.

(6) Papel escrito que se introducía en la carta después de cerrada.

(7) Así parece decir este original; pero habiendo salido Colón de la barra de Saltes el 3 de agosto y desembarcado en la isla de San Salvador el 12 de octubre, es claro que deben contarse setenta y un días de viaje a la ida y cuarenta y ocho a la vuelta, contando desde el 16 de enero, en que salió del golfo de las Flechas, hasta el 4 de marzo, que entró en el río de Lisboa.—*Navarrete.*

(8) Esta fecha no puede ser sino del 4 de marzo.

CARTA CULTURAL IBEROAMERICANA

EN el II Congreso de Cooperación Intelectual, celebrado recientemente en Santander, y entre las mociones elevadas al Pleno, fué presentada y aprobada por aclamación la siguiente Carta Cultural Iberoamericana. A los cuatro siglos y medio del descubrimiento, la hermandad de los pueblos iberoamericanos sigue teniendo raíces profundas y originales y renovadas muestras de convivencia y de indestructible unidad. En los puntos de esta carta se revaloriza y fortifica lo que ha sido y es, en el orden mundial, la sólida y trascendente confraternidad iberoamericana.

CONSIDERANDO

Que existe un modo de ser y de pensar iberoamericano, resultado de la fusión de elementos espirituales hispanolusitanos con otros propios de los pueblos de América y Filipinas;
Que ese sentido iberoamericano de la vida es esencialmente cristiano, y se caracteriza por el respeto a la dignidad de la persona humana y a la libertad de los pueblos, por la primacía de los valores espirituales y morales, por la voluntad de salvación en un orden trascendente y por el sentido del honor y la solidaridad con todos los hombres, y
Que la cultura iberoamericana debe contribuir en todas sus manifestaciones y aspectos a la afirmación y desenvolvimiento de ese modo de ser,

SE PROCLAMAN
los siguientes principios, que configuran la

CARTA CULTURAL IBEROAMERICANA

I Los países iberoamericanos constituyen un solo territorio cultural.

II La comunidad cultural de los pueblos iberoamericanos procede de la presencia permanente del espíritu de la hispanidad, en su desarrollo histórico y actual.

III La cultura iberoamericana reconoce al hombre como portador de valores eternos, capaz de perfección mediante el desarrollo de sus posibilidades internas.

IV La cultura iberoamericana no puede desentenderse del imperativo de justicia ni de los preceptos éticos de inspiración y definición cristiana.

V Iberoamérica es esencialmente fiel a su tradición, dentro de una rigurosa exigencia de actualidad y universalidad.

VI Iberoamérica debe participar plenamente en todas las tareas universales, tanto espirituales como materiales, y ser reconocida como una sola región cultural dentro de la comunidad de naciones mundiales.

VII Iberoamérica constituye una unidad dentro de un mismo proceso histórico, que arranca de la acción de España y Portugal, respetuosa y mantenedora de los valores indígenas. Este proceso se fortalece por el mestizaje, y no es roto por la emancipación, ya que éste se realiza dentro de una superior unidad espiritual y de vida.

VIII Iberoamérica debe aceptar toda aportación espiritual, cultural y humana proveniente de otras culturas que sea compatible con su estilo de vida y su destino histórico.

IX Todos los hombres iberoamericanos, sin discriminación de ningún género, tienen derecho a participar en los bienes culturales de la comunidad.

X Las ciencias, las artes, las letras y la técnica iberoamericana deben atender al ser moral del hombre y tender a su perfeccionamiento espiritual y a su bienestar material.

XI El hombre iberoamericano tiene derecho a un salario vital familiar que cubra sus necesidades.

XII La educación iberoamericana debe ser universal, obligatoria y gratuita, y debe tener por objeto la formación integral del individuo para su propia capacitación y para la convivencia social.

XIII La educación debe ser la base de la paz y de la justicia social, que no deben descansar sólo en los hechos políticos y económicos.

XIV El hombre iberoamericano está obligado a participar, con espíritu constructivo, en las actividades cívicas y políticas de la comunidad.

XV El hombre iberoamericano reconoce y reclama la existencia de un orden jurídico en lo nacional y en lo internacional.

XVI La cultura iberoamericana debe formar conciencia de que las libertades, las obligaciones y los derechos del hombre no son concesiones de las leyes, sino que éstas deben interpretarlos y garantizarlos.

XVII Debe asegurarse al hombre iberoamericano la libre circulación y residencia en todo el territorio de Iberoamérica, así como la posibilidad de ejercer su oficio o profesión en todos los países de la comunidad.

XVIII Debe ser favorecido y estimulado el intercambio de personas en el territorio de la comunidad iberoamericana, especialmente de estudiantes, profesores, artistas, investigadores y técnicos, así como el libre intercambio de libros, películas y material científico.

XIX Los principios enunciados en la presente Carta Cultural de Iberoamérica son exhaustivos y están subordinados a la evolución del derecho de gentes.

Antes de visitar España

consulte usted a

MVNDO HISPANICO

CADA año vienen a España numerosísimos hispanoamericanos. La mayor parte de ellos tienen familiares españoles, que pueden prepararles las etapas más interesantes en el país para su visita, preparación que es también relativamente fácil cuando el viajero vive en una ciudad importante, donde las direcciones de turismo o agencias de viaje pueden proporcionar la información necesaria. Pero para aquellos cuya vida transcurre lejos de estos centros y que no han venido nunca a España o lo hicieron hace muchos años, la previsión de una estancia en ella puede crearles preocupaciones y problemas, que desde nuestra revista trataremos de resolver.

MVNDO HISPÁNICO ha creado un servicio de información turística a la disposición de sus lectores. Desde este servicio se contestará gratuitamente a cualquier pregunta referente a un posible viaje a España.

- COMUNICACIONES TERRESTRES, MARITIMAS, AEREAS E INTERIORES QUE PUEDAN INTERESARLE.
- LUGARES INTERESANTES QUE DESEE O PUEDA VISITAR.
- RESERVA DE HABITACIONES EN HOTELES APROPIADOS.
- RUTAS A SEGUIR EN UN TIEMPO MINIMO DISPONIBLE.
- CIUDADES, MONUMENTOS, COSTUMBRES DE CADA LUGAR Y FECHAS ADECUADAS EN CADA LUGAR.
- ETC., ETC.

Con MVNDO HISPÁNICO colaborarán entidades y firmas calificadas para dar el mayor número de facilidades a nuestros consultantes, de manera que su visita a España podrán hacerla sin preocupación alguna y en la seguridad de que M. H. resolverá todos sus problemas turísticos.

Escriban a:

MVNDO HISPÁNICO (Servicio de Información Turística) · Alcalá Galiano, 4 · MADRID



EL ESCORIAL (LA OCTAVA MARAVILLA DEL MUNDO)



Fachada principal

125 HABITACIONES. TODAS EXTERIORES Y CON BAÑO

•

Habitaciones con terraza particular y magníficas vistas

HOTEL VICTORIA PALACE

TELEGRAMAS: VICTORPALACE - TELEF. 86 12 00

•

SITUACIÓN INMEJORABLE, A DOS MINUTOS DEL MONASTERIO

•

Rodeado de su propio jardín y espléndidas terrazas

Parte del jardín



COCINA SELECTA · SERVICIO ESMERADO · PISCINA · GARAJE

BARCELONA

LIHSA



AVENIDA PALACE

Dirección telegráfica: AVENIDOTEL
Teléfono 22 64 40

AVENIDA DE JOSE ANTONIO
PASEO DE GRACIA

El hotel más moderno de Barcelona, en pleno centro de la Ciudad Condal

250 habitaciones con baño, ducha y radio
Aire acondicionado

Servicio de cocina a la gran carta

•



HOTEL ORIENTE

Dirección telegráfica: ORIENTOTEL
Teléfono 21 41 51

Situado en las típicas Ramblas, a 300 metros del puerto
200 habitaciones con baño y máximo confort

•

EL CORTIJO

(TEMPORADA DE VERANO)

Restaurante-Jardín y Salón de Fiestas

Instalación puramente andaluza, en el mejor emplazamiento de la ciudad

Espectáculo típico español e internacional



TARRAGONA

HOTEL EUROPA

ALEGRIA Y FRESCOR EN VERANO · REPOSO Y TIBIEZA EN INVIERNO
BIENESTAR TODO EL AÑO

LE BRINDA EL





EL HOTEL DE LUJO DE LA COSTA BRAVA

YACHTING · TENNIS · BAÑOS · PATINAJE · PESCA SUBMARINA

SALAMANCA (ESPAÑA)

Salamanca ocupa un lugar preeminente entre las ciudades históricas de España. Aparece en su historia con la llegada de Anibal, el año 237 antes de Jesucristo. Sometida luego a los visigodos y más tarde a los moros; arrasada por el califa Modhafer, fué liberada y reconstruída por Alfonso VI y sus sucesores en el siglo XI. Su fecha principal es la de la batalla de Arapiles, principio de la liberación de España tras la ocupación napoleónica.

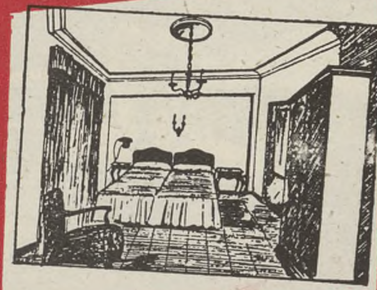
Debe su reputación mundial a su Universidad, fundada en el siglo XIII. Visitada por Cristóbal Colón, que acudió a ella con objeto de cerciorarse del fundamento de su gran sueño—descubrir, allende los mares, nuevas rutas—, nunca dejó de desempeñar un papel preponderante en la institución y difusión de la cultura universal.

La Salamanca de hoy no desmerece en nada de tan prestigioso pasado. De él ha conservado intactos innumerables testimonios arquitectónicos: la Puerta de Zamora, el hermoso paseo de la Alamedilla, la armoniosa y única Plaza Mayor, la Casa de las Conchas, la Clerecia... El visitante debe detenerse a cada paso ante algún monumento patinado por los siglos, a lo largo de sus calles, perfectamente equilibradas, y cuyo sosiego sólo se ve interrumpido, de cuando en cuando, por la risueña música de las célebres tunas universitarias.

HOTEL MONTERREY

INAUGURADO EN MAYO DE 1954

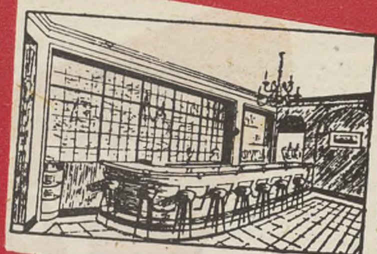


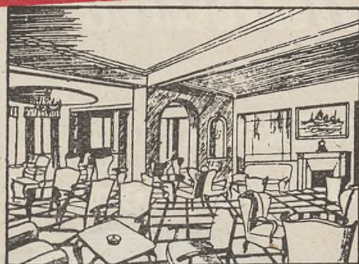


110 habitaciones
con teléfono y baño
Garaje para 30 coches
BAR AMERICANO



SALONES
Comedor-Restaurant
para 250 personas
EXCELENTE COCINA





Emplazado en la calle de José Antonio, 15, de la Salamanca monumental, se alza el HOTEL MONTERREY, en la zona residencial más aristocrática de la ciudad, en las proximidades de su Plaza Mayor, que por su grandiosidad es única en el mundo.

Los monumentos de su fe se entremezclan con los de su ciencia: preciosa iglesia románica de San Marcos, Catedral Vieja, enriquecida con las mejores joyas de la escultura y de la pintura de la época; Catedral Nueva (siglo XVI), Escuelas Menores, Universidad (siglos XI y XVI); capilla de San Jerónimo, con sus fabulosos tesoros; Hospital del Estudio; Biblioteca, de 80.000 volúmenes; iglesias de San Millán y de San Isidro, Casa de las Conchas, convento de San Esteban, Colegio del Arzobispo, colegios de San Ambrosio y Carvajal, casa de Alvarez Abarca, médico de Isabel la Católica. En ese collar de joyas merecen mencionarse todavía los conventos de los Agustinos y de los Carmelitas, la Casa de las Muertes y, por fin, el palacio de Monterrey, bajo cuyos imponentes auspicios se ha colocado el modernísimo Hotel Monterrey.

La elegante instalación de este último, la notable decoración de su comedor y de sus salones, el confort de sus habitaciones, la excelencia de su cocina y lo esmerado de su servicio ofrecen al turista un sitio ideal para su estancia en Salamanca, merecedora de muchísimo más que un pasar precipitado, y cuya visita detenida se impone a quienquiera que haya comprendido el papel que desempeña, desde hace siglos, el foco siempre ardiente de la cultura hispánica y mundial.

HOMBRES BLANCOS EN EL MISSISSIPPI



Por FIDEL BLANCO CASTILLA

Las huestes de Hernando de Soto y Gutiérrez de Cardeñosa, el adelantado de la Florida, han dejado atrás el país de los *chikasaws*, ladinos e incendiarios, y el río Tallahatchie, sobre cuya orilla se alza el fuerte de Alibamo. Caminan hacia el noroeste por tierras despobladas, alternando los breves claros de las praderas con los densos bosques de pinos, entre los que remansan frecuentes y oscuras lagunas. Después de varias jornadas, alcanzan las cabeceras del Sunflower y se abren paso lentamente por un soto-bosque sombrío, en que las vides silvestres y las largas lianas se entrecruzan, trepando por los castaños, de frondas opacas, y por los álamos amarillos, de altura gigantesca.

Llevan estos tenaces hombres dos años rozando tierras extrañas, luchando contra tribus feroces, cocidos por fiebres desconocidas y sin remedios sanitarios. Han dejado ya por el camino más de doscientos camaradas. Y van desnutridos, con cortezas de árboles por único calzado; vestidos, los más, con jirones de pieles y esteras; muchos, enfermos, y algunos, sin cerrar aún las heridas de las últimas batallas de Alibamo, de Chicaza y, sobre todo, de Mauvila (Mobile), una de las más encarnizadas en la conquista de América, reñida con el gigante Tuscaluza, el «Guerrero Negro», futuro héroe legendario para aquellas tribus.

Después de varios días de áspero caminar, encuentran un espacioso campo. En el centro se alza un achatado cerro (un *mound*), sobre el que se asienta, a modo de fortaleza, el poblado indio. Se extienden alrededor numerosas y pequeñas parcelas sembradas de maíz.

El adelantado apela a los recursos diplomáticos para evitar la guerra. Unas veces, con éxito; otras, no; ésa ha sido la táctica empleada con todas las tribus desde que desembarcó en la bahía de Tampa, en la Florida.

Quizquiz, el régulo de aquellas gentes, un hombrecillo enfermo, arrugado y viejo, pero de levantado espíritu y de brillante historia guerrera, esperaba, prevenido, la llegada de los osados extranjeros, asistido de sus guerreros, profusamente tatuados en ocre, rojo y negro, rodeados los ojos de bermellón, con plumas y cuernos en la cabeza, dando a sus semblantes efectos espantables.

Afortunadamente, las ofertas de paz y amistad hechas por el jefe de los blancos amainaron la furia del belicoso reyezuelo.

Con la paz vino el entendimiento y la confianza recíproca. El sufrido Ortiz, uno de los cinco supervivientes, como Cabeza de Vaca, de la desgraciada expedición de Narváez a la Florida, y liberado por Soto después de once años de duro cautiverio, puso en actividad su equipo de intérpretes, capturados en las provincias de la ruta expedicionaria. Los ordenó en estudiado orden, y así pudo comunicarse con los súbditos de Quizquiz.

Interesa al general tener noticias sobre las tribus y tierras vecinas. Pregunta Ortiz. A través de la cadena de varios intérpretes vuelve la contestación. Una nueva palabra suena por primera vez en los oídos de un blanco, del intérprete Ortiz: *Missi-sepe*. No se entiende bien. Tal vez sea *Missi-sipi*.

De las ponderaciones y aspavientos que hacen los indios al pronunciar tal nombre deducen los españoles que se trata de una cosa grande. Se excita el interés. Los más curiosos rodean a Ortiz. El adelantado ordena:

—Pregunta otra vez.

Y Ortiz lo hace así. Cuando le devuelven la contestación, aclara:

—Hablan de que es «agua grande».

—Inquiere si es un mar o un canal—insiste el general.

Obedece el paciente Ortiz. Todos esperan con viva impaciencia la respuesta. Al fin, habla de nuevo el intérprete:

—Aseguran que es un río con todas las aguas... *Agua grande*, insisten.

Esta noticia desveló al caudillo, y sus huesos crujieron con frecuencia aquella noche sobre el duro lecho. Entre las fantasías que circulaban entonces entre los conquistadores más audaces figuraba la de un supuesto estrecho de Anian, que conducía directamente a las Indias Orientales y facilitaba enormemente el comercio de las especias.

Espoleado por una nueva impaciencia, después de seis días de descanso en los dominios del viejo Quizquiz, continuó el ejército aventurero avanzando hacia el noroeste. La marcha era fatigosa y lenta. Bordean el espeso bosque del poniente, mas no consiguen liberarse de los obstáculos de la selva virgen. Abundan las robustas encinas, los altos chopos, los gigantescos olmos, los frondosos castaños, los arces, los tilos, plátanos, abedules, el nogal, el álamo amarillo, mezclados con géneros desconocidos en la Europa de entonces, como las hermosas magnolias, los tuliperos, el liquidámbar, el hickory y otros. Era una pesadilla de selvas, salpicadas de lagunas verde oscuras.

Atenuado por el denso bosque, llega hasta los expedicionarios un ruido sordo. Una franja de luz, cada vez más clara, acusábase al poniente. La ansiedad hace ligeros los pies de los aventureros.

Dieron vista, al fin, al imponente río. Entre exclamaciones de asombro, lo contemplaron, atónitos, durante largo rato. Era un panorama de aguas turbias, amarillentas, de las que emergían algunos islotes de vida efímera.

Aquella masa líquida, que se movía en amplio e impreciso lecho, dejando en el aire un sordo y constante jadeo, era el *Missi-sepe*, voz algonquina, que equivale a *Agua grande*.

(Contra los indios *algonquinos*, tribus pobladoras del Norte, habían formado una barrera los *creeks* para defender las tierras del Sur. Un remoto precedente de la guerra de Secesión, aunque con distintos fines.)

Ante la dificultad de precisar la forma indígena, los españoles le llamaron Río Grande. Y más tarde los americanos fijaron el nombre actual de *Mississippi*.

Estaba reservada a Soto, el romántico de la conquista, y a sus sufridos soldados, la alta gloria de tan extraordinario descubrimiento. Ocurrió esto el 21 de mayo de 1541. Un sábado. Y se hallaban entonces al sur de la actual ciudad de Memphis, en el Estado de Tennessee.

Extendidos a lo largo de su orilla izquierda, lo contemplaron asombrados. La vista se perdía en el horizonte, sin alcanzar con precisión la orilla opuesta. Jamás habían visto un río tan grande e impresionante.

Pasados ya los efectos coaccionantes de la sorpresa, a las interjecciones admirativas sucedió el grueso rumor de los comentarios.

—Este río es algo mayor que el de tu pueblo, Añez—decían burlonamente al rústico soldado de Villanueva de Barcarrota.

—¡Toma! Y mayor que el de Sevilla... Este será el mayor del mundo...

—Pero tú eres muy valiente y lo pasarás a nado con tu caballo—azuza el alegre Grajales.

—No tal... Y no habrá quien...

—¡Cobarde!... ¡Cobarde!—jalean a coro Carlos Enríquez, el «Vego», Terrón y algunos más, tiernos mocitos aún, tan irreflexivos como alegres.

—Si hay uno de vosotros, sólo uno, que lo haga, yo le seguiré—prometió, picado en su amor propio, el simple Añez. Y ya se disponía a preparar, con tal objeto, su flaco caballejo.

—¿Adónde iréis vos?... ¡Cuitado!—intervino el capitán Gallegos, maestre de campo, gritando a continuación—: ¡Vamos!... ¡En marcha!...

No era aquel paraje a propósito para cruzar el Río Grande. No había espacio para la construcción de las barcazas; las orillas eran bajas, y el río no ofrecía un caudal nivelado, domesticado. Asomaban pequeños escollos arenosos entre algunos islotes alargados, poblados de arbustos.

La hueste astrosa, desnutrida, continuó caminando lentamente entre bosques cada vez más claros, separados por breves praderas, sin perder de vista el río. A los cuatro días dieron con un lugar que les pareció propicio para cruzarlo. Calculan que tienen allí cerca de media legua de anchura, pero está limpio de escollos; la margen izquierda se halla bastante levantada sobre el nivel de las aguas y se extiende por la orilla una faja de pradera llana, protegida por un montículo cercano, que servirá de baluarte para la defensa de los improvisados astilleros.

Bajo la dirección del ingenioso genovés maese Francisco, comienzan a derribar pinos los aventureros famélicos, barba y pelambre al aire.

Hacia las tres de la tarde aparecieron unos doscientos indios en grandes canoas, con los gruesos troncos horadados al fuego. Eran fuertes, tatuados de ocre y adornados con plumas. En la primera canoa, sentado bajo una toldilla, iba el jefe. Pasan en espectacular desfile, armados de sus inseparables arcos, pero en pacífica actitud.

Con un sol abrasador, envueltos en la tenue niebla que se desprende de las agitadas aguas, dieron fin a cuatro toscas embarcaciones. Y tres horas antes de amanecer el día 18 de junio de 1541 navegaron por primera vez los hombres blancos el río *Missi-sepe*.

Arrojan las barcas, una tras otra, con cuatro lanceros, algunos ballesteros y los remeros, mientras otros camaradas observan desde el montículo cercano el rumbo y las incidencias del viaje. Aunque apenas es perceptible en aquel paso la pendiente del río, es potente la corriente de las aguas a causa de su mucho caudal, y van algo vencidas las barcazas del maese Francisco.

Cuando llegan a la opuesta orilla, donde cambia el tono gris de la superficie, los vigías lo anuncian, alborozados, y todos los expedicionarios celebran la proeza con gritos de júbilo.

Eran diestros y valerosos los soldados de Soto, y no había obstáculo que detuviera su marcha: ni los ríos caudalosos, ni los altos Apalaches, ni las tribus feroces.

Hicieron las cuatro barcazas nuevos viajes, y a las doce de aquel memorable día ya había terminado de cruzar todo el ejército el imponente *Missi-sepe*.

Tomaron un breve descanso para comer. Sus víveres se reducían a lo que apañaban por el campo: frutas silvestres, caza, pesca y principalmente el maíz, el trigo de América. En extremos de mucha necesidad, sacrifican algunos cerdos de la numerosísima piara que llevan.

Previsores, los técnicos de maese Francisco recogieron la clavazón y abandonaron las cuatro barcazas.

La margen derecha del río es una llanura de horizonte ilimitado hacia el poniente. Y las tierras más allá del dique irregular, formado por el mismo río con los arrastres más gruesos, son aluviales. Algunas depresiones, ordinariamente alargadas en la misma dirección de las aguas fluyentes, forman lagunas («aguas durmientes»), en las que se oye el escandaloso croar de las ranas. Sorprenden los extranjeros a las torpes tortugas y hasta alguna nutria. Espesos cañaverales, bosquecillos alargados, con las huellas de las últimas crecidas, separan las praderas de altas gramíneas, que se alzan sobre una tierra negra y fecunda.

II

Se puso de nuevo en marcha el ejército de Soto. A cierta distancia del río, sorteando lagunas y malezas, hicieron cuatro jornadas hacia el norte, en busca de la «Tierra Ignota», para eliminar esta última palabra. Al quinto día descubrieron desde unos cerros un poblado asentado en la ribera de un afluente del Río Grande. Era el San Francisco. Desde aquel altozano se veían, derramados por la extensa llanura aluvial, muchos sembrados de maíz y árboles frutales. Abundan los ciruelos, los nogales y las moreras.

Se hallaban entonces entre los indios *kaskaskias*. Su jefe, hombre cuerdo, alarmado por el espantable aparato bélico de los extranjeros barbudos, apresuróse a enviarles una embajada de notables en misión de paz, seguida de otros indios cargados con tortas hechas con pulpa de ciruela silvestre (el *persimmon*) para obsequiar a los blancos.

Recibió Soto con visible complacencia la pacífica actitud de los indios y aprovechó la abundancia de víveres para descansar seis días. Alcanzaron el poblado de Casqui, el jefe de los kaskaskias, al cabo de otras dos jornadas por tierra fértil. Salió muy sumiso el régulo a ofrecer su casa al general; pero éste, como hacía ya mucho calor, prefirió levantar su tienda en un pintoresco lugar, al aire libre.

Advierten pronto los españoles que estos indios ven en el adelantado un ser extraordinario, pues, cuando pasan a su lado, hacen marcadas reverencias y le miran con ojos de asombro misterioso. Tal vez lo suponen hijo del Sol, el que todo lo puede, y ven en los hombres barbudos, sus protegidos, seres invulnerables.

Estaban los maizales en sazón y sufrían una pertinaz sequía. Esto movió al reyezuelo indio a suplicar de Soto, del hijo del Sol, la lluvia para los sedientos sembrados. Y la supuesta deidad le prometió la lluvia. Ordenó para ello a maese Francisco que hiciera una cruz muy alta y se colocara en la cima del cercano cerro que servía de atalaya a los indígenas.

Se cumplieron las órdenes del general; se hicieron las rogativas al uso de Castilla, desfilando todos, indios y españoles, ante el altísimo símbolo cristiano, y a las doce de la noche comenzó a llover. Los indios, entre alaridos de alegría, se lanzaban al campo a recibir sobre sus desnudos cuerpos las benéficas aguas.

Salió ribera arriba el ejército aventurero, hacia la provincia de los *quapaws*. En la tercera jornada toparon con una laguna pantanosa, que pasaron los caballos a nado y los peones por unos endebles pontones de madera. A los seis días de camino dieron vista al poblado principal, situado sobre un cerro fortificado y casi cercado por un canal.

Los kaskaskias que acompañan a Soto, advertidos de la ausencia de sus eternos enemigos, se adelantan y saquean el poblado. A los quapaws que capturan les hacen con gran habilidad y presteza la cirugía del «scalp» para llevarse el casco de la cabeza como trofeo; asaltan el rústico panteón de la dinastía de Capaha, el rey de aquellos indios, y pisotean los venerados huesos; quitan las cabezas de sus hermanos, los kaskaskias, clavadas en picas a la entrada del osario, y las sustituyen por las de sus enemigos, sangrantes aún; capturan varias mujeres, entre ellas dos gentiles mozas, Macanoche y Mochifa, reservadas por Capaha para sus placeres.

El jefe de los quapaws se había refugiado con sus guerreros en una isla del Río Grande, tres leguas más arriba, siguiendo el canal, adonde se dirige el adelantado para ofrecerle su amistad. Capaha la rechazó, comenzando una breve y original batalla, en la que los kaskaskias dieron pruebas de su debilidad, así como los quapaws de su valor.

Al huir los flecheros de Casqui, encuentran por el campo algunos de los suyos reducidos a esclavitud, frecuentemente con uno de los pies dislocados para que no pudieran fugarse. Los recogen, y en venganza arrasan los sembrados de maíz de sus temidos enemigos.

El valeroso Capaha, joven aún, pide la paz. Accede Soto, y a la mañana siguiente, acompañado de sus notables, vestidos de pieles, besó las manos del general en señal de sumisión. Procura el jefe blanco reconciliar a los dos régulos rivales y los sienta a su mesa. Con este motivo surge un incidente a causa del protocolo. Después de la comida, Capaha ofrece al adelantado las dos mocitas capturadas por los kaskaskias: Macanoche, de agraciado rostro y esbelto talle, y Mochifa, no menos gentil. Soto las rehusa, mas Capaha alega que no las puede admitir ya en su casa ni en sus tierras porque han sido deshonradas por sus enemigos.

Entre aquellos indios se encuentran ocho extraños. Al tener noticia de que hacen comercio de trueque con sal, cunde por todo el campamento una racha de esperanza. Llevan once meses sin artículo tan necesario, y a esta carencia atribuyen la horrible enfermedad que ha jalonado la ruta expedicionaria con las tumbas de sesenta aventureros. Los indios han logrado—Dios sabe a qué precio—combatir esta enfermedad con las lejías obtenidas de las cenizas de unas hierbas, pero los blancos ignoran esta farmacopea.

Confiesan los mercaderes que traen la sal de unas sierras lejanas, situadas a unas cuarenta leguas al noroeste. Y al mostrarles objetos de oro afirman que tan codiciado metal abunda también en aquellas montañas. Tal aseveración pone en movimiento al campamento: todos los expedicionarios se agitan nerviosos y se recuerdan unos a otros las deudas contraídas en sus frecuentes juegos.



Salen dos soldados gallegos con los mercaderes hacia las doradas montañas en busca de la sal y de los imaginados bloques auríferos. Llevan para el trueque algunas perlas procedentes de los grandes depósitos de la bella princesa de Cofitachequi. Antes de partir, el general les recomienda con insistencia que hagan una detenida observación del terreno.

Con el descubrimiento del Río Grande se halla indeciso el adelantado de la Florida sobre la dirección que ha de tomar. Y como no le gusta ver a su gente inactiva, ordena al infatigable Añasco que haga, acompañado de treinta lanceros, una rápida exploración aguas arriba.

Sale el valiente sevillano con caballos escogidos y avanza a largas jornadas, siguiendo el guión del *Missi-sepe*. Los duros cascos de los ágiles caballos dejan sus huellas en las praderas, intactas, de altas gramíneas. Los escasos indios que encuentran a lo largo de la llanura aluvial miran estupefactos el paso veloz de aquellos extraños seres barbudos, estrafalarios, vestidos de hierro, montados en tan temibles fieras. Tíranse al suelo algunos gimiendo o huyen despavoridos al oír los penetrantes relinchos.

A medida que Añasco avanza, son más frecuentes y pronunciados los escarpados (los *bluffs*), roídos por las aguas, en la orilla izquierda del río. Aunque de menor altura, aparecen algunos también en la margen derecha. Divisan a lo lejos, hacia el noroeste, las cumbres imprecisas de unas montañas (los Ozarks). Los poblados se asientan sobre terrenos altos, sombreados por árboles frondosos y bellos, como la magnolia. Cruzan un río de aguas rojizas y curso lento (el White), que ha dejado al sol en sus orillas los trapos sucios de sus últimas crecidas. El Río Grande sigue dominando un amplísimo cauce, con islas cubiertas de vegetación y bancos de arena. Allá, en la orilla izquierda, las escarpaduras gredosas, cortadas a pico, abruptas y desnudas, se elevan cada vez más sobre el nivel de las aguas y se presentan con frecuencia separadas por largos espacios cubiertos de verdor.

Después de largas jornadas de duro galopar, llega hasta los audaces exploradores un denso y lejano rumor, que se hace más fuerte a medida que avanzan. Un nuevo río de aguas claras y de perfil más rebajado, por ser más poderoso, irrumpe por la izquierda sobre el turbio *Missi-sepe*, haciendo refluir su masa líquida. Esta sorpresa deja perplejo al duro Añasco. «¿Cuál he de seguir?», se pregunta el seudocosmógrfo.

El nuevo (el Ohio) es más caudaloso, pero se mezcla y confunde con el *Missi-sepe*, dueño del cauce y constructor de la gran llanura, para seguir su destino.

A partir de esta confluencia, el Río Grande pierde más de la mitad de su caudal y se transforma su fisonomía característica: reduce la anchura del cauce, que se hace más preciso; disminuyen las márgenes inundables, sus escarpaduras van alcanzando menores alturas y las pendientes de las aguas son más frecuentes y acusadas. Aparecen también terrazas de probada solidez, recortadas por la labor milenaria de la erosión. Desde una de estas terrazas, aguas arriba, pudieron contemplar el imponente espectáculo de la confluencia de un río sucio (el Missouri) con el Río Grande. Llega el Missouri, el «Gran Cenagoso», aunque de menos aguas, más viejo, porque ha recorrido más largo y áspero camino, sucio, jadeante: choca violentamente, casi en ángulo recto, sobre el flanco derecho del claro, pacífico, *Missi-sepe*, formando en sus endemoniados remolinos montones de espuma. El dueño del cauce defiende la limpidez de sus aguas en el trayecto de una legua; mas al fin, como ocurre con frecuencia entre la virtud y el pecado, cede ante el insistente impulso del fangoso tributario y continúa, ciego y loco, su camino.

Retornó Añasco con sus treinta lanceros al encuentro del adelantado, al que informó sobre los hallazgos de la exploración. Después de un sosegado comentario, referido principalmente a los tres poderosos ríos y sus diferentes direcciones, convinieron en que se hallaban en el centro de un inmenso país desconocido, la «Tierra Ignota», de límites muy lejanos.

Regresaron también los dos gallegos con seis cargas de excelente sal de roca y una de



mineral de cobre. No habían encontrado oro. El codiciado metal se les negaba, veleidoso y cruel, a los esforzados hombres de Soto.

III

Mostrábase el general indeciso y desalentado. Nadie le daba noticias del mar ni de las Siete Ciudades de Cíbola, las de las puertas de turquesas y las casas de oro, de las que le hablara el embustero Cabeza de Vaca. Resuelve dirigirse hacia el poniente. No da explicaciones sobre los motivos del cambio de dirección. No tiene confidentes. Ni sus capitanes, algunos ya famosos y viejos camaradas, como Tovar, Moscoso, Ranjel—su secretario—y el jefe de su guardia, Vasconcelos, tan leales siempre, conocen los pensamientos del jefe. Y su carácter, antes abierto y cordial («era alegre su rostro»), se ha vuelto reservado, grave, melancólico. El ejército toma un aire cada día más dramático.

Repasan los aventureros el río San Francisco, rojizo y arcilloso como todos los que vienen del poniente, y caminan varios días por tierras muy fértiles. Bosquecillos de pequeñas encinas, ralos hickories, algunos árboles frutales, alternan con las praderas de altas hierbas; los chopos y los álamos jalonan los arroyos y los ríos; en los suelos secos interrumpen las praderas los islotes de pinos y sotos clareados.

Marchando hacia el noroeste por unos llanos muy grandes encontraron un importante río (el Arkansas), en paraje de rápida corriente. Siguen su curso por orillas arcillosas y arenosas. Tienen que vadear lagunas, caminar por montes espesos y extensos parajes desiertos. Su alimento principal es la pesca, que la hay en abundancia.

Han dejado atrás las praderas de las hierbas altas y pisan ya las llanuras de las hierbas bajas y jugosas (el «pasto del bisonte»). Con el césped corto y aterciopelado alternan los espacios desnudos, las calvas. Apenas se ve un arbusto y es total la ausencia de los árboles. En los poblados, cada vez más distantes, y en las praderas, abundan las huellas de las «vacas jorobadas» (los bisontes): los cortos cuernos, las carnes en conserva (el *pemmican*), las lanudas y gruesas pieles y hasta las cabezas enteras. Pero se sorprenden de no encontrar ninguno vivo.

Las impresionantes manadas, los millones de búfalos, se hallaban entonces aprovechando los pastos del estío en las praderas del Canadá. Llegado el otoño, bajarían de nuevo hacia el sur, rozando su dura pezuña siempre los mismos caminos, los que habían de seguir, pasados los siglos, las carreteras y los ferrocarriles. Los más *(Pasa a la pág. 57.)*

ARTE HISPANO-AMERICANO EN EL SOLAR DE UN VIRREY

Por SUSANA DE AQUINO

USTED, lector viajero por el mundo hispánico, turista de la imaginación o del recuerdo, va por estos renglones, de letra a letra como de piedra a piedra, por las calles de esta ciudad de Santa María de los Buenos Aires, llegando al Museo de Arte Hispano-Americano, al final de la calle Suipacha, ya en pendiente hacia «el bajo», donde viejas casonas con fachadas grisáceas, amarillentas y rosadas, de puertas y ventanas verdes, al uso del virreinato, se inclinan queriendo beber las plateadas aguas legendarias del próximo «mar dulce», actualmente de costa alejada por la mano del hombre, tan niño, que siempre quiere «jugar a Dios»...

Unicamente con el alma «iniciada» en la grandeza hispánica, imbuída de infinitud, llégase cabalmente ante este Museo de Arte Hispano-Americano de Buenos Aires, gran edificio de estilo virreinal, construído hace unos cuarenta años según planos de don Martín Noel, digno heredero de cartabones y plomadas hispánicos, primer y principal arquitecto argentino especializado en nuestra maravillosa arquitectura nacional, es decir, la de fábrica indoespañola.

Este Museo, grande de contenido y continente, levanta sus sólidos muros sobre el que fuera solar del ilustre virrey Liniers, quien, durante las fracasadas «invasiones inglesas» a Buenos Aires, fuera

Imagen en madera tallada y policromada de San Francisco Javier. Talla en la que el santo aparece con los atributos de bautizador de indígenas.



Sobre lo que fuera solar del ilustre virrey Liniers se alza hoy el soberbio edificio del Museo. Este es el pórtico que da entrada al salón principal.

Piezas bellísimas se suceden en esta sala, capilla del Museo, donde candelabros, sillas, bargueños, etcétera, rememoran el período hispánico americano.

esforzado opositor a la codicia tradicionalmente victimaria del imperio hispánico.

Tras una larga sucesión de dueños y destinos, este solar, antiguamente a orillas del río de la Plata y cercano a la plaza de toros, luego sustituída por el Parque del Retiro, llegó a poder de la familia Pinedo, quien vendió una parte a los hermanos Martín y Carlos Noel, quienes a su vez vendieron posteriormente terreno y edificación a la Municipalidad de Buenos Aires, su actual poseedora.

La formación del Museo de Arte Hispano-Americano fué larga y compleja. El distinguido coleccionista argentino don Isaac Fernández Blanco donó su colección, instalada en su residencia particular en la calle Victoria, a la Municipalidad bonaerense, quedando constituído un Museo, bajo su nombre, inaugurado el 24 de mayo de 1922, con una ceremonia, a cuyo acto asistió el entonces Presidente de la República, don Hipólito Irigoyen, instituidor del Día de la Raza en la Argentina.

La dirección honoraria del Museo estuvo a cargo inicialmente del mismo Fernández Blanco hasta el año 1927, fecha en que, a su retiro, fué reemplazado por el doctor Alberto Gowland.

La primitiva sede del Museo de la calle Victoria, hoy llamada de Hipólito Irigoyen, ofrecióse en venta a la Municipalidad en ventajosas condiciones económicas, estipuladas por el legado, cumplidas hasta 1943, año en el cual la colección Fernández Blanco unióse al patrimonio del entonces Museo Municipal de Arte Colonial, ya en la ex residencia de los Noel, en la calle Suipacha, donde reuniéronse las mencionadas colecciones, sumándose las piezas también adquiridas de la colección Noel y donaciones y préstamos particulares.

En esta su nueva sede el Museo fué dirigido por Luis García Lauwson. Y, tras varios interinatos, quedó designado director Luis de Aquino y Busquets, comendador de Isabel la Católica, quien, argentino, de tradicional familia hispánica, artista, científico y devoto hispanista, es autor de la reorganización del viejo Museo, dándole nuevo carácter y nombre de Museo de Arte Hispano-Americano.

Dada la necesidad de contar con un Museo de «arte nuestro», siguiendo su evolución desde el románico hasta lo romántico, establecióse la necesidad consecutiva de distribuir correspondientemente las colecciones de cada museo de la ciudad, dándole a cada uno su función particular.

También a partir de su actual dirección se adquirieron obras de fundamental importancia para una completa documentación museológica del arte hispánico, explicando su director que la denominación de Museo de Arte Hispano-Americano no sólo se refiere a lo llamado «colonial», transformación del arte hispano por influjo de lo vernáculo de las Indias Occidentales, sino también al arte español de otras edades, anteriores o coetáneas, que influyera directamente en otros períodos latentes de su creación. Declara su director que este Museo debe documentar dicho proceso evolutivo.



Los poetas Pedro Miguel Obligado, Nicolás Coronado y Antonio P. Valiente de Moctezuma conversan con Susana de Aquino en la sala de porcelanas.



Un cuidado jardín da acceso a los diversos pabellones del Museo. Su director, Luis de Aquino, ha puesto todo su conocimiento y su cuidado en esta obra. Aquí transcurrieron sus años de estudiante, y en estos mismos parajes iba después a llevar la dirección de una de las instituciones más interesantes de América.



Frente al cuadro de Felipe V—reproducido a todo color en la contraportada de este número—conversan don Vicente P. Cacuri, presidente del Instituto Argentino-Chileno de Cultura; don José María Alfaro, embajador de España en la Argentina, y don Luis de Aquino, director del Museo de Arte Hispanoamericano.



enriqueciendo y conservando el patrimonio cultural de nuestra patria con los más valiosos tesoros artísticos, afianzando así los dones de nuestro espíritu. Parte de esta concepción la premisa de que un museo ha de ser el principal coleccionista, pudiendo alcanzar el sentido inspirador de la obra emprendida, tendiente a recuperar nuestra valiosa imaginería, conjuntamente con todas las expresiones de los artistas, y también artesanos, elaboradores de una estética propia y fecunda.

Con tales miras, este Museo será único en la América hispana, existiendo en el Nuevo Continente sólo uno similar en Nueva York, creado y mantenido por la Sociedad Hispánica, pero abarcando únicamente al arte peninsular.

Entre las piezas originarias de nuestro arte hispánico figura, en el salón principal del Museo, un portal gótico español del siglo XV, con puertas talladas a la característica manera de pergaminos plegados y ocho paneles esculpidos, dorados y policromados, representando pasajes del Nuevo Testamento, siendo interesante observar en su orla, como de corpórea tapicería, la figura de una sirena, cadentemente repetida, de extraña simbología, al parecer universal. También documenta el medievo la prodigiosa talla de medio relieve de San Bartolomé, con estofados dorados y policromías del siglo XIII, procedente de la iglesia de San Pedro el Viejo, de Huesca, de aproximado tamaño natural, extraordinaria escultura adquirida también por iniciativa de Luis de Aquino, «adorador» de su verticalidad, presagiadora de la ascendente ignición del goticismo, desde que la vió reproducida en un ejemplar de la revista *La Esfera* en 1918, tantos años antes de que en un avión, cuyas hélices trazaban aureolas apostólicas, según una imagen del conde de Foxá, llegara desde los Estados Unidos a formar parte fundamental del Museo que dirige...

Además cabe destacar los cuatro cuadros de Pantoja de la Cruz, al óleo sobre lienzo, representando al barón de Dietriehstein, enviado por el emperador Maximiliano II a la corte de Madrid; a Margarita Cardona y a los archiduques Rodolfo y Ernesto, hijos de la infanta emperatriz María Teresa de España, la hermana de Felipe II.

Llegando al período impropiamente denominado «colonial», que debe llamarse, a consejo de la Academia Nacional de la Historia, «período hispánico», dado que las Leyes de Indias jamás calificaron ni consideraron colonias a los territorios americanos, sino *provincias*, habiendo sido los países de América piedras preciosas de tierra engarzadas, junto a otras de iguales destellos, en la corona ibérica, encontramos interesantemente significativo un enorme cuadro representando a su majestad Don Felipe V, ecuestre, rodeado de los escudos de todos sus reinos, entre los que figuran, en igualdad de condiciones a los demás, los de nuestras Indias.

Entre las pinturas típicamente americanas, destácase el cuadro del *Cristo de los Temblores* del Cuzco, imagen venerada, llevada en procesión cada vez que amenazaba el peligro de algún terremoto, uno de los dramas cósmicos de la misteriosa hostilidad del milenario Nuevo Mundo, que a su contemplación torna más milagrosa la conquista y la colonización, heroicas y mártires, del «viracocha».

Como punto opuesto, frente al San Bartolomé mencionado, puede colocarse la imagen indo-española de San Francisco Javier, llevando sotana jesuítica, roquete y estola, tributos suyos de misionero bautizador de indígenas, patrono en los siglos XVII y XVIII de las misiones jesuíticas en América y demás tierras infieles, declarado actualmente por el Papa Pío XII patrono universal de las misiones, visualizado en esta talla con admirable estilización, sobriamente primitiva.

Cuenta también el Museo, que vamos recorriendo, con una sección numismática y una biblioteca, de organización interrumpida en los últimos años y reanudada actualmente, superada la crisis intelectual y moral que empañara la limpidez de la enseña argentina, de celestes colores sorbidos de una orden del rey Carlos III, máximo símbolo de nuestra unión eterna con la madre patria.

A las seis de la tarde, hora en que cierra sus puertas al público este Museo de Arte Hispano-Americano, sale usted, lector, atravesando sus salones y jardines, conservadores de los reflejos de un «sol sin ocaso», y que es el mismo de esta bandera argentina que se ve ondear a cada lado de su enorme portón, al impulso de un buen aire, que llenó velas mayores, latinas, bonetas y trinquetes, con un «ventar muy amoroso», al decir del Almirante visionario, trayendo sobre sus curvos pechos gigantescos la cruz, condecorando su quijotesca aventura hacia verídicas Baratarias, merced al presagio de la sublime reina de corona nimbada.

Y volviendo esta hoja de revista, recogéis la planchada, dejando el puerto del Plata, donde aquella cruz de la Santa María confundióse con esta que aquí llamamos la Cruz del Sur.

Pórtico gótico español del siglo XV, en el salón principal, con los cuadros de Pantoja de la Cruz: «El barón de Dietrichstein» y «Margarita Cardona».



Este es el primer globo construído por Alberto Santos Dumont; 100 m³ de capacidad y el nombre de su patria: «Brasil».

UN BRASILEÑO *«POR CIELOS NUNCA ANTES NAVEGADOS»*

SANTOS DUMONT,

El hombre que dió alas al mundo

GRANITO Y BRONCE EN PARIS CONMEMORAN SU HAZAÑA

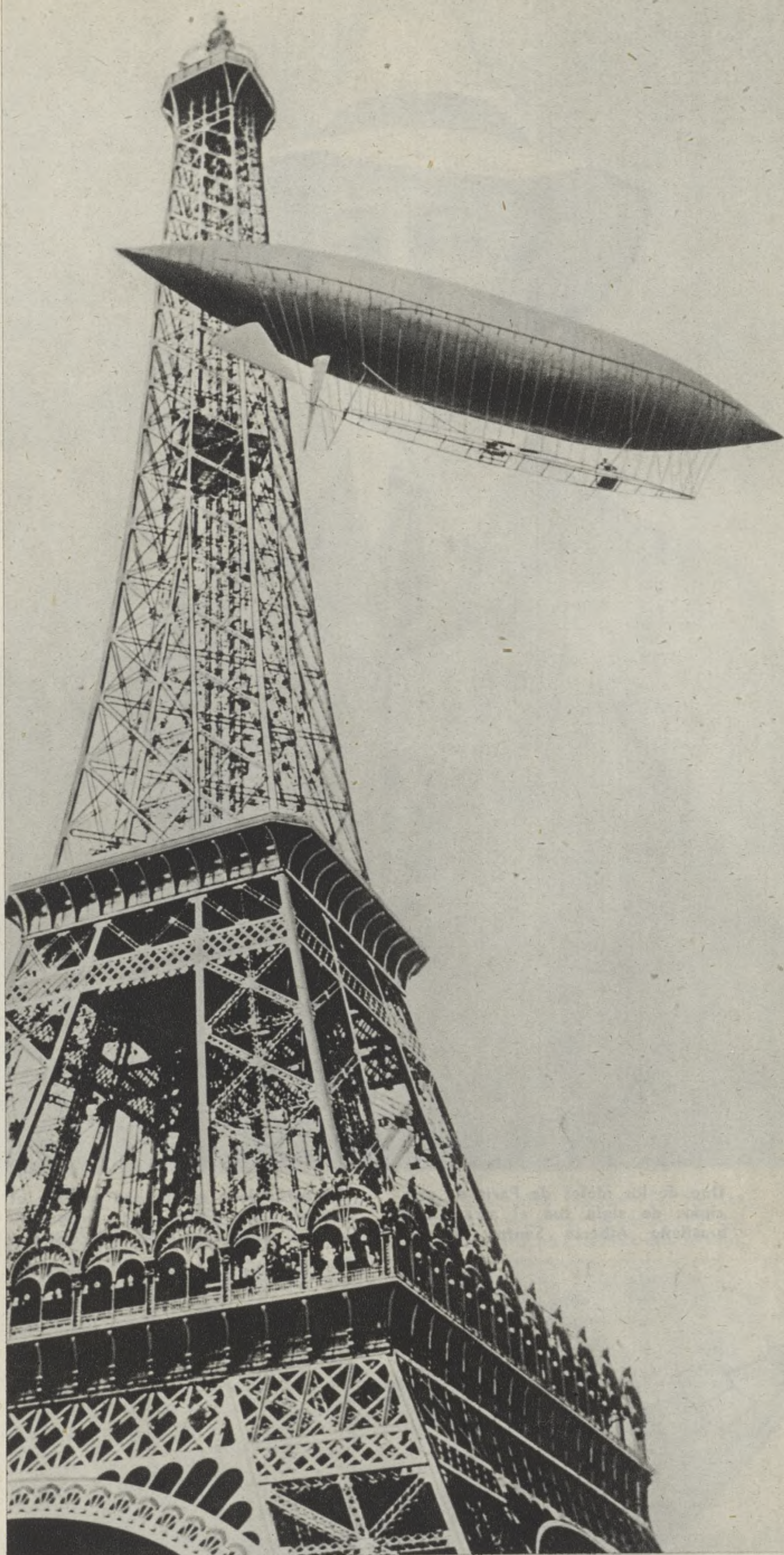
Por JUAN M. MARTIN MATOS

El deseo de vencer la gravedad que nos atrae a la Tierra fué uno de los sueños más codiciados por los hombres a través de años, siglos y milenios. Imitar a los pájaros y emprender vuelos por el espacio ha sido uno de los problemas más angustiosos para la existencia humana. No quedó el hombre en la tierra, intentó identificarse con las aves, y creyó en un principio que poseyendo alas de plumas—formadas, según opinión de aquellos tiempos, de esencias sobrenaturales—podría vencer la barrera infranqueable.

El primer héroe, semidiós, semihombre, que emprendió la aventura camino del espacio, se llamaba Icaro, y cuentan las leyendas que voló; mas su fin no fué el de un triunfador, porque su osadía le costó la vida.

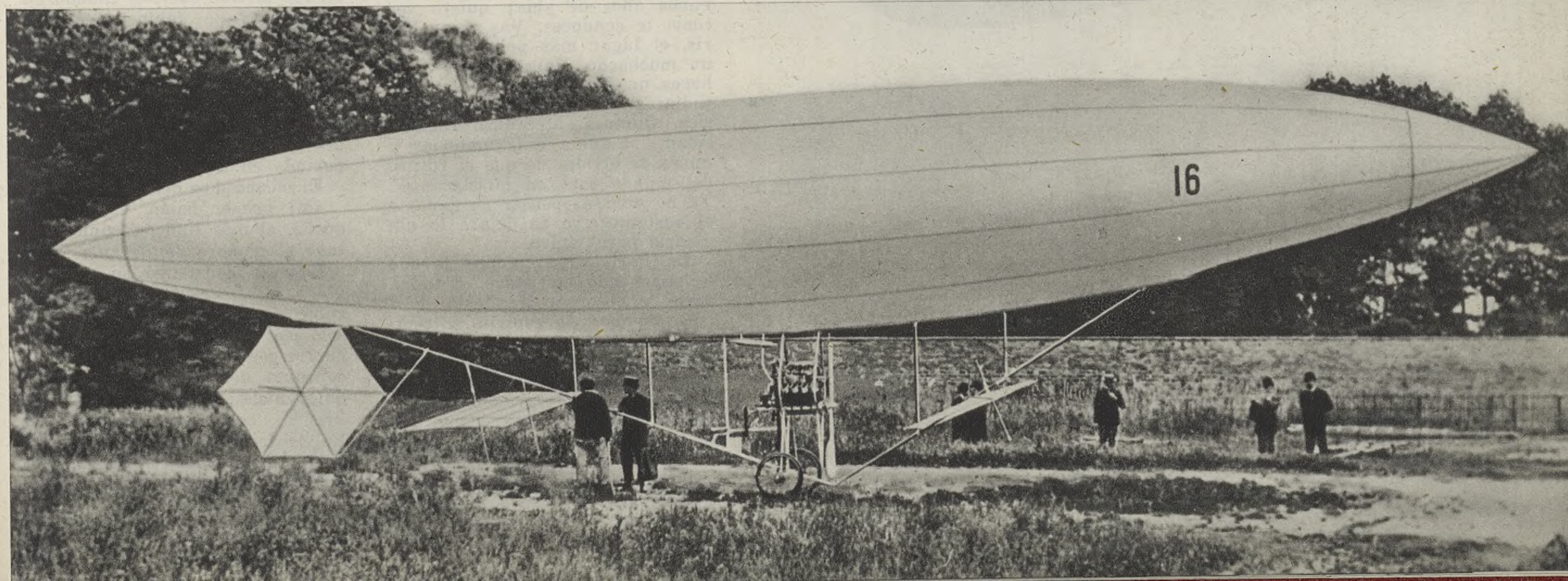
Después vienen los primeros héroes terrenales, que continuaron basando sus estudios en la imitación de los pájaros, y en los cuerpos menos pesados que el aire, elevándose ágiles caminando a lo desconocido.

Cuando el problema de la elevación empezó a quedar resuelto fué en el siglo XVIII, ante los resultados positivos alcanzados con un globo de Annonay (Francia), y que tantos sustos causó a los habitantes de estas tierras, que



En 1901, Santos Dumont, en el aparato que llevaba su nombre y el número 6, ganaba el Premio Deutsch.

Para hacer del aire un elemento navegable, el aeronauta brasileño no descansó perfeccionando sus aparatos.

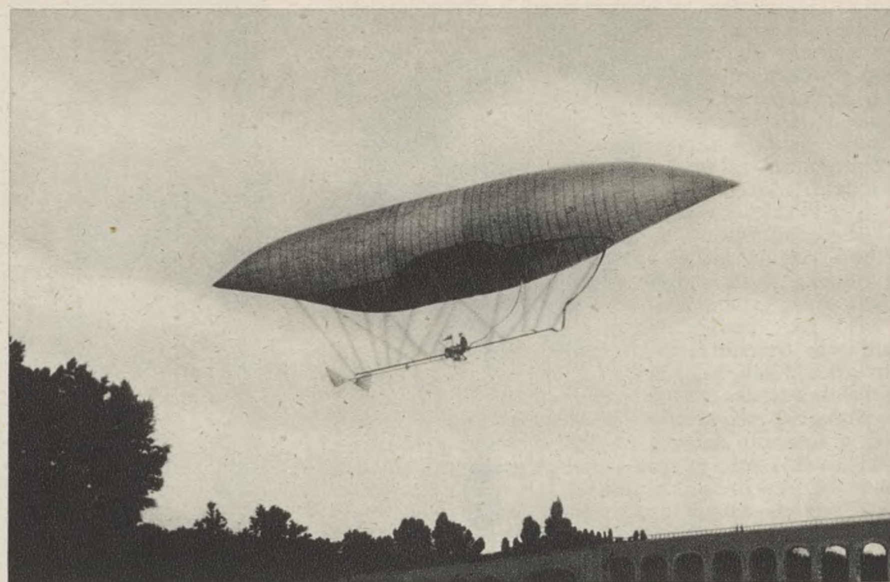




Uno de los ídolos de París de principios de siglo fué el aeronauta brasileño Alberto Santos Dumont.

En este globo se intentó realizar el primer vuelo dirigido, no consiguiéndose a consecuencia de un accidente.





Una nueva modalidad perfeccionada de los globos dirigidos fué el «Santos Dumont número 4». Se distinguía de todos sus anteriores aparatos por la hélice, compuesta por dos alas de seda de unos cuatro metros de longitud.

creyeron ver la Luna camino de la Tierra. Como hoy, en todas las pruebas científicas, los primeros aeronautas fueron los animales; en nuestro caso, un pato, un gallo y un carnero. Finalmente, cerciorados de que no había peligro, los hombres conquistaron los aires.

Los primeros balones eran autónomos. Iban a donde querían, navegaban por los aires sin que los hombres pudieran dirigir sus propios destinos por el inmenso azul del infinito. Apareció a mediados del siglo XIX un ingeniero francés que procuró resolver el problema adaptando al balón un motor y un propulsor. El resultado fué negativo, demostrando una vez más a los escépticos de entonces la imposibilidad de dirigir los globos en el aire.

Y el destino es entonces el que se encarga, en el momento preciso, de presentar al mundo un hombre que es el prólogo del libro de la aviación. Se trata de Alberto Santos Dumont.

PARIS, CARRERA DE AUTOMOVILES Y LA PRIMERA VICTORIA AEREA

Alberto Santos Dumont, nacido el 20 de julio de 1873 en el lugar que hoy lleva su nombre, fué dotado de una extraordinaria vivacidad mental, con una inclinación asombrosa para los problemas mecánicos.

Y su padre no lo desconocía cuando a los dieciocho años le dió la emancipación y una considerable fortuna, diciéndole:

«Ya te di la libertad; aquí tienes esta fortuna... Tengo aun algunos años de vida; quiero ver cómo te conduces. Vas para París, el lugar más peligroso para un muchacho. Vamos a ver si te haces un hombre de verdad. Estudiarás con un especialista Física, Química, Mecánica, Electricidad... Estudia esas materias y nunca te olvides de que el futuro del mundo está en la Mecánica. Tú no precisas pensar en ganarte el sustento; yo te dejaré lo necesario para vivir.»

En París supo cumplir lo que le recomendó su padre. Estudió, viajó y observó. Mas esto duró poco tiempo; su espíritu intrépido le impulsaba a actuar ya.

Procuró realizar una ascensión; mas en aquellos tiempos el riesgo, además de grande, era carísimo. Desistió. Para él no fué lo bastante.

Compró un automóvil, en el que recorría orgulloso las calles de París. Con su espíritu inquieto y trabajador, realizó una de las más importantes pruebas automovilísticas de aquellos tiempos en la famosa pista ciclista del Parque de los Príncipes. Debemos recordar que en aquella época los coches eran triciclos, con un pequeño motor de petróleo. De su bolso salieron los premios y se pagaron los gastos. La prensa, incrédula, preveía un final trágico a tal prueba deportiva. La pista, especial para bicicletas, con grandes y pronunciadas curvas, no serviría para automóviles. Eran calculados los accidentes y las muertes por decenas; mas el pueblo parisiense se volcó en un histórico domingo en el Parque de los Príncipes, con resultados nunca vistos con anterioridad. Hubo accidentes, pero no muertes. El bohemio brasileño era conocido en la Ville Lumière.

Después de visitar el Brasil, Santos Dumont realizó su gran sueño. La primera ascensión en un globo. Su compañero y aeronauta fué Machuron, autor, con el constructor Lachambre, del libro *André au Pôle-en Ballon*. En sus memorias, el precursor de la aviación cuenta la experiencia, y de manera especial el banquete que tuvieron a 3.000 metros de altura. «Sobrenatural», escribió Alberto Santos Dumont.

Prosiguió en las ascensiones. Al principio, acompañado; a continuación, solo. Concluído el período de aprendizaje en los globos, consideró llegado el momento de construir su propio balón.

Su primer balón, el *Brasil*, fué considerado una locura. Locura de sabio. Quería Santos Dumont un balón con una capacidad máxima de 100 metros cúbicos, cuando los aeronautas de gabinete consideraban necesarios unos 2.000 metros cúbicos.

El 4 de julio de 1898, Santos Dumont entraba en los anales de la aviación como el constructor del globo que «podía ser transportado en un maletín».

El mismo dice del *Brasil:*

«Mi primer balón, el más pequeño, el más lindo, el único que tuvo el nombre de *Brasil*.»

Después construyó su segundo globo, el *América*, de 500 metros cúbicos, pues se cansó de volar solo por los espacios aéreos. Concurrió con once globos más a un concurso destinado a premiar a quien hiciese el mejor estudio sobre las corrientes atmosféricas. El *América* fué el que más alto voló y el que más tiempo permaneció en el espacio. Era su primera victoria aérea pública.

Con el «Santos Dumont 14 bis» se consiguió volar por primera vez con una aeronave más pesada que el aire.

CAMINO DE UNA CERTEZA: LA DIRIGIBILIDAD DE LOS GLOBOS

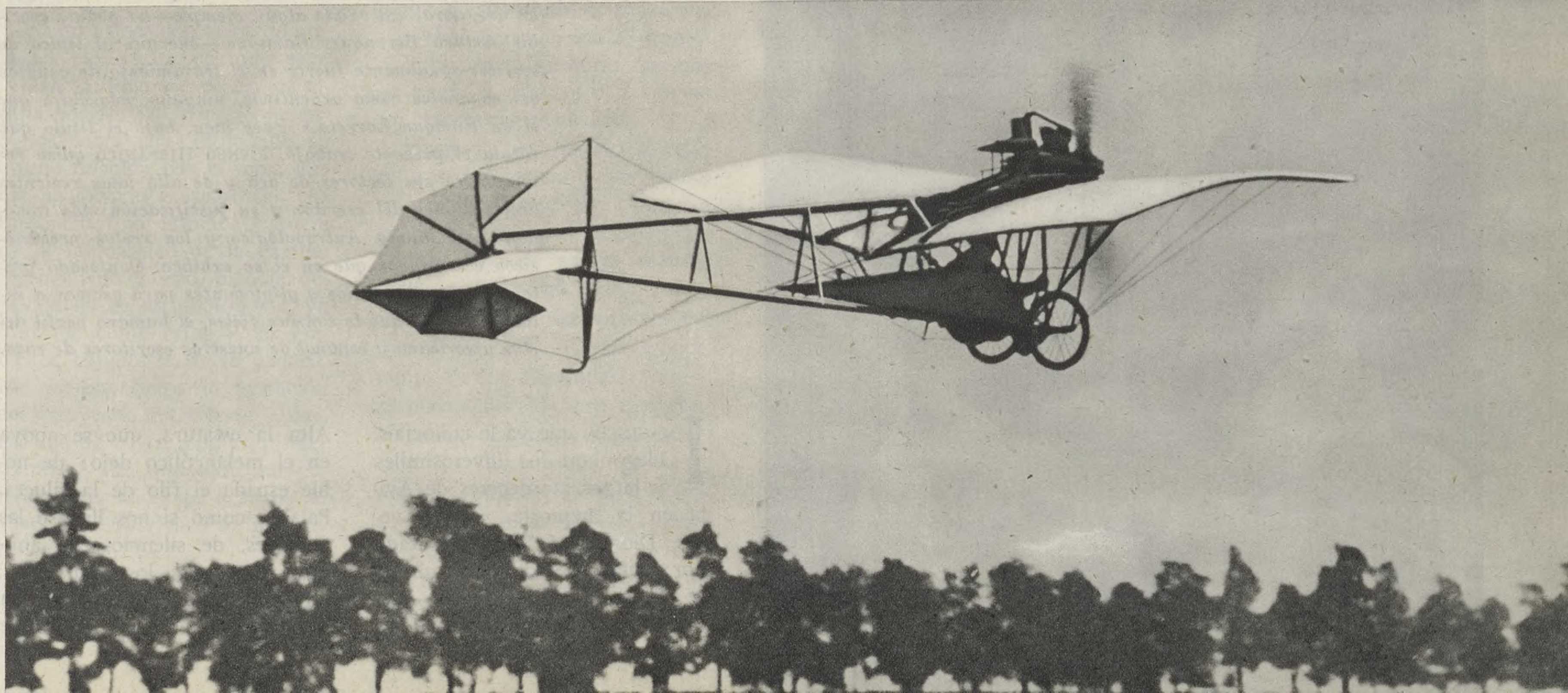
Cuando el *América*, su segundo aerostato, quedó anticuado, empezó a realizar los planos necesarios para conseguir la dirigibilidad de los globos. Deseaba concluir con éxito lo que el sabio francés Giffard pagó con la vida. Pensó que, colocando un motor de petróleo, a explosión, del mismo estilo que el que usó en la memorable carrera automovilística del Parque de los Príncipes, el 50 por 100 de sus problemas estarían resueltos. Para complementar su trabajo aun le faltaban el dibujo de su aeronave dirigible, de tamaño apenas suficiente para elevar la barquita; el motor, el combustible, el equipo, la cantidad de lastre estrictamente necesaria y los 55 kilos del único tripulante.

«La muerte es menos fuerte que los héroes», escribió Víctor Hugo, como si intentara dedicarlo al héroe indiscutible de la aviación.

No era nada agradable oír las opiniones de los compañeros del Automóvil Club de París, que le advertían, ya que pretendía, en su opinión, suicidarse, que, en vez de ir montado en un «puro» en los aires, sería más económico y menos complicado fumar otro más reducido sobre un barril de pólvora.

Alberto Santos Dumont, concluído el proyecto, entregó los planos al viejo constructor Lachambre. Este, al principio, «no quiso intervenir en aquella empresa temeraria»; mas cedió pronto. Se trataba de un balón cilíndrico de 25 metros de altura, tres y medio de largo y con un volumen de 180 metros cúbicos. El peso no podría exceder de 30 kilogramos.

El 18 de septiembre de 1898 realizó la primera prueba con su *Santos Dumont número uno*. Fué un fracaso, *(Pasa a la pág. 56.)*



El último tipo del «Demoiselle», construído por el inventor brasileño, se consiguió los 90 kilómetros por hora.

LARRETA CONTADO Y UN MUSEO EN «FLASH»

Tras el monumento de la reina Isabel la Católica se alza el Museo Antropológico de Madrid, en el que se conservan importantes vestigios de la lejana prehistoria americana. Fósiles y restos que denuncian la distante vida pasada.



Otra vez en Madrid, aunque de paso siempre, pues tal es su pasión de esta y la otra ribera, don Enrique Larreta, maestro de afectivas raíces, que aquí se fué dejando su recuerdo y su cosecha. Vino ahora con la palabra por delante, y en las librerías le esperaba su última novela por hoy, «El Gerardo», páginas de luz en que la Argentina y España tornan a hermanarse en una obra. «Si existe algún ejemplo—ha podido escribir Arturo Berenguer Carisomo—enérgico y típico de escritor igualmente fuerte en el tratamiento de asuntos así españoles como argentinos, ninguno más claro que el de Enrique Larreta.» Pues bien, bajo el título que rotula el presente trabajo, MVNDO HISPÁNICO *quiso reunir para sus lectores de acá y de allá unas recientes declaraciones del escritor y su justificación más inmediata: el Museo Antropológico y los restos prehistóricos americanos que en él se exhiben. Confesado pretexto el de megaterios y gliptodontes para asomar a estas columnas, que le son tan fieles, el humano perfil del más americano y español de nuestros escritores de raza.*

IMAGINAOS que ya le conocíais. Llegó con los inverosímiles y largos atardeceres de Avila en la memoria, ¡tantas veces, Dios mío! Es el retratado por Zuloaga; acaso la mirada se le pierde muy hacia lo dentro, sabia de entender y olvidar. Alta la estatura, que se apoya en el melancólico dejo; de noble espada el filo de la silueta. Palabra como si nos llenase las ciudades, de silencios, de amigos. Reposados los gestos, un punto de expectante ironía en los ojos que piensan. Manos de

lo que es por vocación y nacimiento. Todo como una estampa sin tiempo—tan justo en el vestir—, de serenidad y cortesía. Hace pocos años que Larreta se definió a sí mismo, con el buen gusto del recato que utiliza la tercera persona, como «uno de esos taciturnos que, a fuerza de callar, son expansivos como nadie cuando les llega el momento». La afirmación creemos que resulta del todo exacta, porque qué sintética gracia necesitaríamos para resumir el temario de esta conversación con él, tan urgente y tan ancha. Sacrifiquemos, ya que la ocasión es muy otra, algunas de las más hermosas palabras que sobre la amistad y su entendimiento español hayamos podido escuchar de labios entrañables. Queden fuera los motivos de España, segundo amor de Larreta: Avila viva en su mano. La entrevista entonces se recorta así, poco más o menos, con una fotografía como tarde de fondo.

—No, no; me niego en absoluto a dejarme retratar junto al megaterio argentino del Museo. Yo escribí lo de mi capricho como por broma y haciendo un poco la pirueta literaria, porque creo que todavía puedo permitirme este inocente juego de juventud. Pero también leería usted la retractación que seguía a mis declaraciones: no me retrataré junto al fósil por si alguien cree que sólo me lleva la apetencia de quitarme años.

(Unos minutos de forcejeo y de bromas para vencer la resistencia de Larreta, que, gran aficionado a la fotografía cuando él maneja sus sorpresas, ni siquiera se deja enfocar ahora por las artes de mi compañero de andanzas.)

—Bueno, pero nada de perfil, ni solo. Así, hablando con usted. Que se me vea lo menos posible.

Y uno piensa con angustia qué dejará el director de todo esto.

Don Enrique me regala su última novela, *El Gerardo*, y charlamos sobre ella, estimando su íntima relación con el tema que me ha llevado a conocerlo. Gerardo, su tipo principal, muere en la inmensidad de la Pampa, desengañado y solo, bajo la dura concha de un gliptodonte, ya utilizado como refugio por pretéritos habitantes de la llanada. Me explica luego la gestación del estupendo retrato de Zuloaga, uno de cuyos pies, en primer término, fué pintado transcurridos dos años de acabado el cuadro. Y volvemos al megaterio museal.

—Creo recordar que fué traído de allí, en tiempos de Carlos III, por uno de los virreyes de Buenos Aires. Acaso el marqués de Loreto.

Y sigue la conversación en torno a Ameghino y del maravilloso Museo de La Plata, fundado con sus colecciones, que tan fundamental papel juega en la decisión de este destino que la novela ejemplariza.

(Un aparte para la novela que ya conozco. Para la juventud y la hermosura de una invención que estimo superiores en modernidad y en procedimiento estilístico a las más leídas y comentadas del maestro argentino.)

Y casi nada más. Quedan a don Enrique Larreta cortos días en España. Ya anda mirando el cielo gris del Greco, porque atardece, por si mañana mismo pudiera despedirse de sus monjas, de sus calles secretas y soleadas, de Avila entera, en fin, rodeada de sueño como en su novela inmortal. Y aun para nuestra pobre despedida ha tendido la mano el oro reluciente de una gentileza cordial.

—Nos pasamos la vida—ha dicho—de tren en tren, de camino en camino, y sucede que un día, el más inesperado, cualquiera sabe dónde, hablamos con un hombre que acaso no veremos nunca más; y le contamos y nos cuenta, y piensa uno entonces, con melancolía irremediable: «Este debió ser mi amigo, con éste debí recorrer los pueblos, ver los monumentos y las iglesias, preguntar a las gentes.» Y uno se va entonces, quizá no recordando después aquella voz que resonaba a compás de la nuestra, cruzada unos instantes de fugacidad y de misterio.

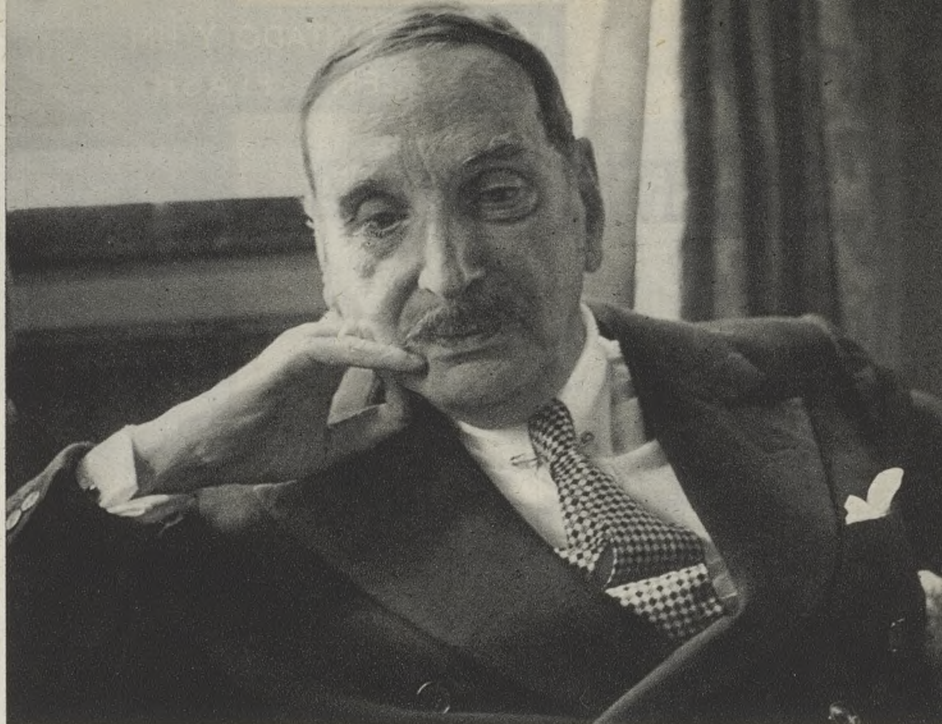
Larreta nos despide. Aquí, en el internacional escenario del «hall» del Ritz, contrasta y se revela su meditativo ademán, la pálida elegancia, un tanto azoriniana, de su nobilísimo empaque.

—Don Enrique, hasta pronto.

Y la puerta giratoria nos traga hacia la plaza y el trajín de un anochecer madrileño.

Veamos si es posible, a estas alturas, acercarnos a una biblioteca pública. Aquí está: don Nicolás del Campo, marqués de Loreto. Hijo de padres acaudalados, entre otras cosas. Tercero en la lista de los virreyes del Río de la Plata. Clásico gobernante de la Ilustración; «propietario—dice el libro que consultamos—de una variada colección de libros raros, pinturas, estatuas, objetos de Historia Natural y un monetario de piezas antiguas».

Don Enrique Larreta tenía razón.

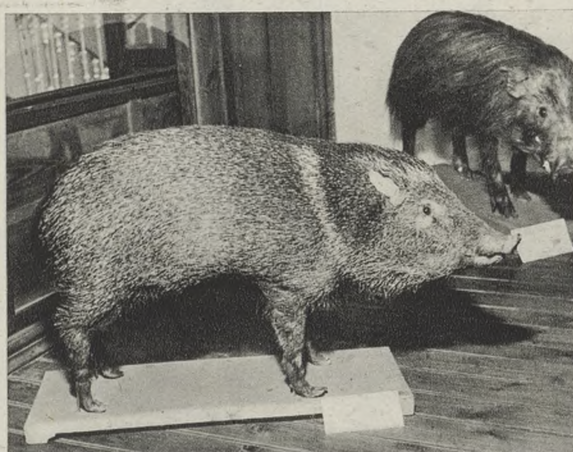






LARRETA CONTADO Y UN MUSEO EN «FLASH»

PREHISTORIA AMERICANA EN EL MUSEO ANTROPOLOGICO DE MADRID



Un tañicati, capturado un día en las lejanas tierras americanas, y que aun conserva en su prisión la viva estampa inquieta del instinto y la fuga.



El ñandú, que vive en los anchos espacios de la Pampa argentina, formando familias de hasta 60 miembros. La fotografía reproduce una parte del grupo que en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid es dado contemplar al visitante. Como detenido en su búsqueda, el ave se prepara a engullir el sabroso alimento.

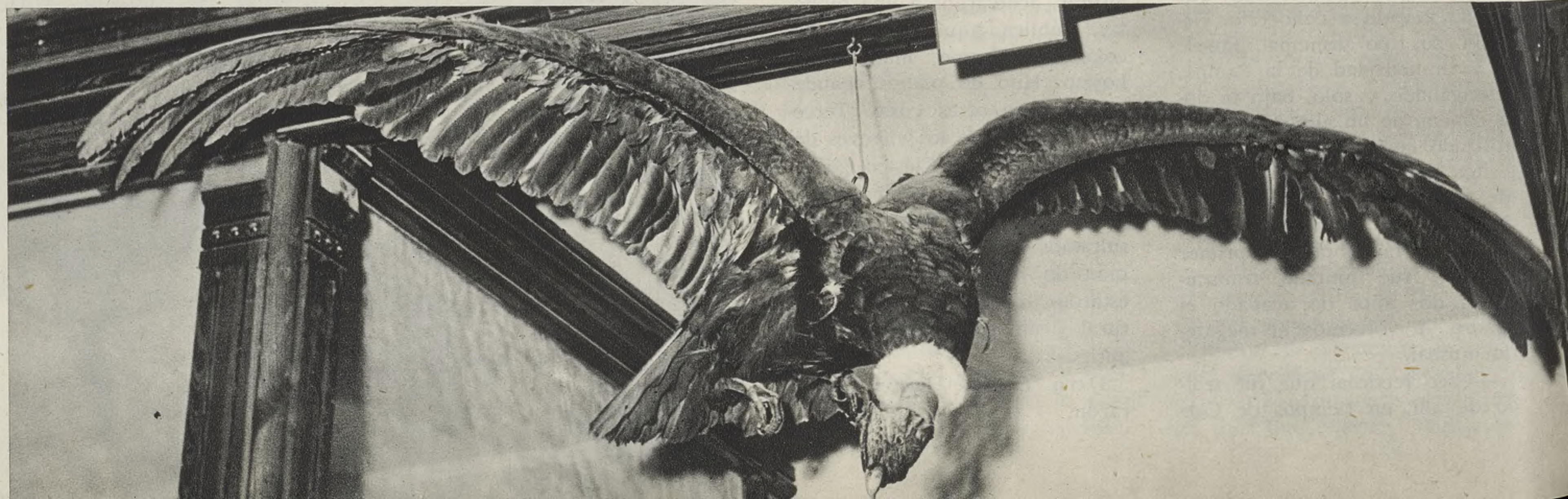
Ya se sabe, desde los tiempos del buen Juanito: «Jueves sin museo...» La hora colegial nos sorprende, casi justas las doce, remontando el jardín, cuesta arriba de una manga de riego y de múltiples aventuras de policías y ladrones. Quiero decir que hay niños, y que la mirada descansa en esta urgente vocación de estanque y césped. Mediodía en los sombreados andenes por donde Madrid se sale al campo, y al pie mismo, la luz monumental y entera de la Castellana, buena peripatética salvación. Por aquí anda el Museo Antropológico, pared por medio del de Ciencias Naturales, y el hueso enorme en él, desnudo y esencial, de fantásticas vidas.

He aquí el testimonio que buscamos. «Megaterium Americanum» reza su cartela explicativa. Mamífero fósil, que, procedente de América del Sur, más concretamente del río Luján, de Buenos Aires, fué enviado a España, en septiembre de 1789, por el virrey marqués de Loreto. Estudiado por el famoso Cuvier, y siendo interesante como hallazgo científico, aun su valor de documento histórico supera con mucho la pura antropológica realidad. A su lado, un «Glyptodon clavipes», reproducción del que custodia el Museo de Valencia, y hubo de encontrarse en río Salado, también en tierras argentinas. Y es ahora, en medio de esta festiva curiosidad de las gentes que nos rodean, con el doméstico vivir puertas afuera y nuestros pequeños problemas acosándonos, cuando se llega a comprender a Gerardo, sus abrasadas soledades de páramos, su amor que no renuncia hasta la muerte, por si algo se salvara en la materia despojada y final. ¿Fué el ilustre paleontólogo bonaerense Florentino Ameghino demasiado lejos al afirmar la coexistencia en los territorios del Plata de hombres y animales en la época terciaria? En definitiva, importa poco—cuestión sólo de unos miles de años—para la meditación a que nos conduce el libro de Larreta. Pero documentemos la cita. Nuestro personaje se encuentra frente a la sobrecogedora realidad inmóvil del magnífico Museo de La Plata. Su novelista y padre habla por él.

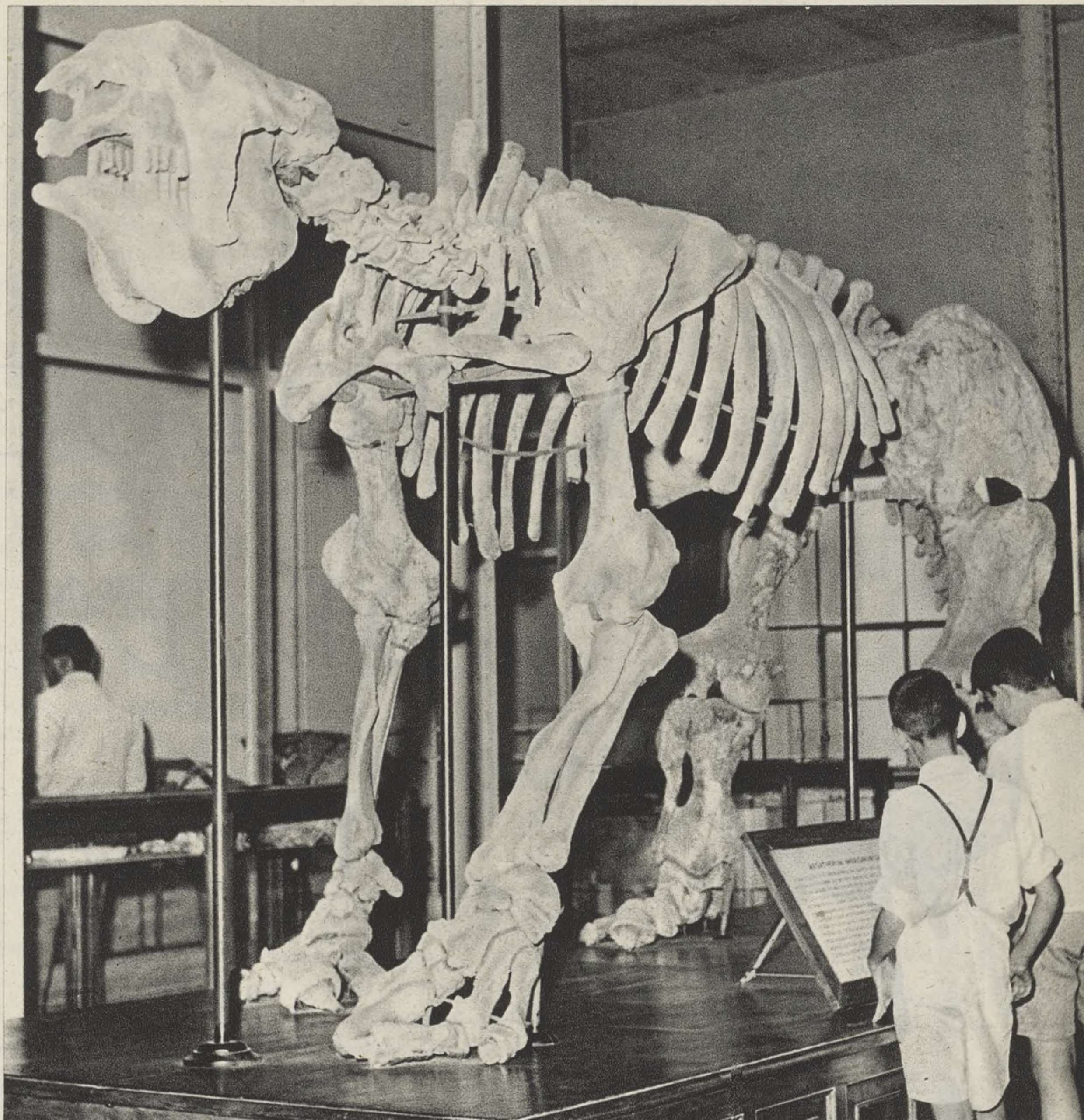
«Sabía de tiempo atrás—leemos en una página de *El Gerardo*—lo que significaba el extraordinario museo, pero nunca pudo imaginar tan asombrosa acumulación de esqueletos de animales desaparecidos, y aunque había visto muchas veces en los libros reproducciones impresas, se preguntaba ahora, por instantes, si no estaría todavía en su cama, soñando con mundos de pesadilla en que todo esperpento era posible.»

Y todavía aún, culminando la impresión sobrecogedora, resumiendo el sentido entero de la angustia metafísica del protagonista: «Esto le hizo pensar otra vez en la soledad de la llanura, en que habían vivido semejantes seres, anteriores casi

Un cóndor, la señorial rapaz de los Andes, que por su orgullosa soledad mereció los honores de cobijar bajo sus alas el escudo de naciones.







Y henos aquí ante el monumental esqueleto del megaterio descubierto en las proximidades del río Luján. Añadiremos que la Argentina constituye el yacimiento más rico en fósiles de la prehistoria y que las excavaciones realizadas sobre su suelo son de excepcional importancia para la historia de la paleontología.

todos a la existencia del hombre, soledad mucho más deshumanizada que la que conocieron los anacoretas de la Tebaida...» Preciso es acotar, no sin enriquecer la sugestión con estas magistrales palabras, término de un capítulo, titulado, bien significativamente por cierto, "Los borradores". «Toda carne era putrecible y efímera; el hueso quedaba. En efecto, siglos y siglos habían resistido aquellas armazones calcáreas y seguirían resistiendo quizá hasta el fin de los tiempos. Pero ¿no sucedería, por ventura, otro tanto con los restos del hombre? ¿Y no sería ésa la razón de la risa eterna, que esperaba por debajo de sus terrores y sus llantos? Esta fúnebre idea tenía su parte de consuelo. Vióse a sí mismo Gerardo extendido en un árido yermo solitario, sin alimañas y sin pájaros. Vió sus propios huesos calcinados, lavados, blanqueados por el sol, por los vientos, por las hormigas, por el rocío. Su yo mineral, su yo definitivo, indestructible.»

Mas, salgamos al aire; siquiera al embalsamado y detenido de los animales y pájaros que la cámara fotográfica sorprende con su bala de luz. América, de punta a punta, se nos embellece de recuerdo. El danta-tapir meridional, ojo que desconfía; el tañicati del Sur, hirsuta pelambrera de lujo; una familia de ñandúes, el avestruz americano que recorre la inmensa sabana pampeana; el cóndor, símbolo de la libertad y de la fuerza, presto a descender desde su cielo... La Naturaleza que vive, que nos embellece y nos combate, asombrada de visitantes. América se cuenta aquí, por cientos y cientos de colores, de paisajes, de ríos. Una vuelta más, y adiós a la acotada selva paradisíaca, donde la expectación infantil sigue soñando con el rifle de Mayne Reid.

CODA Y DESPEDIDA

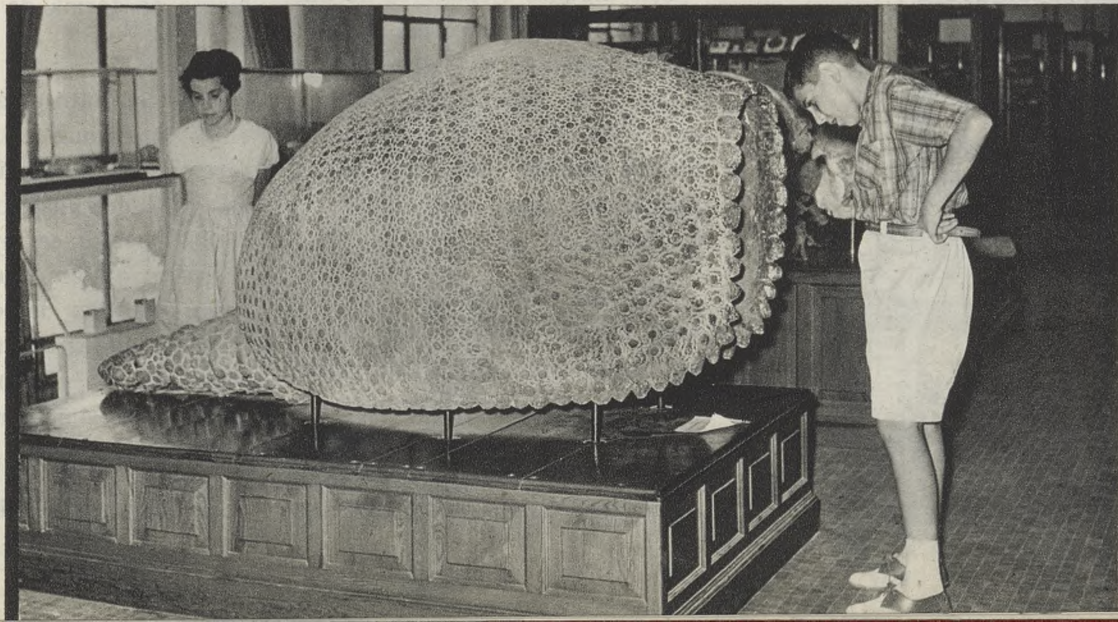
Define el diccionario que manejo la coda musical como «adición brillante al final de una pieza». Mas sin duda que debe de haber otras para quien se despide, con asombro, de un fabuloso mundo entrevisto. Sea la música de ésta mía el silencio sin término, donde la Pampa empieza. Una película en tecnicolor pasa su último rollo. Viejas osamentas de siglos, animales de fábula, dejadme que os salude con el solitario y un poco triste letrero del cine mudo. Escribo: «Fin».

Salvador Perez Valiente

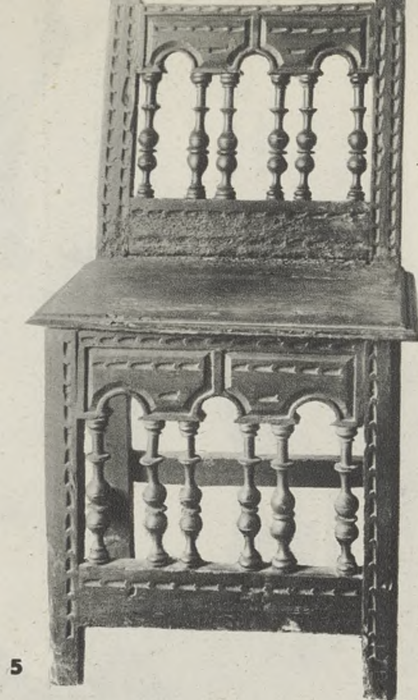
¿Cómo dudar de la sonrisa con que la naturaleza nos obsequia de vez en vez ante la maliciosa humanidad de este dantapir, otro animal americano.



Y por fin la robinsoniana fortaleza del gliptodonte. Aquí termina de anochecer, bajo las estrellas del Sur, la desgana orgullosa del último gran arquetipo de la literatura americana. Aquí, en el Museo, la corteza vuelve a su inmovilidad más pura, bajo la inspección de unos ojos miles y miles de años más jóvenes.



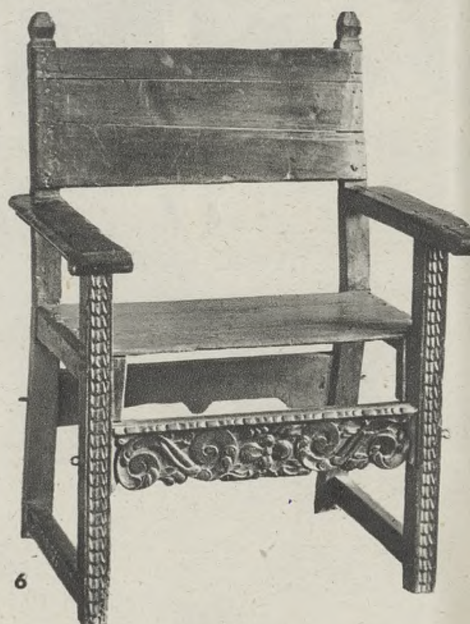

1


5

ANTOLOGIA DE LA SILLA

II


2


6

Por LUIS M.-FEDUCHI


3


7

QUEDARÍA incompleto el artículo sobre las sillas españolas, publicado en el anterior número, sin una breve selección de la silla popular y algún ejemplo hispanoamericano.

De las primeras es imposible hacer un estudio documental y cronológico, y exclusivamente nos limitamos a ordenar los modelos conocidos, bien por tipos regionales o por características comunes, en grandes series.

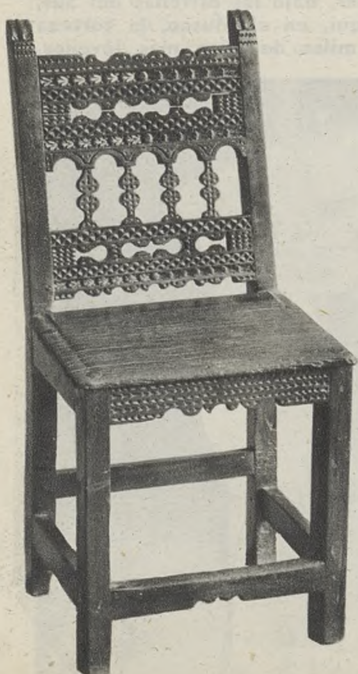
Sólo algunos ejemplares no pueden clasificarse en ellas, como la que se conserva en el Hospital de Afuera, de Toledo; se trata de una silla compuesta por tres tablas de madera: dos cruzadas, que forman las patas y el respaldo, y la tercera, el asiento (foto 1).

Hay una primera serie de sillas muy toscas, pero de una extraordinaria originalidad, muy repetidas en toda Castilla y norte de Andalucía, donde se encuentran cerca de los grandes hogares de las cocinas lugareñas, y son usadas por pastores y gañanes. El asiento y respaldo está formado por dos extrañas piezas cóncavas, que se apoyan en tres patas (fotos 2 y 3).

Un grupo interesante, que proviene seguramente del Norte, está constituído por sillas con patas muy bastas y cuadradas, asiento también cuadrado de madera y respaldo formado por combinaciones de arquerías sobre balaústres torneados o siluetados con ornamentación de tallas de simples gubiazos en forma de uña (fotos 4 y 5).

Otro conjunto está formado por sillas y sillones con las mismas características anteriores, pero con los respaldos macizos; la silueta de los copetes es muy variada, y su barroquismo permite clasificarlas dentro de los siglos XVII y XVIII; naturalmente, en ambas series, la derivación y el parentesco con el típico frailero español son evidentes (fotos 6 y 7).

La colección de sillas fuertes y




8



9



10



11



12

recias, en las que el copete es siempre una pieza semicircular y tiene varios travesaños horizontales, que forman el respaldo, guarda una relación bien visible con la silla mallorquina, de graciosos elementos torneados, tallas plenamente barrocas, de origen italiano, rematadas por un alto copete circular, y toda ella pintada y dorada, como es característico de los muebles mediterráneos y venecianos del siglo XVII (fotos 8 y 9).

Los modelos populares derivados del Neoclásico y Directorio son ya más finos; los respaldos de lira, aun dentro de sus rasgos más bastos, tienen detalles, como las copas de los respaldos, deliciosamente resueltos (fotos 10 y 11). Otras veces, la forma de góndola, tan repetida en los sillones Imperio, se resuelve con toda ingenuidad. En todas estas sillas, los asientos son ya de anea y paja, y las patas, chambranas, con respaldos más finos (foto 12). Con las formas isabelinas, de por sí bastante toscas, son numerosos los ejemplos con recuerdos más o menos felices de los Luises (foto 13), y desde la segunda mitad del XIX, la silla popular, ya industrializada, pierde todo su interés. Sin embargo, siempre quedan artesanos capaces de lograr un modelo lleno de originalidad, como esta silla levantina de la foto 14, verdadera creación ebanística, con la que terminamos esta selección popular.

Realmente, poco podemos añadir sobre la silla en Hispanoamérica. Los modelos que, desde nuestro punto de vista, interesan están inspirados en los españoles y realizados por artesanos indígenas, o bien en talleres de las misiones de los jesuítas principalmente. En general, los ejemplares son bastos, y suplen con una exuberante ornamentación la pureza de línea. Es en aquélla donde se observa la influencia de las culturas aborígenes; los obreros indios dejan su huella principalmente en las tallas, que cubren materialmente todo el mueble.

Naturalmente que, al lado de esta directa derivación de los modelos españoles, es fácil descubrir influencias no sólo francesas e inglesas, sino orientales. Téngase en cuenta que los rasgos indígenas se supeditan, sobre todo, a detalles de ornamentación, pues, en general, el mueble no existía cuando llegaron los primeros españoles.

Es difícil, por otra parte, la selección de modelos, por la imperfección y falta de documentación gráfica. Elegimos los tres siguientes:

La silla con respaldo de cuero repujado y patas muy rígidas y toscas, que perteneció a los jesuítas de Cayarta y hoy está en Santa Fe, es semejante a multitud de sillas españolas de la época de Felipe III (foto 15).

El sillón de madera de jacarandá, de la iglesia de San Fernando, de Salta, tiene un respaldo muy airoso con tallas bastante finas, de estilo barroco (foto 16). En el otro sillón, de la ciudad de Córdoba, plenamente barroco (foto 17), se aprecia bien claramente la ornamentación indígena en las tallas, que lo cubren totalmente.



17



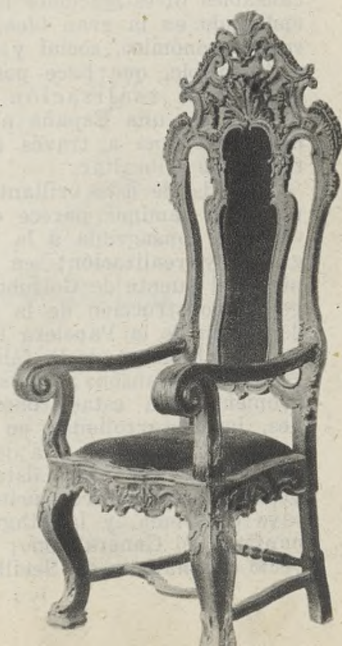
13



14



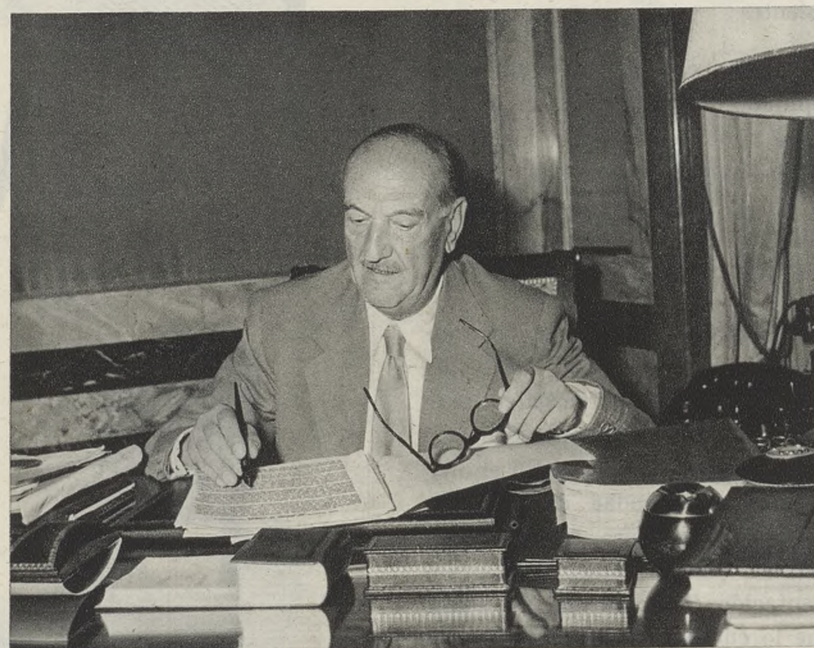
15



16

AUDAZ PROYECTO ESPAÑOL

UN PUENTE SOBRE EL ESTRECHO DE GIBRALTAR



Este es el hombre que con sus investigaciones hace posible la sensacional realización de un puente que una España al continente africano: el ilustre ingeniero español don Alfonso Peña Boeuf, actual presidente de la R. E. N. F. E.

Un constructor y un creador. He aquí las palabras que vienen inmediatamente al espíritu y que por sí solas pueden resumir al hombre cuyas incansables investigaciones han desembocado en la gran idea, de alcance económico, social y político considerable, que hace posible la sensacional realización de un puente que una España al continente africano a través del Estrecho de Gibraltar.

La vida de este brillante ingeniero de caminos parece exclusivamente consagrada a la investigación y realización; en primer lugar, el puente de Goizueta; luego, la construcción de la fábrica de cartón de la Papelera Española y la chimenea de la fábrica de cementos «Sansón»; y, simultáneamente con estas construcciones, las desarrolladas en Viana do Castello y Lisboa; la del acueducto de Tardienta; sistema de presas de anillos, con primer ensayo en Denia, y la ataguía del pantano del Generalísimo; el proyecto del hangar de Sevilla para cepelines, y la construcción de una barriada de hoteles y casas en Madrid.

Pero esta ciencia de las sobrias bellezas del equilibrio y de las fórmulas matemáticas que posee la transmite a otros, incansablemente también, ya que desde 1920 ocupa las cátedras de Mecánica Elástica y Hormigón Armado en la Escuela de Caminos.

Y para terminar esta demasiado corta biografía de una personalidad de alto valer y de una vivacidad de espíritu sorprendente, añadamos que es académico de Ciencias, que fué ministro de Obras Públicas desde el 1 de febrero de 1938 hasta el 21 de julio de 1945 y que, además de estos numerosos cargos, es procurador en Cortes y actual presidente de la R. E. N. F. E.

Hasta ahora, únicamente la idea de un túnel a través del Estrecho había sido mantenida por algunos adeptos, por más que la realización del mismo diese lugar a dificultades innumerables y prácticamente insuperables, en relación con las cuales las encontradas en la construcción de los túneles de Saint-Gothard y del Simplón, o las que pueden surgir en la construcción de túneles atravesando ciertos ríos, como el Hudson, son casi un juego.

Pero si la idea de un túnel parece una utopía, ¿la construcción de un puente a través del estrecho de Gibraltar es realizable?

Si bien diversas ideas han sido vagamente bosquejadas, vagos esquemas trazados, sin realidades físicas, o bien han sido lanzados diferentes proyectos de túneles (entre otras la idea de un túnel suspendido por boyas flotantes), jamás todavía se había tratado del establecimiento de un puente.

Parece que la génesis de esta audaz realización, de gran envergadura y largo alcance, que significaría para España y Africa una más grande libertad de intercambios y de comunicación, y un beneficio difícilmente imaginable para una y otra parte, ha sido inspirada por las dificultades actuales que representa la simple travesía del estrecho. Es un hecho cierto que durante las tempestades del invierno los barcos quedan bloqueados, a veces varios días, en los puertos, y, por consiguiente, el tráfico queda interrumpido, no obstante ser la distancia, geográficamente, insignificante.

La travesía del estrecho representa en sí un gran problema. Primeramente, en su parte más estrecha, se registran profundidades de cerca de mil metros, y en el lugar más favorable para el proyecto de comunicación, aunque la distancia entre las dos bases costeras sea netamente superior a la distancia mínima, hay honduras de 300 metros.

He aquí, pues, una grave dificultad.

Por otra parte, la gran diferencia entre la evaporación que se produce del lado mediterráneo, mucho más activa que la del atlántico, ocasiona grandes corrientes y contracorrientes, que complican mucho más las dificultades geográficas. Desde el punto de vista geológico, la formación rocosa de esta parte del estrecho es acusadamente irregular.

Sería vano pensar que esta distancia entre los dos continentes, aunque se tome en su parte más estrecha, que es de 13.800 metros, puede ser franqueada por un arco de una sola sección. Es indispensable colocar pilastras intermedias. Pero con los actuales conocimientos técnicos no se puede pensar en hacer pilastras cuyos fundamentos reposen en profundidades de cerca de mil metros.

A primera vista, el problema parece insoluble. Pero, como hemos apuntado, con un ligero desplazamiento hacia el oeste se obtiene una línea de longitud superior con sólo profundidades de 300 metros solamente.

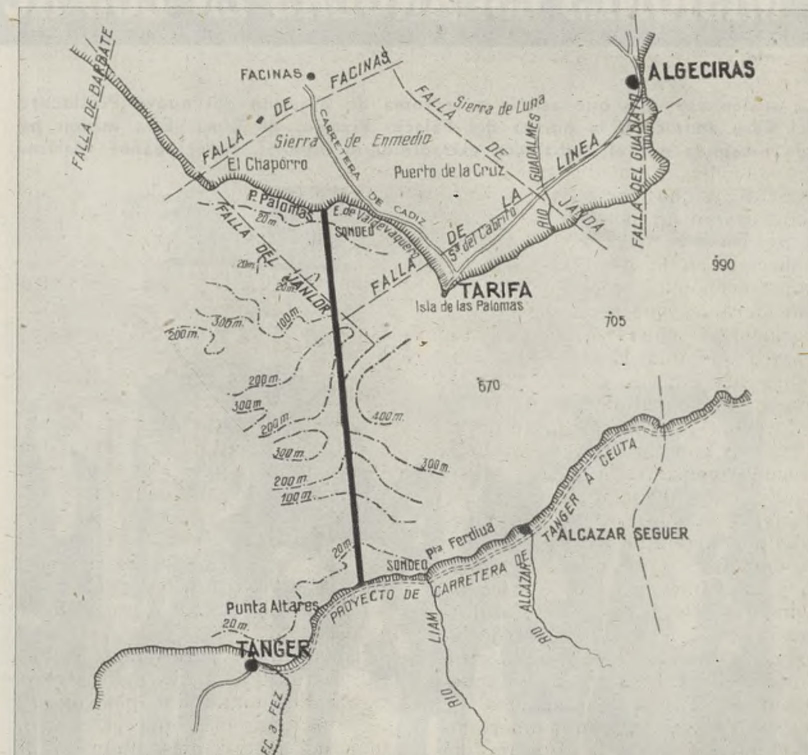
El señor Peña Boeuf cree firmemente que una solución puede darse a este problema, aunque no haya actualmente métodos de cimentación que permitan alcanzar estas profundidades.

Cuando estudiaba el proyecto del puente de Lisboa, descubrió un procedimiento, que fué publicado en diferentes revistas extranjeras, comentado e incluso empleado para algunas construcciones del puerto de La Rochelle.

Explicaremos de manera breve, por no disponer de espacio, el sistema que fué expuesto por el ilustre ingeniero español, en el curso de una conferencia que dió sobre su descubrimiento al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Madrid.

Se trata de construir un cajón con chapa de palastro, revestido de hierro, que tenga las formas exteriores de los pilares eventuales del puente, y en su fondo, un anillo cortante. Este cajón, lanzado al agua, serviría de molde para construir, en el interior, el fondo y las paredes de una placa cubierta de cemento, cuyo espesor sería calculado en función de las presiones que debiera sufrir. A medida que estos muros de cemento se fueran elevando, la línea de flotación del cajón cambiaría progresivamente. De este modo los pilares podrían ser construídos por obreros corrientes, sin especialización alguna, hasta que alcanzaran la altura aproximada a la que deberían tener. Seguidamente, este cajón sería remolcado, con su línea de flotación casi definitiva, por tres remolcadores, dispuestos en estrella, para orientarlo y colocarlo en el lugar preciso.

Para llevarlo al fondo del agua se arrojarían sacos de cemento por medio de tubos, que se colocarían, de manera transitoria, en los flancos del pilar, y que formarían una barrera de débil altura todo alrededor, pues su papel sería contener la parte del «anillo cor- (Pasa a la pág. 59.)



PLANO HIPSOMETRICO DEL ESTRECHO DE GIBRALTAR

5 NUEVOS PRESIDENTES EN HISPANO-AMERICA



MANUEL PRADO UGARTECHE, Presidente constitucional de la República del Perú para el período 1956-62, nació en Lima el 21 de abril de 1889. Cursó estudios en el Perú y en Europa, doctorándose en las Facultades de Ingeniería y Ciencias Políticas y Administrativas. En el Ejército sirvió en diversas acciones de guerra. En 1919 fué elegido diputado, y en 1939, Presidente de la República para el período 1939-1945. No obstante las dificultades de la guerra mundial, consiguió una política interna de paz y concordia, distinguiéndose su gestión internacional por el cálido apoyo al ideal panamericanista. Elegido de nuevo Presidente en elección popular, tomó posesión el 28 de julio último.

Con motivo de las últimas elecciones populares celebradas en Bolivia, Ecuador, El Salvador, Panamá y Perú, nos complacemos en publicar las fotografías y datos biográficos, por orden de toma de posesión, de los cinco nuevos Presidentes hispanoamericanos. Al iniciarse sus mandatos, MVNDO HISPANICO les desea, con sincera cordialidad, el más acertado empleo de sus atribuciones, como se merecen los países que presiden.

PERU: *MANUEL PRADO UGARTECHE*
BOLIVIA: *HERNAN SILES ZUAZO*
ECUADOR: *CAMILO PONCE*
EL SALVADOR: *JOSE MARIA LEMUS*
PANAMA: *ERNESTO DE LA GUARDIA*

MISIONES ESPAÑOLAS EN LOS ACTOS DE TRANSMISION DE PODERES

La misión española que asistió a la toma de posesión del nuevo Presidente del Perú aparece a la puerta del Palacio Pizarro, de Lima. Esta misión ha sido presidida por el embajador extraordinario español, señor Ibáñez Martín.



El embajador señor Soler; el alcalde de Madrid, conde de Mayalde; el director del I. C. H., señor Sánchez Bella, y miembros de la Embajada, que formaron la misión para la toma de posesión del nuevo Presidente del Ecuador, señor Ponce.



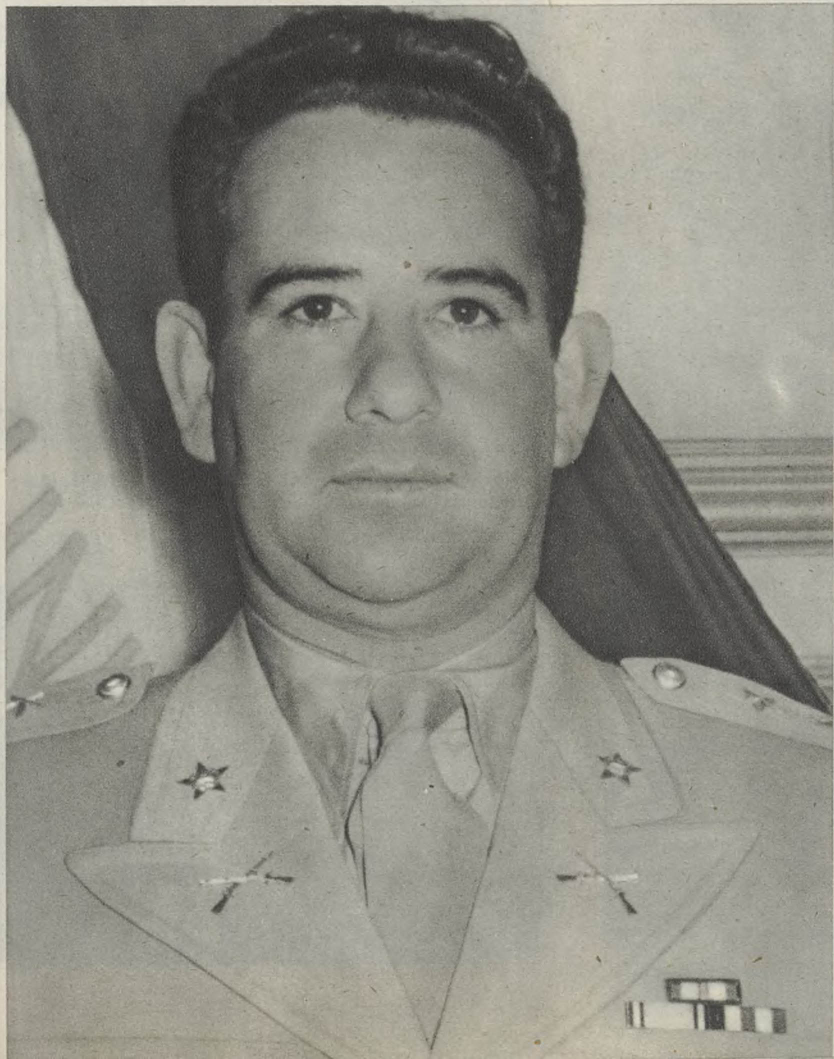


HERNAN SILES ZUAZO, Presidente de Bolivia, cuenta cuarenta y dos años de edad. Abogado, periodista y diputado nacional, se encuentra en posesión de la Estrella de Hierro por herida de guerra en la campaña del Chaco. Fundador, con el Dr. Paz Estenssoro, del Movimiento Nacionalista Revolucionario y jefe de la revolución (abril de 1952) que llevó al partido del Movimiento al poder. Vicepresidente de la República (1952-1956). Desempeñó diversas misiones diplomáticas, representando a su país en la O. N. U., donde consiguió el acuerdo de que los pueblos subdesarrollados puedan nacionalizar sus recursos naturales. Subió a la Presidencia, por elección popular, el 6 de agosto del año actual.



CAMILO PONCE ENRIQUEZ, Presidente del Ecuador, nació en Quito en 1912. Graduado en Derecho en 1938, es también doctor en Leyes. Fué vicepresidente del Consejo de Quito en 1943. Formó parte del Directorio Político de la Alianza Democrática Ecuatoriana. Después del golpe de Estado del 30 de marzo de 1946, fué elegido vicepresidente de la Asamblea Constituyente de ese año. En 1945 fundó el Partido Democrático y posteriormente el Movimiento Social Cristiano. Profesor de la Universidad Católica de Quito, dejó la cátedra para asumir el cargo de ministro del Gobierno (1953-55). Tomó posesión de la Presidencia, tras elección popular, el 31 de agosto último.

JOSE MARIA LEMUS nació el 22 de julio de 1911, en la ciudad de La Unión. Se graduó oficial, con el número 1, en la Escuela Militar de El Salvador. Al producirse los acontecimientos del 14 de diciembre de 1948, el Consejo del Gobierno revolucionario le encomendó la Subsecretaría de Defensa, cargo que desempeñó hasta el 5 de febrero de 1949, fecha en que fué nombrado ministro del Interior, puesto en el que realizó una magnífica labor. Representó a El Salvador en el extranjero en diversos cargos y posee múltiples condecoraciones nacionales y extranjeras. Elegido Presidente de El Salvador en las últimas elecciones, tomó posesión del cargo el 14 de septiembre del año en curso.



ERNESTO LA GUARDIA, Jr., nació el 30 de mayo de 1904, en la ciudad de Panamá. Cursó los primeros estudios en el Instituto Nacional de Panamá, ingresando más tarde en el «Amos Tuck School of Business Administration and Finance», de Dartmouth (EE. UU.), donde obtuvo el grado de doctor en Administración de negocios y Finanzas. Ha desempeñado cargos públicos y privados, entre los que puede destacarse el de presidente de la delegación de Panamá en la O. N. U. Vigoroso periodista, ha demostrado su inquietud por los asuntos nacionales en los editoriales publicados en «Mundo Gráfico». La toma de posesión de la Presidencia está fijada para el día 1 de octubre actual.





Pleno del Congreso. El profesor Wilhelm Kellerman, de la Universidad de Gottingia, lee su ponencia. En el estrado, Alfredo Sánchez Bella, José María Chacón y Calvo y el embajador Zérega Fombona.



El profesor Rodolfo Grossmann expone su tesis en la comisión quinta. A su lado, la señora Gertrud Richert, lectora de español de la Universidad de Berlín, y el padre Valtierra, de la Universidad Javeriana de Bogotá.



Sesión plenaria. Los congresistas, durante una de las sesiones, en la Universidad de Santander.

Tertulia. El embajador venezolano Zérega Fombona con el señor Maldonado y el profesor Ricard.



EL II CONGRESO DE COOPERACION INTELECTUAL

Allí donde la montaña castellana se tira al mar, con gesto de campesino en alardes marineros, está Santander. Ciudad universitaria que abre sus aulas estivales entre jardines y palacios y cuna de don Marcelino Menéndez Pelayo, cuyo centenario se conmemora en este año. El Instituto de Cultura Hispánica ha convocado en Santander a los hombres de profesión intelectual para rendir homenaje a don Marcelino, para dar testimonio de la gigante proyección de su obra y para avanzar unos pasos más dentro del territorio de la sabiduría conquistado

Diálogo de América y Europa. Don José María Chacón y Calvo conversa con el prof. Rothbauer.



Curiosidad congresista. El prof. Hanns Rheinfelder contempla las fotografías expuestas del Congreso.



132 INTELECTUALES DE EUROPA Y DE AMERICA DIALOGAN SOBRE LA HISPANIDAD

por la espiritualidad y la ciencia del prodigioso ingenio montañés. Ciento treinta y dos estudiosos de distintas nacionalidades americanas y europeas acuden a la cita del Instituto. Una vez más el camino de la cooperación intelectual, del entendimiento entre América y Europa, se anda por tierras de España.

HISPANISTAS E HISPANICOS

Durante los diez últimos días del mes de julio, el paraninfo de la Universidad Menéndez Pelayo—situado en el parque del palacio de la Magdalena—y la residencia universitaria de las Llamas han sido escenario del discurso y diálogo de hispanistas e hispánicos. Preside Alfredo Sánchez Bella. Da una bellísima lección sobre el ser hispánico Eugenio Montes; el espíritu inquieto y la clara inteligencia de Ernesto Giménez-Caballero animan las reuniones; Gonzalo Fernández de la Mora diserta sobre la libertad y Menéndez Pelayo; pronuncia una brillante conferencia Luis Morales Oliver. El alemán Rheinfelder explicará cómo es que sólo hay una "madre patria", que es España; que no hay "madre Francia" ni "madre Inglaterra", con el asentimiento de ese francés ilustre que se llama Robert Ricard y con la conformidad de ese sagaz inglés que se llama Reginald Brown. Ese holandés, que viaja impulsado y acompañado por su familia, Juan Terlingen, cambia impresiones con el mexicano Bernardo Ponce. La voz poética del nicaragüense Eduardo Zepeda encontrará auditores entusiastas en Leslie James Woorward y Arnold Steiger, catedrático de Zurich. Otro alemán, Rodolfo Grossmann, traerá de Hamburgo preocupaciones sobre la novelística mexicana, que provocarán las réplicas animadas del colombiano padre Valtierra, del embajador venezolano Zérega Fombona y del brasileño Claudio Ganns. La condesa de Bagnasco contará hechos del hispanismo italiano al argentino Carlos Stoetzer y al uruguayo Miguel Víctor Martínez. Peregrino Junior, presidente de la Academia Brasileña de Letras, platicará con José María Chacón y Calvo, presidente de la Academia Cubana de Letras. El suizo Jacobo Urech cambiará impresiones con L. C. Steven, catedrático de Alabama. Porfirio Díaz Machicao intercambiará confidencias con Anton Rothbauer, profesor en Graz. El padre Groult, profesor de Lovaina, preguntará a Celso Ferreira da Cunha, sobre la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, que este último dirige. La alegría irradiante de Miguel Angel Carbonell, cubano, médico, escritor y diplomático, contagiará a los profesores de Friburgo en Brisgovia, Joannes Vincke y Friedrich Schurr. La cordialidad de Wilhelm Kellerman, catedrático en Gottingia, ganará la simpatía de Jean Babelon, el eminente historiador francés. Oreste Macri traerá las sutilezas del espíritu florentino a la charla de sobremesa, y al filo de la medianoche, el peruano Elíseo Reátegui, el inglés J. Mason, el cubano José Ignacio Rasco, el español Guillermo Díaz Plaja, el estadounidense Wesbrook Barrit, rodearán a Joaquín Entrambasaguas, que tiene su "saber a punto". Y son el ecuatoriano Moscoso Vega, el historiador chileno Ricardo Donoso, el francés Jean Bertrand, el holandés B. E. Vidos, los italianos Carlo Consiglio, Giuseppe Rossi y Mario Penna, los que forman tertulia especulativa y afable. Y así todos, los ciento treinta y dos hombres, conviven, trabajan, pasean y estrechan vínculos fraternales en torno a un ideal de comprensión humana bajo el signo de la Hispanidad. Los perfiles más acusados de este diálogo múltiple y variado, fueron recogidos con humor poético por José García Nieto en *El Rescoldo*, diario mural del Congreso.

LOS TRABAJOS Y RESULTADOS DEL CONGRESO

Los trabajos del Congreso pueden dividirse así: estudio de la influencia y permanencia de la obra de Menéndez Pelayo en las letras americanas y en el pensamiento europeo del siglo, examen del estado actual de la enseñanza del español en los países no hispánicos, estructura de la Oficina de Cooperación Intelectual y programa de actividades de cooperación intelectual propuesto a esa Oficina.

Cinco comisiones trabajaron intensamente. El resumen de sus actividades fué expuesto en los plenos del Congreso, donde se discutieron y aprobaron. Las exposiciones de los congresistas en materia de enseñanza del español dieron motivo a largas deliberaciones. José Simón Díaz y Alfredo Carballo Picazo comentaron los progresos y problemas que se ofrecen a los profesores de español, a los lectores de las Universidades y a las asociaciones de hispanistas en Alemania, los Estados Unidos, Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra, Italia, Filipinas y Suiza. La situación es halagüeña, el campo prometedor, pero es necesario tecnificar esas enseñanzas. La Oficina de Cooperación Intelectual, cuyos estatutos se reformaron, fué dotada de órganos flexibles y ágiles para cumplir su cometido. Fué designado secretario general José María Alvarez Romero.

En cuanto al programa de actividades concretas señaladas por el Congreso, se pueden capitular así: alfabetización y castellanización de las razas autóctonas; estímulos a las traducciones de obras escritas en español; política del libro; acción en el campo de la enseñanza; fomentar la creación de bibliotecas, centros y estudios hispánicos; ordenación de la enseñanza de la Historia; uniformidad en la enseñanza de la lengua y literatura; difusión del arte y la música de los países hispánicos.

CARTA CULTURAL IBEROAMERICANA

La Mesa sometió al pleno del Congreso el texto de la "Carta cultural iberoamericana", redactada por Jaime Delgado y Carlos Lacalle, que ofrecemos en este mismo número de MVNDO HISPÁNICO. El pleno acordó no entrar a su consideración ni pronunciarse sobre su contenido, difundirla para recabar el mayor número de opiniones y dar traslado de ella a la II Asamblea de Institutos de Cultura Hispánica para su estudio y resolución definitiva.

MIGUEL ZELAYETA

Santos Dumont,

el hombre que dió alas al mundo

(*Viene de la pág. 43.*) pues antes de alcanzar algunos metros de altura chocó estrepitosamente contra los árboles. Mas la fibra indomable del aeronauta no era capaz de desanimarse ante nada.

Dos días más tarde, el 20 de septiembre, se elevó de nuevo, haciendo vibrar de emoción miles de sombreros y pañuelos.

Cuando volaba a unos 400 metros de altura, el globo se dobló, se cerró como una navaja gigantesca.

¿Qué había sucedido?

El hidrógeno se contrajo, la bomba de aire falló. Lo único que restaba a nuestro héroe era aterrizar lo más pronto posible y observar lo que iba a pasar. Pero el destino le continuaba protegiendo...

Cuando la distancia que le separaba del suelo no era superior a cien metros, el cabo-guía tocaba ya en el verde campo de Bagatele, ante los asombrados ojos de un grupo de muchachos que jugueteaban con diversas cometas.

Gritó Santos Dumont, con las fuerzas que le restaban, a los mozalbetes:

—¡A toda fuerza! ¡Para allá! ¡Para allá! ¡Tiren la cuerda contra el viento!

Y segundos después Santos Dumont aterrizaba, sano y salvo, por gracia de los niños de París...

El mismo se refiere a esta experiencia con las siguientes palabras: «Subí de globo y bajé de cometa.»

A continuación, «el hombre que dió alas al mundo» construyó el globo número 2 de su nombre, perfeccionando lo que en el anterior era de dudosa seguridad. De poca duración fué este globo, pues, debido al mal tiempo, al realizar la primera prueba, en el Jardín de la Aclimatación, 11 de mayo de 1899, todo se echó a perder.

Construyó, sin pérdida de tiempo, el *número 3*, con el triple de fuerza ascensional y con una capacidad de 500 metros cúbicos.

Sólo el 13 de noviembre del mismo año se llevó a cabo una prueba totalmente feliz. Subió en Vaugirad; en línea recta se encaminó para el Campo de Marte. Contornó diversas veces la torre Eiffel. Se dirigió para el Parque de los Príncipes, y concluyó su viaje memorable, con una velocidad de 25 kilómetros, aterrizando, sin novedades, en Bagatele.

En ese día quedó demostrada positivamente la dirigibilidad de los globos. El primer paso para «el más pesado que el aire» estaba dado.

No tardó en añadir al número 3 numerosas reformas, naciendo entonces el *número 4*.

Por primera vez, los pies eran llamados a colaborar en la conducción del globo dirigible. Colocó una hélice, compuesta de dos alas de seda—cada una de cuatro metros de largura—en la parte delantera, para obtener fuerza de avance y no de empuje, transformándose de propulsor en tractor.

Poseía, además, un motor de siete caballos de fuerza, que, accionado por los pedales, alcanzaba a dar cien rotaciones por minuto.

Este aerostato sería el más conocido de sus históricos dirigibles.

Después concurrió solo al concurso promovido por el Congreso Internacional de Aeronáutica, patrocinado por el Ministerio de Comercio e Industria, conmemorando la Exposición Internacional, y obtuvo nuevo y rotundo triunfo. La prueba fué plenamente cumplida.

A consejo del profesor Langley, de la Comisión de jueces del certamen anterior, Santos Dumont modificó de nuevo su *número 4*, pasando a ser conocido como el quinto de la serie.

A LA TERCERA TENTATIVA GANO EL PREMIO DEUTSCH

En marzo de 1900, Henry Deutsch, millonario y magnate del petróleo, instituyó un premio de 100.000 francos, válido hasta el 31 de octubre de 1901, para el aeronauta que «partiendo del parque del Aero Club, en Saint-Cloud, diera la vuelta a la torre Eiffel, regresando al mismo lugar, por línea previamente trazada, en el plazo máximo de treinta minutos y con un recorrido de 11 kilómetros». Serviría como punto de alcance el Sena, haciéndose obligatorio el paso por Bagatele.

Santos Dumont había hecho este recorrido diversas veces, con resultados alternos y en tiempos indeterminados. Intentaría vencer una vez más.

París estaba allí. El 13 de julio de 1901 procuraría realizar, ante la Comisión técnica, la gran proeza. Subió, dió la vuelta a la torre Eiffel y, luchando heroicamente contra el viento, alcanzó Saint-Cloud. Tardó treinta y nueve minutos; nueve más de lo permitido. Mas eso no suponía nada; volvería a intentarlo de nuevo.

Segunda tentativa, 8 de agosto de 1901. En nueve minutos contornó la torre Eiffel, y comenzaba a dar la vuelta a Saint-Cloud, cuando una válvula falló... Debió en aquella peligrosa situación aterrizar; mas como se trataba de un concurso, prosiguió. Perdiendo hidrógeno en cantidad, Dumont paró el motor. Existía el peligro de que el globo se estrellara contra el edificio férreo de Eiffel y que se perdiera la pequeña barca, pues las cuerdas que la unían al balón estaban, en su totalidad, rotas.

Así, hubo de aterrizar sobre el tejado de una residencia, con lo que salvó milagrosamente la vida.

Después del nuevo accidente, Santos Dumont entregó a los constructores los planos para realizar el *número 6*, que fué concluído en veintidós días de trabajos continuos.

De forma elipsoide, con sistema valvular más perfecto, para obtener una rigidez total en el globo-balón, de sesenta metros cúbicos, para un volumen total de seiscientos kilogramos. Amplió el motor a cuatro cilindros, con doce caballos de fuerza, refrescado por agua circulante. Fuerza de atracción de 60 kilos.

Para el 19 de octubre fué convocada la Comisión técnica del premio Deutsch. El tiempo continuaba desfavorable, y en tal forma, que del jurado sólo estaban presentes cinco componentes.

En nueve minutos de vuelo ya había vencido la mitad del trayecto, a pesar de un viento de una fuerza de seis metros por segundo. Cuando iba a regresar, el motor casi se paró... Calma y más calma le ayudaron a resolver «la papeleta». El motor continuó trabajando.

Volando sobre el Bois, el globo comenzó a descender; nueva tentativa para colocarlo en posición. Tenía que ganar. Pronto, antes del tiempo marcado, estaba en el punto de control de Saint-Cloud. medio...; mas con el ímpetu de la victoria, sobrepasó en algunos metros la meta, y como hombre contencioso, volvió. Un minuto y diez segundos después aterrizaba ante un pueblo emocionado por la proeza.

Hubo algunos jurados que consideraron inválido el triunfo; tardó cuarenta segundos más de lo estipulado; pero el pueblo, con la fuerza indestructible de sus decisiones acordes, gritaba en honor de su triunfo apoteósico. Hasta el Aero Club tomó parte en las discusiones.

Dumont se vió obligado a escribir en *Illustration* estas nobles palabras:

«Digan lo que quieran; no hay dos balones dirigibles en el mundo; no hay sino uno, y es preciso venir a París para verlo.»

De los 129.000 francos del premio, distribuyó 75.000 entre los pobres de París. Lo restante lo dió, en partes iguales, a los soldados silenciosos que hicieron posible su victoria. Se trataba de sus operarios y mecánicos.

Para él, nada. El «petit» Santos, aquel brasileño de un metro y sesenta centímetros, acababa de enseñar a volar. Y la vida continuó. Gloria merecida le rodeaba en todo momento. La alegría que albergaban todos los corazones le animaba a proseguir en sus conquistas; ahora sólo quedaba un paso, el más difícil; se trataba del «más pesado que el aire».

En el Brasil el regocijo fué extraordinario. El Congreso le envió un premio de 275.000 francos y una medalla de oro con una pequeña inscripción: «Por cielos nunca antes navegados...»

SERA PRECISO IMITAR A LOS PAJAROS

El globo *número 6* le llevó al pináculo de la gloria. No obstante, continuó modificando y construyendo. Mejorando y perfeccionando. Llegó a realizar ocho naves más. De entre éstas, la *número 9*, más conocida como *Balladeuse*, fué la más célebre. Dicen los cronistas que, con este aparato, Santos Dumont andaba por los aires como un coche por el suelo.

Hacía visitas; llegaba al hipódromo, en los días de carreras montado en su «inseparable» aparato; paseaba por los aires en Bois de Boulogne, centro de la elegancia parisiense, y hasta desembarcaba en la ventana de su cuarto. Vino después el *número 10*, conocido con el popular nombre de *Autobús*, ya que su inventor quería popularizarlo como un nuevo género de transporte colectivo.

Dumont vivía, mientras tanto, con ojos abiertos y atentos a las aves. Sería preciso imitar a los pájaros; habría que realizar un «planeador» con hélice, una especie de «cometa», en la que habría de ser sustituída la cuerda de unión por una fuerza suficiente de propulsión. Descubrir el secreto sería lograr la nueva conquista.

Consiguió construir un aeroplano celular, que, remolcado por una canoa automóvil, dió resultados muy animadores, pues logró imitar a una «cometa» gigante. La experiencia abría camino para la solución.

El *número 14*, más tarde conocido como el «14 bis» cuando suprimió el balón, se parecía a un biplano celular. Algunos suspicaces observadores le encontraron parecido con un enorme pato de pescuezo extendido.

Pronto «el pato» comenzó a dar saltos de pocos metros. Se podía decir que la solución había sido encontrada. Ahora sólo faltaba perfeccionar el sistema.

Así se expresó sobre el particular: «Dormí tres años, y en el mes de julio de 1906 me presenté en el campo de Bagatele.»

Alcanzó a realizar un vuelo de 60 metros, pero un accidente impidió la continuación de la prueba. Por este mismo tiempo era instituída la copa Archdeacon, para ser concedida al aeronauta que se elevara del suelo por sus propios medios y volase una distancia de 100 metros, como mínimo.

El 13 de septiembre del mismo año hizo un vuelo delante de la comisión del Aero Club de París, y ésta se expresó así:

«Después de un primer ensayo, a las ocho y cuarenta minutos de la mañana, un segundo ensayo fué intentado en sentido inverso. En esa tentativa, después de un recorrido de 200 metros, rodando sobre el suelo, el aparato tripulado por Santos Dumont se levantó muy nítidamente. Las ruedas dejaron de estar en contacto con el suelo. El aparato subió a una altura que los abajo asignados consideran en 89 centímetros, y esto en un recorrido de 100 metros, con una velocidad de traslación calculada en 30 a 35 kilómetros por hora.»

La duración de la nueva victoria, aún mayor que la primera, sólo llegaría al 23 de octubre de 1906, que en la vida de Santos Dumont es similar a la del 12 de julio de 1901, los dos días más felices de su vida.

Esta vez voló 250 metros, casi el tripe del primer vuelo público. De nuevo solo, ganó la copa Archdeacon.

Cerca de dos años más tarde construyó el popular *Demoiselle*, de seis metros de largo, y cuyo peso no era superior a ciento cincuenta kilos, desarrollando una velocidad de 90 kilómetros a la hora.

Fué elevado ciudadano del mundo. Y su eterna tristeza fué bien definida por el poeta chileno:

«Era la rara tristeza de encontrarse entre amigos sin saber quiénes son.»

¿ALBERTO SANTOS DUMONT O LOS HERMANOS WRIGHT?

París, en 1913, dedicó a Santos Dumont, en el lugar de su victoria, un monumento de granito y bronce con esta dedicatoria:

NOTA DE LA REDACCION

En nuestro anterior número apareció, en la franja de la portada, el anuncio del artículo titulado «Las cuatro estaciones de Manuelita Sáenz», que necesidades de espacio obligaron a dejar fuera. Asimismo, se deslizó un pequeño error al cambiar el nombre de Manuelita Sáenz por el de Manuelita Rosas. Hacemos la oportuna rectificación y comunicamos a nuestros lectores la próxima aparición del artículo anunciado.

«Este monumento fué elevado para conmemorar las experiencias de Santos Dumont, pionero de la locomoción aérea.»

Tributo merecido por el gran precursor de la aviación.

Pero la gloria del pequeño brasileño quedó reducida ante los ataques de nuevos y misteriosos pioneros, para agigantarse, de manera extraordinaria, ante el examen crítico e imparcial que nos concede una visión tranquila sobre la historia de la aviación. He aquí los resultados.

Debemos dejar de lado el pionerismo que los rusos intentan ver en las supuestas proezas del oficial de los zares Alexander Mozhaisky, según las declaraciones del ministro de Industria del país bolchevique, Gennady Vasilievitch Alexenko, en 1948. Faltan datos, y, lo que aun es más simple, hasta la fecha de su proeza.

Santos Dumont fué el primer hombre que hizo la navegación aérea dirigida, hazaña realizada universalmente el 19 de octubre de 1901.

Santos Dumont fué el primer hombre que llevó a término una prueba pública y oficial, científicamente establecida y controlada, utilizándose un «aparato más pesado que el aire», de nombre *14 bis*, consiguiendo batir el primer «record» mundial de la aviación, anteriormente por él establecido.

A Orville y Wibur Wright, por otro lado, les corresponde la gloria de haber realizado los primeros vuelos mecánicos, propiamente dichos, con un «aparato más pesado que el aire», el 17 de diciembre de 1903, en la colina de Kill, cerca de Kitty Hawk, en los Estados Unidos. Sólo guardaron secreto en lo que se refería al control que les permitía obtener el equilibrio transversal.

Y sobre el particular, escribió el propio Santos Dumont, refiriéndose a los hermanos Whight:

«¿Qué dirían Edison, Grahan Bell o Marconi si, después que presentaron en público la lámpara eléctrica, el teléfono y el telégrafo sin hilos, otro inventor se presentase con mejor lámpara, teléfono o aparato de telegrafía sin hilos, diciendo que los había construído antes que ellos?»

JUAN M. MARTI MATOS

Hombres blancos en el Mississippi

(Viene de la pág. 37.) astutos entre estos pieles rojas, los hechiceros, harían el augurio de su llegada, y los cazadores de pieles lo celebrarían con violentas danzas.

Son bravos estos pieles rojas. Llevan sobre su cabeza la hoja de servicios a la tribu, simbolizados en las vistosas plumas. Y algunos se oponen al paso de los hombres blancos con gran tenacidad y arrojo, pero son al cabo sometidos por las armas.

Pasan los aventureros el invierno sitiados por la nieve. Al comenzar la primavera continúan su marcha a través de grandes desiertos, en los que sólo encuentran, diseminada, alguna choza *(tipi)*. Les falta el agua y carecen de víveres. En aquellos parajes desolados, los pocos indios que encuentran no saben nada del mar, ni de las fabulosas ciudades de Cíbola ni de Nueva España (México), ni de metales preciosos. Pero vieron pasar por allí ya a unos hombres blancos (Cabeza de Vaca y sus compañeros), curando a los enfermos con el símbolo cristiano que se alza a la entrada de algunas chozas.

Con la pesadumbre del fracaso retorna Hernando de Soto al Río Grande, desviándose hacia el sur para descubrir nuevas tierras. Sus soldados se hallan extenuados, harapientos, con los pies sangrantes, el brillo de la fiebre en los ojos, hundidos entre la gruesa pelambre. Quedan muchos por el camino; entre ellos, Ortiz, el eficaz intérprete, que es sustituído por un avispado indio de Cofitachequi, del lejano Savannah, de grato recuerdo para los expedicionarios.

Cuando el adelantado se vió de nuevo a orillas del *Missi-sepe*, ordenó la rápida construcción de dos bergantines para enviarlos río abajo, rumbo a La Habana. Su esposa, la hija del famoso Pedrarias, gobernadora de la isla, los cargará con caballos, refuerzos, armas, víveres, semillas, aperos de labranza y herramientas para comenzar la colonización de las extensas y fértiles tierras descubiertas en las «anchas y largas» provincias de la Florida.

Se pone en acción el numeroso equipo de maese Francisco: cortan la madera, preparan la clavazón, hacen acopio de gomas y resinas por el campo, reúnen sogas para la jarcia...

Pero el cuerpo de Hernando de Soto, magnífico ejemplar humano, maduro ya a las acometidas de los mosquitos de las riberas del *Missi-sepe*, cayó enfermo el 14 de mayo de aquel año de gracia de 1542. Aumenta la fiebre en el trabajado cuerpo del caudillo. Sabe que va a morir. Pide a su primo, fray Luis de Soto, que le confiese. Luego, a petición de sus oficiales, designa como sucesor en la jefatura de la expedición al experimentado conquistador Luis de Moscoso de Alvarado. Aquella patética escena resumía una vida de intensa lucha, llevada en comunidad durante cuatro años.

Los brazos del moribundo, aquellos potentes brazos que habían hecho prodigios con la pesada lanza, se posan, débiles, sobre el lecho de muerte, y sus ojos tienen el brillo de una reciente victoria.

Ocurrió el fatal desenlace precisamente el 21 de mayo, fecha del primer aniversario del descubrimiento del *Missi-sepe*.

El centauro de la Florida, el cóndor de los Andes, entregó su vida a los cuarenta y dos años de edad, en la plenitud de su vigor, a la más extraordinaria de las aventuras.

Para evitar que los indios profanaran el cadáver, hicieron su ataúd del tronco de una vieja encina y lo depositaron con mucho sigilo durante la noche en lo más profundo del río que él descubrió.

IV

Se había ido para siempre el hijo del Sol. Y sus soldados se consideraron huérfanos de valor, desorientados en un trozo del cosmos. Abandonan los proyectos de colonización y no piensan sino en huir de aquella geografía violenta y hostil. Alentados por Añasco, que ha perdido también su gordura de Sevilla, marchan como fantasmas a través de varias provincias indias, hacia el oeste, en busca de Nueva España, hasta que llegan a parajes desérticos, despoblados, estériles y secos. Se ven en la necesidad de comer hierbas y raíces. Pasan por la provincia de Vaqueros (al norte de Texas), donde encuentran cecina, gruesas pieles y astas de bisonte. Siguen marchando hacia el poniente, hasta columbrar unas grandes sierras (estribaciones de las Montañas Rocosas). Las cruzan y exploran, mas no brilla por ninguna parte el mineral aurífero. Más allá, los escasos indios que encuentran son nómadas y se alimentan de los frutos naturales.

Otra expedición fracasada. Resuelve Moscoso regresar al Río Grande, dejando aquella ruta jalonada de cadáveres. En ella quedan cerca de doscientos españoles, entre ellos Tovar y Vasconcelos, famosos capitanes; más de trescientos indios de carga y casi todos los caballos.

En su fatigosa marcha cruzaron un río (el Rojo), cuyos gruesos y abundantes aluviones trastornaban con frecuencia su cauce. Cuando llegaron al Río Grande advirtieron con sorpresa que se hallaban en un paraje más alto que el de su partida. No lejos, aguas abajo, se extiende por la margen izquierda la importante provincia de los *natches*. Su jefe, el altivo y belicoso Quigaltan, forma con otras tribus la Confederación de los Diez para aniquilar a los extranjeros.

Se acerca la primavera. Los aventureros la esperan con impaciencia para salir de aquellas tierras de pesadilla y de muerte. Cunde entre ellos la alarma cuando a principios de marzo comienzan a hincharse las aguas del río. Recuerdan algunos el vaticinio hecho por una vieja india al verlos entregados con tanto afán en la construcción de los barcos: «Este año habrá una gran crecida del *Missi-sepe*», dándoles a entender que eran ya pasados los diez años del ciclo.

Subieron las aguas hasta desbordarse por la ribera derecha en una anchura que se escapaba al horizonte visual. Y siguió la crecida durante cuarenta días, hasta inundar la llanura aluvial en una profundidad de más de diez leguas. Sobre el nivel de las aguas emergían solamente las copas de los árboles más altos y los cerros sobre los que se asientan los poblados. Era como un mar que se movía siempre en la misma dirección, arrollándolo todo, levantando bosquecillos enteros para llevárselos sobre sus sucios lomos en ostentosa cabalgata.

Los españoles, mezclados con los indios, contemplan temerosos desde los altos cerros el colosal empuje de aquel monstruo líquido. Hasta 18 varas calculan que ha subido el nivel de las aguas en aquel paraje el domingo de Ramos.

Cuando el *Missi-sepe* recobró su caudal normal, nuevos brazos del río, nuevas fugas *(bayous)*, nuevas lagunas, nuevos cañaverales, aparecen en sus riberas, amén de los aluviones. Su paso devastador quiebra viejos meandros y forma otros nuevos, carga los aluviones gruesos sobre las orillas para levantar sus diques; detrás se extiende la película más delgada y arcillosa, sobre la que brotará la alta hierba. Y aun más allá, en las tierras bajas, a las que no llega el relleno del aluvión, se elevan los bosques de cipreses y los espesos cañaverales.

Después de grandes fatigas, logran echar al río cuatro toscos

DE LUNA A LUNA

(Viene de la pág. 4.) escéptico gallego. Camba descubría alegremente, pero con mano experta y segura, las entretelas y los secretos de la vida europea y norteamericana, mientras los mediocres se dedicaban a exaltarla como «cipayos» o a proponerla como arquetipo a nuestros pueblos.

Sin gracia ni verguenza

¿Cuántas de las cosas que los ingeniosos de turno dicen para divertir a sus lectores—sobre los yanquis, sobre los alemanes, sobre los ingleses, sobre los españoles—no fueron dichas veinte o treinta años antes por este humorista gallego, infinitamente más profundo y más agudo que el francés Pierre Daninos?

¿Cuántos de los que ahora suscriben crónicas de viajes no hacen sino repetir—sin gracia ni vergüenza—lo que dijo Camba en «La Correspondencia de España», en «El Mundo», en «La Tribuna» o en «A B C»?

¿Cuántos de los periodistas extranjeros que visitan España y hacen burla—y fortuna—de las insuficiencias de España, no se aprovechan directa o indirectamente de las críticas que hiciera Camba al ocuparse, hace años, de esas mismas insuficiencias? ¿Cuántos han podido superarlo, en cuanto a talento e ingenio se refiere, para denunciar los defectos y los errores del pueblo español? Más aún, y que nos perdonen los expertos sociólogos y los sesudos ensayistas ¿cuántos de los que estudian las causas de la gran catástrofe civil española pueden ofrecernos un panorama tan vivo, tan real, tan auténtico, de España, sus instituciones, su pueblo y su Gobierno, como el Camba que ofreció oportunamente en sus crueles, inmisericordes y sutiles crónicas humorísticas? ¿Alguna lumbrera ha escrito hasta ahora algo más revelador sobre la República española y sus fracasos que lo que Camba denunció—y hasta profetizó—en «Haciendo de República», por ejemplo, contenida en el tomo segundo de sus «Obras completas»? Ninguno, creedlo.

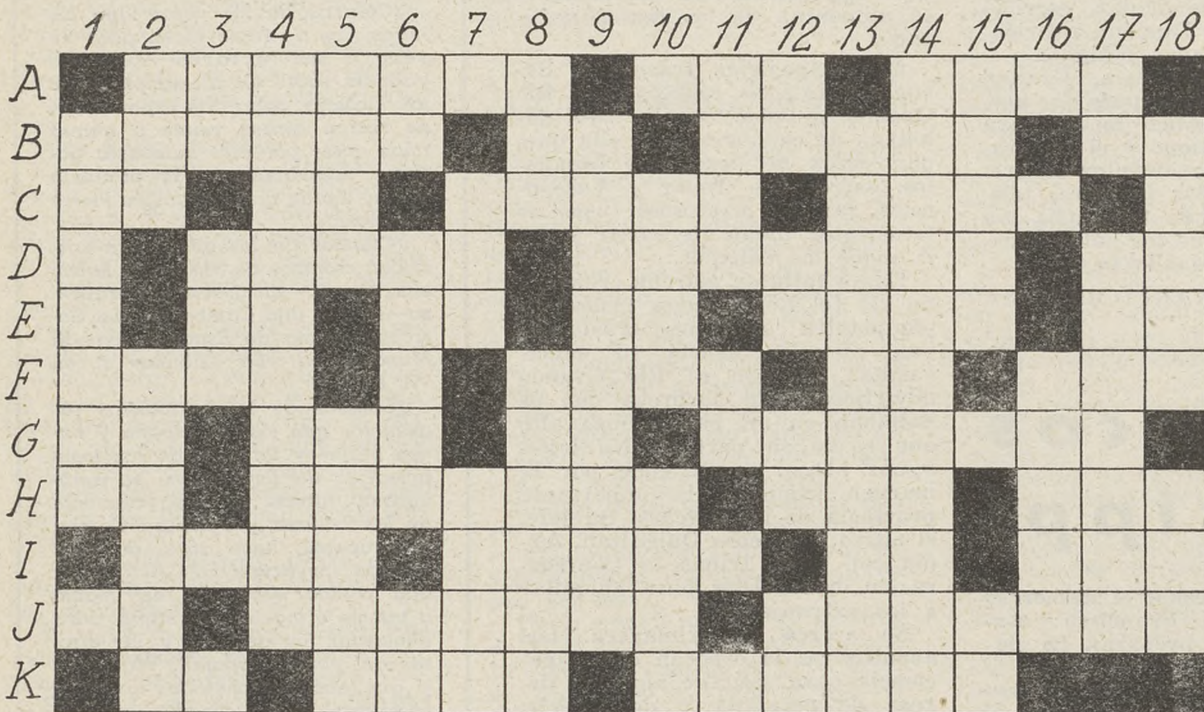
El magisterio de Camba

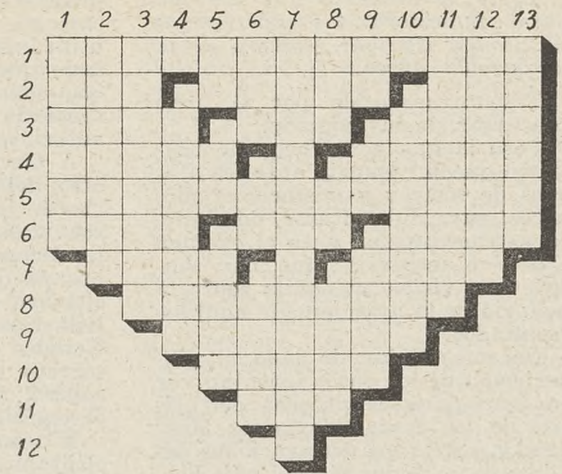
Querámoslo o no, Camba no sólo es un maestro de escritores, en cuanto enseña a frenar nuestra tendencia a la retórica (tropical entre nosotros los hispanoamericanos, arábigo-carpeto-betónica entre los españoles). No sólo es maestro de estilistas (de literatos que buscan un estilo que no lo parezca flagrantemente). Camba ha sido y es—que nos perdonen ahora los pedagogos—un gran educador.

Aquí y allá nos hacemos lenguas sobre el magisterio incomparable ejercido durante cincuenta años, por lo menos, lo mismo por Ortega y Gasset como por don Eugenio d'Ors. Eso nadie lo discute, ni nosotros siquiera. Lo único que se podría decir es que el magisterio intelectual de esos dos grandes desaparecidos fué, y es, más superficial, remoto e indirecto, de lo que los enterradores de profesión suponen. Aunque dos docenas de frases sueltas, de Ortega y D'Ors, son utilizadas por los lí-

No Siempre EL TIEMPO ES ORO

Por PEDRO OCON





CRUCIGRAMA HISPANOAMERICANO

HORIZONTALES

1: Retribúyeselas por un trabajo realizado.—2: Epoca. Puesta del sol. En Chile, palabra usada para indicar que se lleva a cuestas a alguien.—3: En América, cántaro. Se atreve. Invertido, batracio.—4: Madero para apuntalar. Rey de los hunos.—5: Arrojaríanseles.—6: Sujetes con cuerdas. Husmeé. Río de Finlandia.—7: Ventila. En Escocia, tribu, familia.—8: Hacéis gala de grandeza o poder.—9: Alabes.—10: En la Argentina, insectos que por la noche despiden una luz azulada.—11: Letras de «olas».—12: Consonante.

VERTICALES

1: Contradiga.—2: Dícese del hombre muy culto.—3: Obrero encargado de la entibación de las minas.—4: Prepárese un plan con antelación.—5: Negación. Desinencia verbal. Al revés, elevada.—6: Ruido que se percibe débil y confusamente. Invertido, escuché. Dios del viento.—7: En Cuba, nombre vulgar de unos arbustos silvestres cuyos frutos comen los cerdos.—8: Tuesta. Conjunción. Parientas.—9: Preposición. Naipe. Pierdes el equilibrio.—10: Al revés, retrato de perfil tomado por el contorno de la sombra.—11: Pelillos que suelen aparecer por el revés de algunas telas.—12: Aventen con pala en la era el grano para limpiarlo.—13: En sentido familiar, nombre afeminado.

DAMERO HISPANOAMERICANO

E-14 J-18
Negación.

D-17 J-5 E-1
Pronombre relativo.

I-2 H-13 F-6
Me dirijo a un lugar.

J-13 A-7 D-3
Fruta.

F-2 H-18 C-1 H-1
En Colombia, betún.

A-4 A-3 I-13 C-14
Espejo.

I-10 E-10 K-5 H-9
Moneda española.

A-11 G-14 G-16 I-3 J-10 C-8
País.

A-2 B-14 H-10 F-3 F-13 J-6
Herramienta para labrar metales a golpe de martillo.

H-16 B-12 E-4 C-13 F-1 K-13
Tengan cabida en un lugar.

D-4 J-2 A-5 F-18 K-11 D-7
En Cuba, en sentido figurado, persona gruesa y de baja estatura.

I-4 I-5 J-14 J-9 C-7 F-10
Regresar.

B-1 C-15 H-5 H-14 B-5 E-15
Tosco, áspero.

J-4 K-8 E-9 A-10 B-6 F-14
Imprevisto.

B-3 I-9 I-17 G-6 K-15 D-14
En la Argentina y México, robar ganado.

J-1 C-4 B-9 C-9 A-14 K-12
Engendra.

H-4 K-6 C-5 A-8 H-8 J-12 B-18
Tengo trato con una persona.

J-17 F-9 B-17 G-5 G-15 G-16 B-4
Aplican a una persona un virus para preservarla de alguna enfermedad.

D-12 A-17 J-7 G-11 K-10 C-10 G-1
En Colombia, vasija de calabaza donde se lleva el grano para sembrar.

G-4 D-18 J-8 G-8 B-8 G-12 A-12
Pez marino de la familia de los escualos.

F-8 G-17 B-11 H-17 G-9 K-2 E-7
En Bolivia, cerilla.

B-13 E-13 E-12 D-10 D-1 G-2 F-11
Alga marina que en Chile se usa como abono.

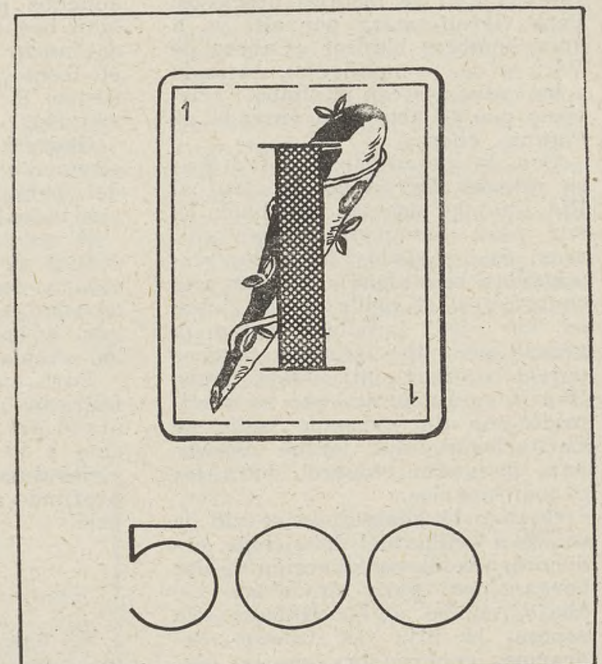
F-16 C-11 H-2 A-15 G-13 F-4 E-6 I-11
Gran río de los Estados Unidos.

H-12 E-18 C-18 B-15 E-17 I-8 D-6 I-14 H-7
Inclinación a alimentarse de carne.

A-6 D-11 K-7 I-18 H-6 F-17 D-13 K-14 J-15 C-2
Rebelde.

D-9 I-16 I-7 D-5 K-3 B-2 J-16 A-16 E-3 D-15
Partido político.

JEROGLIFICO



¿Dónde está el abuelo de Pedro?

(Las soluciones, en la pág. 61.)

bergantines el día de San Juan, y se hacen a la vela el día de San Pedro. Van con los españoles cien indios de servicio. Por falta de embarcaciones dejan más de trescientos clamando en la orilla porque se quedan abandonados a la ferocidad de Quigaltan.

Al segundo día aparecieron cientos de canoas siguiendo a los extranjeros. Era la armada de la Confederación de los Diez, mandada por Quigaltan. Algunas llevan hasta 25 remeros y 30 flecheros. Bogan al compás de sus cánticos, seguidos de penetrantes alaridos. Maniobran con gran maestría y rapidez. Consiguen cercar a los bergantines y disparan sobre ellos verdaderas lluvias de flechas. Siguen acosando durante varios días al maltrecho ejército de aventureros.

Todo el curso del río es una sucesión de meandros, como una inacabable serpentina.

—Este río está loco—exclaman los más impacientes.

Han dejado ya en el viaje los últimos ocho caballos, entre los que se hallaba el del cuitado Añez. Fué, sin duda, esta pérdida, lo que le infundió un inusitado coraje. Tomó la canoa de popa, acompañado de otros cinco insensatos camaradas, y se dirigió a las canoas enemigas, gritando:

—¡A ellos, que huyen!... ¡A ellos!...

Salen otras cuatro canoas en su auxilio. Abren entonces los indios su flota en forma de media luna y vuelcan las canoas de los hombres blancos, pasando sobre ellas una y otra vez.

Allí quedaron, en las aguas del *Missisepe*, doce españoles más escoltando a su invicto caudillo, el primer caballero de la conquista.

Los flecheros de Quigaltan celebran el triunfo con grandes alaridos. Y al siguiente día saludaron la salida del sol con grandes gritos y reverencias, acompañados de los ruidos de sus rústicos instrumentos. Luego enfilaron sus canoas río arriba y dejaron en paz a los extranjeros, después de diecinueve días de lucha permanente.

—Gracias a Dios que se van esos salvajes—comentan con satisfacción algunos.

—Seguramente nos hallamos ya cerca del mar—deducen otros.

Pero les quedan tres jornadas aun para llegar al golfo.

El Río Grande ha ido aumentando su cauce con el concurso de varios afluentes. Su anchura va disminuyendo en beneficio de la profundidad. Y es casi imperceptible a simple vista la pendiente de sus aguas. Se van abriendo las curvas de sus meandros, hasta desaparecer. A la llanura aluvial ha sucedido el delta; los aluviones, arena y fango, son abundantes. Con ellos ha formado el río sus diques, que van disminuyendo en dimensiones. Más allá, las «aguas durmientes», depresiones de las que se levantan los cipreses gigantescos de los pantanos. Luego, las marismas litorales, los cañaverales, los bancos de arena fangosa. Por ambas orillas, frecuentes fugas de agua, nuevos brazos del río, nuevos pasos, que se abren en abanico.

Los aventureros llevan sus bergantines en el centro de la poderosa corriente, despreciando los *bayous* que se abren a una y otra mano entre lujuriante vegetación, por la que pasó recientemente la gruesa esponja de la crecida. Las palmeras de los pantanos elevan sus copas a alturas insospechadas. Calor sofocante y húmedo. Nubes de mosquitos envuelven los depauperados cuerpos de los expedicionarios.

Los barcos han entrado al fin en el horizonte del mar, pero siguen flotando sobre la corriente fluvial, entre orillas de barro compacto y duro, azotadas por las olas en las tempestades. Islotes de resistente arcilla, de formas delicadamente caprichosas, emergen de las aguas marinas. Pasan la barra los bergantines, dejando a la espalda del *Missi-sepe* o Agua Grande, y en él queda el cuerpo del caudillo, escoltado por doce fieles soldados.

Del brillante ejército expedicionario sólo han quedado 311 espectros, una tercera parte de los que desembarcaron en la Florida. Por el camino quedaron los doce clérigos que lo acompañaban, varios capitanes famosos, 400 caballos, y «Bruto», con otros perros.

Pero el *Missi-sepe*, río salvaje, que, unido a su afluente el Missouri, es el más largo del mundo, ha entrado ya en el vocabulario de los hombres blancos, esa raza barbuda y osada que volverá algún día a domesticarlo.

F. B. C.

STATEMENT REQUIRED BY THE ACT OF AUGUST 24, 1912, AS AMENDED BY THE ACTS OF MARCH 3, 1933, AND JULY 2, 1940 (Title 39, United States Code, Section 233) SHOWING THE OWNERSHIP, MANAGEMENT, AND CIRCULATION OF MVNDO HISPANICO, published monthly
(Insert exact title of publication) (State exact frequency of issue)
at NEW YORK, N. Y. for OCTO 1, 1956
(Names of post office and State where publication has second-class entry)

1. The names and addresses of the publisher, editor, managing editor, and business managers are:
Publisher: Instituto de Cultura Hispánica. Ciudad Universitaria, Madrid.
Editor: Ediciones MVNDO HISPANICO. Alcalá Galiano, 4, Madrid (Spain).
Managing editor: Alfredo Sánchez Bella. Viriato, 53, Madrid (Spain).
Business manager: Federico Castellanos Moset. Alcalá Galiano, 4, Madrid (Spain).

2. The owner is: (If owned by a corporation, its name and address must be stated and also immediately thereunder the names and addresses of stockholders owning or holding 1 percent or more of total amount of stock. If not owned by a corporation, the names and addresses of the individual owners must be given. If owned by a partnership or other unincorporated firm, its name and address, as well at that of each individual member, must be given.)

Name	Address
None	....
....	....
....	....

3. The known bondholders, mortgagees, and other security holders owning or holding 1 percent or more of total amount, of bonds, mortgages, or other securities are: **(If there are none, so state.)**

Name	Address
None	....
....	....
....	....

4. Paragraphs 2 and 3 include, in cases where the stockholder or security holder appears upon the books of the company as trustee or in any other fiduciary relation, the name of the person or corporation for whom such trustee is acting; also the statements in the two paragraphs show the affiant's full knowledge and belief as to the circumstances and conditions under which stockholders and security holders who do not appear upon the books of the company as trustees, hold stock and securities in a capacity other than that of a bona fide owner.

5. The average number of copies of each issue of this publication sold or distributed, through the mails or otherwise, to paid subscribers during the 12 months proceding the date shown above was: (This information is required from daily, weekly, semiweekly, and triweekly newspapers only.)

(Signature of editor, publisher, business manager or owner)
Federico Castellanos Moset

Sworn to and subscribed before me this first day of OCTOBER 1956.

Un puente sobre el Estrecho de Gibraltar

(Viene de la pág. 51.) tante» que no había tocado todavía el fondo.

Entonces sería el momento de descender los obreros al fondo del gran espacio hueco del pilar, a fin de maniobrar los autoclaves que allí se habrían dejado, y por medio de los mismos lanzar el mortero o árido emulsionado, de manera que este mortero llenase el espacio comprendido entre el fondo del mar, la base del cajón y el anillo cortante, suprimiendo así, tan lenta y gradualmente como se desease, la flotación, y asegurando por este medio el anclaje del citado cajón.

He aquí, demasiado sucintamente expuesta, la idea que el señor Peña Boeuf había imaginado en su proyecto del puente de Lisboa y que se supone aplicable para las profundidades del estrecho de Gibraltar.

Naturalmente, la distancia entre cada pilar de sostén del puente debería ser tan grande como fuese posible, de forma que no molestara la circulación de las líneas de navegación a través del estrecho. En este caso, sólo la estructura del puente colgante sería adoptable.

La superficie sería de cemento armado, lo que aseguraría una más grande estabilidad y le daría en su parte transversal una gran inercia, y la anchura prevista, de 30 metros, pues este puente, al resultar ser el paso natural entre Europa y Africa, tendría una intensa circulación.

A tal fin, estaría formado por una parte central, o ruta, de nueve metro de ancho, de modo que tres carruajes pudieran cruzarse; una vía férrea por cada lado permitiría una doble circulación ferroviaria, y, además, dos aceras, cada una de dos metros de ancho, separarían la ruta de las vías férreas.

He aquí los grandes rasgos de la sensacional idea que aportaría a España y al territorio africano posibilidades comerciales e industriales que hasta ahora, por falta de medios de comunicación, han quedado bastante limitadas.

Y como bien ha dicho el señor Peña Boeuf: «Es el albor de la aurora en el panorama oscuro de la imposibilidad que hasta ahora ha existido.»

En realidad, éste sería el «cordón umbilical», de ventajas gigantescas, que uniera los dos continentes, y cuyo mérito de realización se debería a un español.

PAULETTE GRAND

DE LUNA A LUNA

deres obreros, los diputados, los catedráticos y los estudiantes de España y de América para fortalecer literaturas, son contados, contadísimos, los que han calado bien hondo en el pensamiento filosófico de Ortega y de D'Ors. Y que nadie se disguste, porque lo mismo podríamos decir de Heidegger y sus amables repetidores.

Pedagogos de altura, directores de masas, educadores de gran aliento, son entre nosotros los escritores-periodistas como Julio Camba. Para bien o para mal, éstos son los hombres que saben y pueden enseñar lo que les venga en gana.

Sí, señores; nosotros creemos en el magisterio directo, constante e integral de Julio Camba.

Si no le reconociésemos a él el habernos curado por siempre jamás de nuestros complejos de papanatas frente a la bonanza y la prosperidad, el confort y la industria de las potencias y las ex potencias; si no le reconociésemos la fuerza expresiva y la economía de su magnífico castellano; si no le reconociésemos su saber enciclopédico, su sentido de lo nacional, su realismo tan español y tan respirable, su elegancia espiritual y su talento, tendríamos que reconocerle, al menos, el haber recreado y mantenido en los más difíciles años de España el sentido del humor, el arte de sonreír frente a todas las iniquidades y frente a todos los fracasos.

La sonrisa de Camba y la de todos los grandes humoristas de este país fué y es como la llave de la sabiduría multisecular del pueblo español: una bendición y un milagro. Se aprende más sobre este país, sobre su pasado inmediato y sobre su futuro, releyendo las obras de Julio Camba que consultando librotes e incunables.

Y es así—ocho años después de una entrevista que no se llevó a cabo—como queremos darle las gracias a Camba por lo que hemos aprendido de él desde sus libros...

POLITICA

Primero Marruecos

Cuando suscitábamos, para los lectores de MVNDO HISPANICO, el recuerdo de una conversación sostenida con un inteligente profesional musulmán, amigo nuestro, y transcribíamos aquí su punto de vista sobre la misión mediadora de España en los conflictos presentes y futuros del Oriente Medio, ni «quitamos ni pusimos rey», sabiendo, sin embargo, que el tiempo y las circunstancias habrían de darle la razón a nuestro amigo.

En efecto, dos meses después de entregadas para su publicación nuestras notas de viaje, España, consecuente con su política de acercamiento hacia los pueblos de habla árabe, reconocía la independencia y la unidad de Marruecos. Inmediatamente, la misma católica y otrora «reaccionaria» España recibía en Madrid a su majestad imperial Mohamed V, sultán de Marruecos, como a un hombre de su propia sangre y de su propio espíritu, para sellar así la entrega de una porción de tierra trabajada y ennoblecida por el pueblo español durante largos años y a costa de increíbles sacrificios.

MVNDO HISPANICO

Los dos Cristóbal Colón de hoy

(Viene de la pág. 24.) tro o cinco. Entre mis ascendientes ha habido, por lo demás, jurisconsultos notables, como Colón de Larreátegui; ganaderos, que poseían el hierro más antiguo de España, una ganadería que fué comprada a Carlos III; militares, etc. También políticos. Mi bisabuelo, don Cristóbal Colón y de la Cerda, caballero del Toisón de Oro, fué ministro de Agricultura, de Marina y de Fomento.

—*¿Abunda mucho el nombre de Cristóbal entre los duques de Veragua?*

—Sólo cuatro lo han llevado.

—*¿Sigues la bibliografía sobre el Descubridor?*

—Por completo. Poseo además el archivo de los Veragua, completo salvo lo que está en el Archivo de Indias y en el del duque de Alba. El mío ocupa un piso entero en Madrid y su conservación supone para mí un verdadero censo; pero no importa. Entre los documentos está el título original de Almirante de las Indias.

—*¿Cuál es tu opinión sobre la nacionalidad o regionalidad del primer almirante?*

—A mi juicio, genovés de origen, lo cual no significa en manera alguna que estuviera al servicio de otra nación que no fuese España; prueba de ello es que se le nombró almirante antes de efectuar el Descubrimiento. He dicho genovés de origen, pero creo que nació en España. Funda su familia en España, obliga a que ésta sea española, reconocen la nobleza de su apellido en España. Y, repito, el título de Almirante se lo da España antes de haber descubierto nada, y se lo da, indudablemente, para que sirva a España.

—*De tu antepasado, ¿cuál es el rasgo que más admiras?*

—Su fuerza de voluntad, su tesón, es lo que más me impresiona. Casi lo llamaría terquedad. Esta cualidad es propia de marino, que dice: «Ahí está este o aquel cabo», y si no está, lo busca hasta que aparece. También me admira su afán de fundar una dinastía; a ello se dedica su testamento, en el que se aprecia una visión del futuro que hoy no poseemos. Creó para él y para sus hijos.

—*¿Hay algo (tradición, consejo, rasgo) que en vuestra familia se transmita de padres a hijos?*

—Los documentos familiares y los títulos de Adelantado y Virrey de las Indias y de Almirante. Y en lo físico, en todos los retratos me he fijado que hay algo que no falla: la nariz aguileña, larga o corta, pero siempre aguileña y delgada, como de respirar mal. Catarros crónicos.

—*¿Has estado muchas veces en América?*

—Varias, y siempre invitado a la fiesta del 12 de octubre, sea en los Estados Unidos, sea en el Brasil o en Panamá.

—*¿Qué te ha llamado más la atención en el Nuevo Continente?*

—En Norteamérica, que nunca he visto a nadie de mal humor. No sé si al llegar a casa se quitarán una careta de alegría. Y luego, el civismo: la norma de no hacer nunca nada que pueda molestar a los demás. Sudamérica posee, a mi juicio, las posibilidades máximas del mundo y la vegetación más maravillosa. Es un jardín que parece que tiene un jardinero. Allí hasta los solares son jardines. Estoy seguro de que tiras al suelo una lata de sardinas y en aquel lugar crece una flor.

* * *

Con un momento de silencio, dedicado a la nostalgia de aquellas tierras pródigas, hermosas, prolongación de la madre patria y siempre anheladas por cualquier español, terminó el diálogo con el teniente de navío y a la vez capitán general don Cristóbal Colón, el marino joven, el hombre distinguido, de aristocrática sinceridad, el deportista ardiente y audaz, el cariñoso padre de familia, que ostenta hoy la sucesión del Almirante de las Indias que alumbró mundos nuevos y creó una dinastía recta y limpia, en la que delgados y morenos Cristóbales, Diegos, etcétera, están siempre prontos a servir a la verdad y a la Hispanidad. Verdad e Hispanidad, que en tantos momentos han sido la misma cosa.

ALBERTO CLAVERIA

Posen: un toque de alarma

(Viene de la pág. 5.) tentar a los imbéciles, y especialmente a esos detestables sentimentatistas americanos.

EUROPA, EN PECADO MORTAL

Todo lo que acabamos de decir tal vez pueda parecer exagerado. Por desgracia no es así. Tenemos que declarar que la campaña realizada por nuestra «gran» prensa occidental a raíz de los sucesos de Posen nos ha venido a revelar, como a la cegadora luz de un relámpago, la existencia de una situación alarmante. Tenemos que decir con toda franqueza que nuestra Europa, y especialmente la de Estrasburgo, está más corrompida que lo que nos hubiéramos atrevido a imaginar. La corrupción moral que Posen ha venido a poner al descubierto constituye una enfermedad muy grave.

Verdad es que—como ocurre con casi todas las enfermedades graves—la mayor parte del cuerpo de Europa sigue estando sano. Pero también es verdad que la sola gangrena de un órgano puede acarrear la muerte. Y éste es precisamente el panorama que se ofrece a nuestros ojos. Los soviéticos nos están repitiendo que el Occidente está en su decadencia. Por una vez al menos tenemos, desgraciadamente, que darles la razón: esta vez no mienten.

La enfermedad que está minando nuestra existencia es la ausencia de toda reacción moral, un materialismo casi sin precedentes. Este materialismo es una de las consecuencias

LIBROS ABIERTOS

OBRAS EN PROSA Y VERSO: *Juan Tinoco. Madrid, 1955. Tipográfica Blas. Núñez de Balboa, 27 (768 páginas).*

El autor ha recogido en este libro su obra en prosa y en verso. Y al final del volumen publica una serie de notas críticas de diversos autores que a lo largo de su vida literaria han comentado aspectos de su producción. Insisten casi todos en destacar su libro en verso *Folías*, amaparado también a este volumen y que denota una fragante originalidad y unas sutiles y ocultas apreciaciones en los temas tocados. A esta vena epigramática se unen en el libro otras páginas de retratos, paisajes y comentarios costumbristas de acertada visión.



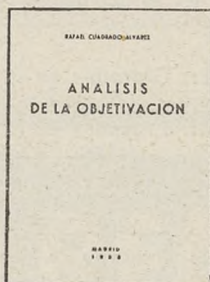
LA LUZ PRESENTIDA: *Domingo V. Gallardo. Ilustraciones de Leonardo L. Bardolla. Buenos Aires, 1955 (84 páginas).—10 $.*

Un breve libro de poemas en prosa, donde la sensibilidad y buen gusto del autor logran aciertos expresivos de indudable calidad. El temblor lírico mantenido a través de estas páginas revela a un poeta, que se ha sometido gustoso a este difícil género de la prosa breve, donde la intención ha de ser aguda siempre y la elección de la materia verbal tiene que tener fibra y tensión a cada momento.

JUAN DE MENA, POETA INSIGNE Y CORDOBES MODESTO: *R. Fuentes Guerra. Tipografía Artística. Córdoba, 1955 (158 páginas, con ilustraciones).—50 pesetas.*

Haciendo coincidir la publicación con el V centenario de la muerte del poeta, que se conmemora en este año de 1956, R. Fuentes Guerra nos ofrece una documentada y amena biografía sobre Juan de Mena, salvando, sobre la escasez de datos históricos que pueden encontrarse sobre el poeta, un relato lleno de interés. De ahora en adelante, los seguidores del insigne cordobés, que tan apasionadamente buscaba la unidad de las nacionalidades, tendrán un libro fácil y preciso para el estudio de esta interesante figura. Una serie de láminas y de índices completísimos aportan al libro una preciosa documentación.

ANALISIS DE LA OBJETIVACION: *Rafael Cuadrado Alvarez. Madrid, 1955 (240 páginas). Ref. Instituto Editorial Reus, Madrid.—60 pesetas.*



En los nuevos caminos de la filosofía, este libro de Cuadrado Alvarez ha de tener indudable e importante repercusión. El tema, tratado siempre con rigor científico, convierte el libro en «un puro y exacto raciocinio», que lleva al lector a una nueva y sugestiva aventura del pensamiento, de gran interés para cualquier lector o especialista de estos problemas.

FOLKLORE INFANTIL DE SANTO DOMINGO: *Recogido y anotado por Edna Garrido de Boggs. Transcripciones musicales de Ruth Crawford Seeger. Ilustraciones de Gloria Gastón. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1955 (664 páginas).—125 pesetas.*

Juegos y canciones de Santo Domingo han sido recogidos en este libro de una manera cuidadosa y completísima. Desde la memoria viva hasta el documento y la tradición oral, todo ha servido y ha sido utilizado con un amoroso detalle por la autora de este compendio. Cantos y romances, juegos, bromas, convenios y fórmulas infantiles, cuentos, trabalenguas, adivinanzas, creencias, son recogidos aquí con su música y sus expresiones humanas dentro de esa mágica órbita que es el mundo de los niños. Libro que no sólo es de una amenidad extraordinaria, sino de utilidad para el estudioso, por las sugerencias que traen las variantes y paralelos de los temas que a través de los tiempos y de los países se suceden y se comunican.

ANGLADA CAMARASA: *Exposición-homenaje. Institución Cultural Española. Buenos Aires, 1955 (60 páginas).*

Con motivo de la exposición-homenaje a Anglada Camarasa, realizada en la Galería Velázquez, de Buenos Aires, en noviembre-diciembre de 1955, en la que se exhibieron los lienzos existentes en la Argentina del gran pintor catalán, se ha publicado este interesante folleto, donde se recogen la conferencia inaugural, pronunciada por Luis Isabelino de Aquino y Busquets, director del Museo de Arte Hispánico Contemporáneo; «El arte de H. A. Camarasa», por Rafael Benet, y otros trabajos sobre la presencia del pintor en el Plata. Grabados en negro y a todo color, con cuadros del pintor, avalan esta interesante publicación.

En esta sección se dará cuenta, por medio de una breve nota, que será más extensa cuando la índole del libro suponga un interés para el lector de la revista por tratarse de temas hispanoamericanos, de todos aquellos libros de los que nos envíen dos ejemplares.

de nuestra asombrosa recuperación económica. Cegados por el resplandor de una prosperidad flamante, sacrificándolo todo a la idea de un nivel de vida cada día más elevado, nos estamos olvidando de los mandamientos de Dios y aun de las condiciones mismas de nuestra existencia. Nuestros pensamientos se ahogan en un mar de dividendos y emolumentos, muebles frigoríficos y aparatos de televisión, mientras nos olvidamos de que Europa—en frase del Papa—permanecerá en estado de pecado mortal mientras haya cien millones de cristianos gimiendo bajo el yugo de una dictadura atea. Queremos llevar una vida muelle, sin darnos cuenta de que los soviets siguen estando a un paso de la costa del Atlántico. Tal como sucedió con las civilizaciones decadentes de la antigüedad, nos dormimos sobre los laureles de nuestro bienestar material y no vemos nuestro fatídico «manetezel fares» escrito con letras de fuego en las orillas del Elba.

Se ha dicho que el drama de Posen constituyó un acontecimiento alarmante para los gerifaltes bolcheviques. No podemos estar de acuerdo con esta afirmación. La alarma debiera cundir más bien en nuestras filas. Porque esta innoble complicidad de un influyente sector de la opinión europea con los asesinos moscovitas a sueldo nos hace ver con una estremecedora claridad el equivocado camino recorrido desde el año 1953. Moralmente hablando, la Europa oficial ha hecho ya más que capitular a medias: ya ni tiene voluntad ni valor para resistir; ha perdido hasta su capacidad de indignación. Y ésta suele ser, de ordinario, la última etapa que precede al cataclismo y a la muerte sin honor.

Una reacción sana y vigorosa contra estos agentes corruptores es lo único que puede todavía salvarnos. Pero hemos de darnos prisa: el tiempo apremia.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRIA

Lo que significa España...

(Viene de la pág. 9.) de nuevo en sus aguas la figura del gran soldado, Padre de la Patria, y reflejar aquel sol que tantas veces iluminara con aureola de fuego sus victorias.

»Porque en palabras ásperas y bravías fué la lengua que hicieron tronar en las ciclópeas profundidades del gran cañón del Colorado Tovar y Cárdenas, llegando así hasta las entrañas de la tierra; la lengua que Coronado, jefe de aquella expedición, llevó también a las siete ciudades de Cíbola.

»Porque fué la lengua en palabras suaves y místicas se elevó desde la sima hasta el cielo por boca de fray Junípero Serra, en la que habló de Dios y cristianizó a los indios, dejando memoria perdurable de su obra al desembarcar en la bahía de San Diego, que Vizcaíno bautizó clavando la primera cruz y colgando una campana.

»Porque esa lengua es, en fin, como dijo un apologista de la raza, "la historia entera y el alma de la estirpe hecha sonido".»

* * *

Y así, sin referirme a persona alguna, puse de relieve la verdad al recordar las gestas españolas y las hazañas realizadas por los conquistadores en los territorios que hoy forman la confederación norteamericana.

«Suaviter in modo fortiter in re.»

JUAN F. DE CARDENAS

DE LUNA A LUNA

Sin grandes aspavientos, con elegancia extrema, se suscribía el 7 de abril de 1956 un texto protocolario, de moderno estilo, en el cual España reconocía la independencia de Marruecos, para recibir, en cambio, algo que no tiene precio: la amistad y el afecto de cuatrocientos millones de hombres, hombres y mujeres de magnífica condición espiritual, humillados y ofendidos durante un siglo por la barbarie colonialista de Occidente, y que ahora surgían a la vida internacional para decidir, ellos también, los destinos del mundo. Lo que España buscaba y encontraba era el diálogo abierto y cordial entre musulmanes y cristianos, entre Oriente y Occidente, entre el Islam y la comunidad hispánica de naciones.

Con un gesto inteligente de hidalguía, tan común entre católicos como entre musulmanes, España ponía sus cartas sobre la mesa y con ellas se proponía hacer el juego del espíritu, el juego antiguo, multisecular, por tantos olvidado, frente a los araneros y charlatanes de la democracia y el anticolonialismo. Empezaba por garantizar, en cumplimiento de su palabra y con vistas al futuro, la independencia política y la unidad de un pueblo que ella había protegido y enaltecido sin medida...

Primero, por tanto, era lo de Marruecos, y después, ya lo sabemos, Suez. Dos coyunturas providenciales para ejercitar la función conciliadora y orientadora que España aspira a cumplir entre cristianos y musulmanes...

MVNDO HISPÁNICO

NO SIEMPRE EL TIEMPO ES ORO
Soluciones de la página 58.

DAMERO HISPANOAMERICANO

A: No.—B: Que.— C: Voy.— D: Uva. E: Neme.— F: Luna.—G: Duro.—H: Nación.—I: Cincel.—J: Quepan.—K: Matulo.—L: Volver.—M: Bronco.—N: Casual. O: Arrear.—P: Genera.—Q: Conozco.— R: Vacunan.—S: Catabre.—T: Quimera. U: Pajuela.—V: Lamilla.—W: Colorado. X: Creofagia.—Y: Insurrecto.—Z: Socialismo.

CONJUNTO

«Cultivo una rosa blanca,—en julio como en enero,—para el amigo sincero—que me da su mano franca;—para el cruel que me arranca—el corazón con que vivo,—cardo ni oruga cultivo:—cultivo la rosa blanca.» (JOSE MARTI, en «Cultivo una rosa blanca».)

CRUCIGRAMA HISPANOAMERICANO

HORIZONTALES.—1: Remuneráselas. 2: Era. Ocaso. Apa.—3: Buda. Osa. Anar (rana).—4: Adema. Atila.—5: Tirarfianseles.—6: Ates. Olf. Ulea.—7: Orea. Clan. 8: Ostentáis.—9: Elogies.—10: Alúas.—11: Oas.—12: S.

VERTICALES.—1: Rebata.—2: Erudito.—3: Maderero.—4: Amásese.—5: No. Ar. Atla (alta).—6: Eco. Io (of). Eolo.—7: Raspalenguas.—8: Asa. Ni. Tías.—9: So. As. Caes.—10: Ateulis (silueta).—11: Lanillas.—12: Apaleen.—13: Sarasa.

JEROGLIFICO

En un asilo.



Phelipe Quinto Rey Catolico de las Españas nacido 19 de Dizembre del Año 1683.



FELIPE V, R... CATOLICO DE LAS ESPAÑAS. (MUSEO HISPANICO, BUENOS AIRES.)